

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



"LA GITANILLA"

Por PEDRO GATASUS

N.º 835

24-4-28-



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redacción y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, abril 24 de 1928

N.º 835

PULSEADA POLÍTICA, por Rojas



—Es inútil, don Leopoldo; tengo más muñeca que usted.

I

LA GLORIA DE REINAR

Ello es que, en países muy lejanos, hubo una Princesa que llevaba la alegría en la frente. Cuando paseaba por los jardines de palacio, de siete parages de largo y poblados de pagodas minúsculas, recubiertas de esa hierba afelpada llamada tejo, que tanto adorna los pensiles asiáticos, las alondras, los estorninos y los ruiseñores rompían a cantar; reían los surtidores en las tazas de mármol y en las enramadas se asomaban los silfos a ver cómo cambiaban las mariposas el dorado pólen de las flores por su polvo de plata; las gotas de rocío centelleaban, cual si fueran diamantes, en los cálices de las rosas de pitimín y en los pétalos de las crisantemas; retozaban las aguas en los alcorques, y en lo alto de los cielos resplandecía el sol, como una inmensa lámpara prendida para alumbrar venturas eternas.

El nombre del Imperio, situado en las profundidades del Asia, fué cuidadosamente anotado por un geógrafo explorador, que fué quien nos transmitió este relato, con la indicación de los grados, segundos de longitud y de latitud del meridiano de Greenwich. Luikizori, en un lenguaje parecido al caldeo, significaba *País encantador de la dicha*. El geógrafo había consignado todos estos datos y dibujado el croquis del Imperio en un trozo finísimo de nupia; desgraciadamente, la más pequeña de sus hijas, azotada un día implacablemente por la institutriz, lo halló a mano y lo utilizó para enjugarse las lágrimas, sin que se supiera ya más en dónde lo puso ni, por ende, en dónde se halla el *País encantador de la dicha*.

Había allí una encantadora Princesa; se llamaba Nirni-Zuri, que significaba *Fulgor de nieve*. Cuando su señora madre la Emperatriz contrajo matrimonio con el soberano de Luikizori, una hechicera hizo su horóscopo con hojas de acanto y vaticinó que fruto de su feliz enlace, tendría una niña que traería la alegría en la frente. Pareció bella a la soberana la profecía, y recompensó a la hechicera; para ella como para todas las madres, lo importante no era que su hija fuera poderosa, ni dueña de tesoros, ni siquiera hermosa, sino feliz.

Nació la Princesa tan blanca, que parecía un rayo de luna; al verla entre vellones y encajes, todos los cortesanos exclamaron: "¡Tiene la alegría en la frente!" ¿Por qué en la frente y no en las mejillas, o en las pupilas, o en los labios? Nadie pudo decirlo; probablemente porque es en la frente como llevan el sol y la luna los vástagos reales de los cuentos de ensueño. ¿Quién sabe si porque es de la frente de donde irradia el bienestar ajeno? En la frente se forjan las ideas; todos los seres pueden alcanzar y disfrutar la dicha; tan sólo los que llevan la alegría en la frente pueden transmitirla a sus prójimos.

Conforme creció Fulgor de Nieve, la admiración que despertó se hizo más ferviente y concluyó por ser unánime. Ya en muy temprana edad superaba por su penetración a sus propios maestros y en

LA PRINCESA "FULGOR DE NIEVE"

Por Antonio Zozaya

clarividencia a los más reflexivos filósofos; a los diez y nueve años era imposible oírle sin hallar más belleza en las cosas que antes, más verdad en los altos principios, más bondad en el universo. La tristeza más arraigada se disipaba al oírle; para todas las desdichas hallaba consuelo, y, sin embargo, nada

pero sabía transmitir a cuantos se acercaban, y por eso de todas partes venían a pedirle audiencia los afligidos y los melancólicos.

—Señor—escribían al gran secretario de palacio—, ¡que vea la Princesa a mi niño, que se desmejora y siempre está llorando!

LA PAGINA BLANCA

Un Poeta joven de la dulce Francia que lleva sin mengua su estirpe gloriosa, ha elegido, en versos de suave fragancia, como a la más bella la página rosa.

Yo elijo la blanca... Amo la blancura que es una infinita síntesis del día; adoro ese tono que evoca la albura llena de bondades de la Eucaristía...

No es solo gama de las inocencias —los tiernos jazmines, los lirios triunfales, las hostias sagradas y las transparencias de los armoniosos corderos pascuales...

No es solo ese cándido y puro fulgor que en nobles pedazos engendra Carrara y que una "Sinfonía en Blanco Mayor" inspiró a otra lira francesa y preclara,

(un canto más níveo que la estepa rusa, un canto muy blanco, muy blanco, y muy frío y a cuyo contacto se animó la musa tres veces bendita de Rubén Darío...)

No es sólo la nieve, los círios, la luna y el fondo divino, que brilla en la tez... ¡es blanca, muy blanca, señora, la cuna. y es blanca, muy blanca, también, la vejez!

Vestidos de blanco venimos al mundo; de blanco dejamos, después, sus umbrales, y en el intermedio lírico y profundo, son blancos, muy blancos, los velos nupciales...

Y las almas santas,— esas criaturas que llevar parecen alas en el flanco, las almas sin mancha, solemnes y puras, sabedlo, señora: son almas en blanco!

Belisario ROLDAN

había en su contento de alborozado, de ruidoso, de desordenado, mente infantil. Otras doncellas del plebano linaje llevaban la alegría en el ademán y escandalizaban a los timoratos; algunas mostraban el contento en los ojos radiantes, y causaban envidia y despecho a los tristes; no pocos cortesanos de notaban el gozo en la rubicundez y sanguínea plétora del semblante, y producían cierta repulsión con su grosero egoísmo sensual. Nirni-Zuri llevaba, como había predicho la hechicera, la alegría en la frente;

Y la Princesa hacía que le llevaran al niño, y lo tomaba en brazos y le hacía cuatro carantoñas muy graciosas, y el niño no volvía a llorar.

—Bondadoso protector—le decía una madre—: ¡interceded para que la Princesa visite a mi desgraciada hijita, que se halla muy enferma y se muere de melancolía!

Y Nirni-Zuri visitaba a la enferma, y ésta curaba, y en su rostro volvía a resplandecer el regocijo.

¡Ay! ¡Cuántas veces tenemos que acordarnos de la Princesa Fulgor de Nieve!

II

LA PENA DEL ENSUEÑO

No de otro modo el primer ministro hubo de presentarse a la Emperatriz.

—Soberana—le dijo—cuyo linaje obscurece las más limpias auras y cuya virtud excelsa se alza quinientos codos sobre las cumbres del Kuen Lun, demandando piedades para mi hija Amestía, que padece la pena del ensueño, y tengo la osadía de suplicarles que se encarque de su curación, realizando así una obra de piedad, la divina e incomparable Princesa Nirni-Zuri.

—No, no—dijo asustada la Emperatriz.—Eso se contagia.

Pero *Fulgor de Nieve*, que había escuchado la conversación oculta tras un biombo de laca y sedas en realce, salió sonriente, como de costumbre, y dijo al secretario de Estado:

—Que venga cuando guste mi querida amiga Amestía; yo me encargo de su curación.

Aquella tarde, Amestía la soñadora fué presentada a la Princesa. Venía muy pálida, con la mirada vaga, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, en un desfallecimiento casi letal.

—¿Qué tienes?—le preguntó cariñosamente Nirni-Zuri.

—Nada me interesa—le contestó la hija del alto funcionario—. Todo me parece pobre y repulsivo; sólo vivo en mis sueños, en mis delirios, en mis melancolías.

Fulgor de Nieve la tomó de la mano y le dijo:

—Ven conmigo, a olvidar tu encierro constante, a contemplar las maravillas de la Naturaleza.

Y la guió a través de los jardines, cuya floración primaveral deslumbraba con su exuberancia.

Le mostró los tupidos bosques de coníferas, de bambúes y de alcanforeros, sobre cuyas copas revoloteaban, con sus policromos plumajes, los pájaros-moscas y los juguetones cucos de Kachemir; le enseñó los dilatados y jugosos plantíos en que florecían el luiyang y el anís estrellado, el ji-chen, las hortensias rosadas y azules, las magnolias gigantescas de cera, las miosotis diminutas y romancescas, los apretados heliotropos traídos de Nankín y las flores aclimatadas europeas, de cálices sangrientos, áureos, morados y rosáceos, en sus plantíos húmedos y tibios, festoneados de begonias; y también las crisantemas purpúreas, amarillas, blancas, jaspeadas de cien matices, henchidas de savia en sus largos y delicadísimos pétalos, y las mil y una variedades de la flora semítica, única, incomparable, olorosa, como una arquilla labrada de sándalo, repleta de aromas.

Amestía, deslumbrada, cayó en una especie de desvanecimiento. Luego pronunció:

—La Naturaleza es muy hermosa; pero no es posible vivir sin soñar. Jamás llegará la realidad adonde alcanza la fantasía.

Fulgor de Nieve sonreía.

—Está bien—contestó; soñemos, pero con lo que alegra y conforta, con lo que puede estar alguna vez a nuestros alcances.

—¡Si precisamente — replicaba

Amestía — lo que se sueña suele ser lo imposible!

Otra tarde, en la que la hija del secretario del Estado tornaba a sus tristes divagaciones, Nirni-Zuri le dijo:

—Abre los ojos y mira el prodigioso espectáculo que a ellos se ofrece. Contempla los lagos tranquilos sobre cuya superficie flotan y se deslizan olímpicos los cisnes y en cuyas orillas surge del cenagoso légamo la sagitaria tuberosa, con desmelenamiento de hojas impregnadas en miel. Mirá, allá lejos, las praderas en que se apacientan los toros mansos y pastan los camellos hieráticos y alzan sus cabezas interrogantes los antilopes, escuchando el rumor de marcha de zebúes, de los pangodines, de los tejones y de las nutrias, que huyen hasta el límite de la selva, temerosos de permanecer en los dominios del hombre y de penetrar en enmarañados boscajes en donde se desliza artero el ofidio y afila sus garras el chacal. ¡Contempla cómo alisan sus maravillosos plumajes faisanes y logóferos, mirando el horizonte remoto en donde blanquean las gigantescas crestas del Himalaya, y advierte cómo todo está bañado en los rayos de un sol vivificador y deslumbrante, que parece encendido para alumbrar el triunfo de Maitreya Budha, es decir, el Regenerador glorioso que esperan los tiempos!

Amestía parecía que despertaba.

—Si—decía—; pero mi ensueño vale más.

—El verdadero ensueño—le contestaba riendo Fulgor de Nieve—toco con sus alas la realidad; se halla en la tierra y en el espacio sembrado de diamantes, en los seres que amamos y en el fondo del corazón. ¿Lo sabes por ventura ya todo, para sentirte hastiada de lo que es y soñar con lo que debe ser?

Y su risa acababa por comunicarse a Amestía.

Así, durante muchos días, las dos amigas discurrían los reales jardines de Luikizori. Amestía, cada vez más alegre, buscaba lo más florido de las enramadas, y acabó por palmoear y por gritar de júbilo, con cualquier pretexto, como una niña.

Desde un antepecho del palacio vieron desfilar muchas tardes una bizarra división militar. Una de aquellas tardes sorprendió Nirni-Zuri en las manos de Amestía una carta, que ocultó en seguida, ruborizándose.

Fulgor de Nieve sonrió. La curación era definitiva.

La hija del Ministro se mostraba cada día más encantada con el universo.

—¡Cómo maldigo—exclamaba— el encierro enfermizo y los monólogos malsanos! No hay placer fuera de la vida real.

Y Fulgor de Nieve la escuchaba abstraída, mirando el horizonte sin verlo, como si quisiera rechazar el contagio de la grave dolencia del ensueño.

Por fin, Amestía se despidió de su imperial amiga; estaba curada. Ya percibía el grito jocundo de las aves y la melodía del surtidor y el rumor solemne de los ramajes y, sobre todo, la armonía de la música militar, que le anunciaba la proximidad de su prometido.

Y partió alegre, regocijada, dejando tras sí una sarta desgranada de risas, mientras Fulgor de Nieve quedaba sentada junto a un

LOS QUE SE IGNORAN A SI MISMOS

Hombres hay, muchísimos hombres, inmensa multitud de ellos, que mueren sin haber conocido nunca su ser verdadero y radical; sin saber más que de la superficie de su alma, sobre la cual su conciencia pasó moviendo apenas lo que del alma está en contacto con el aire ambiente del mundo, como el barco pasa por la superficie de las aguas, sin penetrar más de algunos palmos bajo el haz de la onda. Ni aun cabe, en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es, acaso, la verdad que los purificaría, la fuerza que los libertaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero!...

Por ley general, un alma humana podría dar de sí más de lo que su conciencia cree y percibe, y mucho más de lo que su voluntad convierte en obra. Piensa, pues, cuántas energías sin empleo, cuántos nobles gérmenes, y nunca aprovechados dones, suele llevar consigo al secreto, cuyos sellos nadie profanó jamás, una vida que acaba. Dolerse de esto fuera tan justo, por lo menos, cual lo es dolerse de la fuerza en acto, o en conciencia precursora del acto, que la muerte interrumpe y malogra.

¡Cuántos espíritus disipados en estéril vivir, o reducidos a la teatralidad de un papel que ellos ilusoriamente piensan ser cosa de su naturaleza; todo por ignorar la vía segura de la observación interior; por tener de sí una idea muy incompleta, cuando no es absolutamente falsa, y ajustar a esos límites ficticios su pensamiento, su acción y el vuelo de sus sueños!

¡Cuán fácil es que la conciencia de nuestro ser real quede ensordecida por el ruido del mundo, y que con ella naufrague lo más noble de nuestro destino, lo mejor que había en nosotros virtualmente!

¡Y cuánta debiera ser la desazón de aquel que toca al borde de la tumba sin saber si dentro de su alma hubo un tesoro que, por no sospecharlo o no buscarlo, ha ignorado y perdido!

José Enrique RODO

frondoso arbolillo de té, pensativa, encorvada, con los ojos abiertos, mirando a lo ignoto, y la mano de nácar apoyada en los labios.

III

EL DOLOR DE AMAR

¡Pobre Príncipe Samuraldi, joven, apuesto, gentil, bizarro, noble, valeroso y enfermo del dolor de amar! Una europea de ojos verdes,

felinos, arteros, esclavizó su espíritu para deleitarse después con su sufrimiento. Ella no desperdició la ocasión de incitarle al peligro y a la locura, con la vana promesa de una recompensa que, por crueldad, había de negarle. Todo hombre que se llama Samuraldi—esto es, "arranque de ternura"—sabe lo que son mujeres así.

Juntos fueron a la caza de tigres, y Samuraldi expuso su vida y mostró su bravura derribando a

EL VANO EMPEÑO

Todo lo que se busca sobre la frágil tierra lo tengo yo en el suave recinto de mi casa; tengo un trozo de cielo con luna, sol, y estrellas, tengo trinos y flores y una mujer amada.

Un jardín donde paso los mejores instantes de mi vida, un espeso dosel de verdes ramas, y la sana alegría, y la dulce tristeza, y a veces la divina beatitud de una lágrima.

¿A qué lanzarme entonces aventurero y loco de mi nido hacia afuera como el gorrión se lanza? ¿Para qué caminar sin marcado destino buscando inútilmente lo que tengo en mi casa?

Alfredo R. BUFANO

la fiera más peligrosa a tiros de rifle y acabando de exterminarla con su yatagán. Por complacencia, se arrojó al río para luchar con un cocodrilo, no sin sacar una ferroz dentellada en un brazo, de que tardó dos meses en curarse.

Era la forastera esposa de un enviado plenipotenciario, y rivalizaba con Samuraldi en temeridad y en arrojo; como él, sentía hervir dentro de sus venas la sangre indostánica. Era hija de una cipay bengalí, y la sangre inglesa de su padre no bastó a borrar en ella los instintos guerreros, su salvaje ferocidad y su odio mal disimulado a los soberanos, príncipes y rayas que fueron opresores de su patria.

Samuraldi se enamoró de ella frenéticamente. Después de mil incumplidas promesas, ella lo citó, por fin, un día de pleno verano a campo abierto; acudió el príncipe y la halló acompañada de siete siervos bengaleses, que servían de ordinario al enviado de escolta y de defensa. Se arrojaron sobre él, lo ataron a un árbol y lo golpearon sin piedad. Ella presenció el atentado salvaje riendo. Luego, todos montaron a caballo y desaparecieron. Cuando, a los dos días, fué encontrado el Príncipe casi exánime, la infame mujer, el marido y su escolta de malhechores habían embarcado para Europa, y Samuraldi enfermó de pena, de desecho de justa vengaza, y, ¿quién pudiera sospecharlo después de lo ocurrido?, de amor.

Cansado de buscar en vano remedio a sus penas, llegó a sus oídos la fama de una joven Princesa que llevaba la alegría en la frente, y decidió emprender un viaje para visitar a la doncella prodigiosa que sanaba todas las laceraciones y heridas del espíritu. Envio un mensaje al soberano de Luikizori pidiéndole hospitalidad, y una vez que le fué concedida, se puso en marcha hacia la ciudad de la dicha, acompañado de veinte esclavos indios y cuarenta jinetes mairatas.

No hay para qué decir que fué recibido con gran pompa y que, admitidos los regios presentes de Samuraldi, fué correspondida su liberalidad con todo género de agasajos. Durante muchos días, la población fué engalanada con farolillos de colores y gallardetes, en cuyo centro campeaba el dragón de fuego; corrieron fuentes de zumo de naranja, de leche y de hidromiel; celebráronse públicos juegos de lanza, salto, carrera, lucha y equilibrio, y en las torres de porcelana agitó el viento las campanillas de oro, como en las bodas de los soberanos.

Estos, confiados en la prudencia y honestidad de Nirni-Zuri, no vacilaron en permitirle que paseara libremente con el dolorido Príncipe indio, y éste, sorprendido por la maravillosa belleza de Fulgor de Nieve, sintióse desde el primer momento muy aliviado de su pasión por la pérfida y miserable europea.

Los jardines aparecían en la noche como un panorama fantástico. Millares de faroles de papel, de talco, de cristal y de nipa lanzaban en todas direcciones sus fulgores policromos, y se reflejaban todo a lo largo de la ría, alumbrándola en dos hileras, con todos los matices del iris, en entrambas orillas.

El Príncipe, cuyos ojos negros y hermosísimos no se cansaban de

contemplar a Nirni-Zuri, inició su deseo de dar con ella un breve paseo en una entoldada y regia embarcación, movida por ocho corpulentos remeros, y provista, bajo la cubierta imperial, de almohadones y cojines de raso y terciopelo de lo más selecto que afelparon las manufacturas de Pekín y de Singapoor.

Y fué natural que los jóvenes hablaran de amores.

—El amor—dijo Fulgor de Nieve—es una cosa trágica, que solamente puede transformarse en sentimiento placido y bienhechor cuando ha sido bendecido ante el altar de los antepasados.

—O en el de Kong-Fon-Tseu—contestó con cierta ironía Samuraldi.

—No—le contestó Nirni-Zuri—; en Asia no ha existido jamás religión de Confucio. Para nosotros, como para los chinos, ha sido solamente un gran filósofo.

—Pues, ¿a quién adoráis, entonces, los que no sois budistas?—interrogó el Príncipe.

—Al cielo—dijo sonriendo, pero con profunda devoción, Fulgor de Nieve.

Miró el Príncipe al cielo; resplandecían en él millones de mundos. ¿Por qué no había de ser aquél mejor que el obscuro Nirwana, el inmenso archipiélago de la Eternidad?

—A vuestro lado—murmuró el indio—no es posible pensar en otra mujer. Confieso que nunca sentí como ahora al lado de ninguna otra una dicha tan honda y tan verdadera. Lleváis la alegría en la frente.

—Tal se asegura—contestó la Princesa, bajando los ojos ruborizada—; pero la verdad es que la alegría es el patrimonio de todos los que de veras quieren buscarla.

—Y todos la tendrían—completó el Príncipe—si no existiera el dolor de amar.

Saltaron a tierra, y Samuraldi, al dar la mano para salir de la embarcación a Fulgor de Nieve, estrechó la suya tan efusivamente, que la Princesa se estremeció.

Por todas partes sonaban acordadas músicas; una enorme girándula de fuego asombraba fuera del jardín a la muchedumbre, haciéndola prorrumpir en vítores y agitarse dentro de sus túnicas blancas, moradas y purpúreas, y sus sedosos y bordados kimonos.

—Verdaderamente—exclamó el Príncipe—estoy en el país de la buena ventura. Si me curo de mi loca pasión, se lo deberé a esta adorable y jovial Princesa.

Durante un mes, nunca faltó una bella ocasión para que los jóvenes departieran acerca del amor, de la comunicación de las almas afines y de la sana y honesta alegría que hace la vida amable. Lugar preferido para estos tiernos e íntimos coloquios era la entrada del abovedado túnel de plantas trepadoras, junto al prado de crisantemas.

Por fin, un día, el Príncipe anunció su regreso a su lejano y misterioso país.

—Princesa—dijo a Fulgor de Nieve—, gracias a vuestro gran talento y a la alegría que lleváis en la frente, estoy completamente curado de mi loca pasión, y, lo que no es menos importante, me he librado de precipitarme aquí en otra que hubiera sido no menos violenta. Nunca ya, en mi vida, volveré a caer en las redes de ninguna

mujer, ni siquiera en la tentación de querer oponer el Nirwana al cielo. Buscaré, como me habéis enseñado, solaz en las fiestas, en la música, en las luminarias, en los deportes, en todo lo que distraiga el alma y la aleje de toda pasión insensata.

Y la presentó, a la europea, su hérculea mano desenguantada.

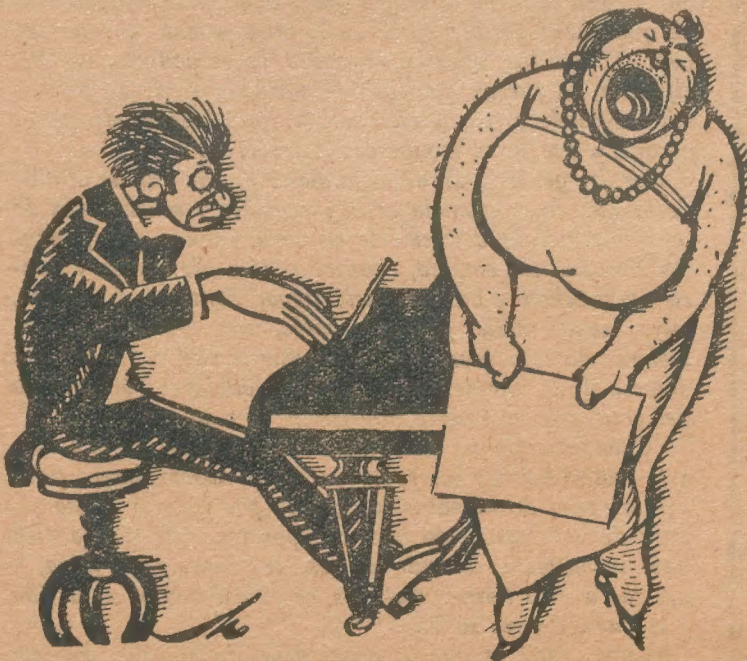
Partió Samuraldi a los dos días. Toda la Corte salió a despedirlo,

trada del túnel de plantas trepadoras, junto al prado de las crisantemas.

IV

EL TORMENTO DE DUDAR

Gustaba de pulsar, en aquel florido retiro, el *chée*; porque el *chée* es un instrumento maravilloso que tiene cromatismos y arpeggios de



EL MAESTRO. — ¡Por favor, señoral! Eso no es un la sostenido; eso es un la...drido

y en su honor retumbó el cañón. Ya en pleno camino se alzó sobre sus estribos de oro y se volvió, girando el cuerpo, sobre la montura para enviar a Nirni-Zuri un beso puesto sobre la punta de los dedos. Y no volvió a saberse más de él en la capital del país de la dicha.

Aquella tarde, y ¡quién sabe si todas las tardes!, Fulgor de Nieve fué a sentarse pensativa a la en-

laúd, sonoridades de arpa y punteados y matices de cítara; sobre su veinticinco cuerdas horizontales, en forma de salterio, deslizábase los alabastrinos dedos de Fulgor de Nieve con un arte supremo y una inspiración incomparable. Casi siempre improvisaba ella misma sus sonatinas, romanzas y cantos populares asiáticos. La más bella de sus composiciones era, tal vez, *El loto encanta-*

do, fantasía que comenzaba con una evocación, mediaba con una endecha apasionada de amor y terminaba con la *Danza de las linternas*.

Así la sorprendió un día el viejo y venerable Irakaslarí, el más sabio de sus profesores, el que la enseñó los primeros signos de la escritura, los rudimentos de la doctrina de Thseng-Tseu y el misterio inefable de la Triada teológica.

—¡Oh, mi querido *hamlim* (profesor)—exclamó levantándose Nirni-Zuri de su banco de jaspe.—¿Qué os trae a los jardines de palacio?

—Vengo en tu busca—contestó el *hamlim*.—Me muero de tristeza, de horrible pesimismo, y he pensado en los dulces consuelos que puedes dar tú sola, que llevas la alegría en la frente.

Nirni-Zuri lanzó un suspiro. —¿Y por qué el pesimismo?—exclamó.—¿No es el mundo bastante bueno, puesto que en él se piensa, se sufre y se ama?

Irakaslarí el sabio se quedó pensativo. Luego, frunciendo el ceño, habló:

—El infinito material—dijo—nos rodea por todas partes. ¿Sabes cuántos lis recorre la luz por segundo?

—Creo recordar—respondió la Princesa—que unos seiscientos mil. Y eso, ¿a qué viene?

—No habrás olvidado tampoco—siguió el pesimista—cuánto tiempo tarda la luz en llegar del Sol a nosotros.

—Unos siete minutos y cuarto—contestó Nirni-Zuri.

—Así, pues—siguió el sabio—la distancia que nos separa de él es enorme, y el proyectil más rápido tardaría en llegar a él tres lustros; pero si tomamos esa enorme distancia como unidad para hallar la que nos separa de la condesación del Cisne, tenemos que sumar esa unidad quinientas cincuenta y un mil veces.

—¡Qué atrocidad!—exclamó sorprendida Fulgor de Nieve.

—Nueve años y medio tarda en llegar su luz a nosotros—siguió Irakaslarí—; pero, ¿qué es eso comparado con los setenta y dos que necesita, para que la veamos, la del *Cochero*, a razón de seiscientos mil lis por segundo? Pues bien; ten presente que, desde las estrellas de última categoría, tarda en llegar más de cien mil años.

—Me parece—alegó Nirni-Zuri—que nos encontramos en pleno delirio astronómico.

—No—continuó el maestro—; todo estos es ciencia pura y medida exacta. Y espera, que no hemos salido apenas de nuestra nebulosa. Los cálculos de Arago nos dicen que sólo en esa pequeña marcha de la nebulosa del Centauro hay más mundos de los que alcanza a ver en todo el Firmamento el telescopio, que son muchos millones. Desde esa nebulosa a la Tierra puede tardar en llegar la luz, casi tan rápida como el pensamiento, ¡cinco millones de años! ¡Y las nebulosas son, sin duda, infinitas y los mundos que en ellas gran incontables! Pues bien; todos esos mundos han sido creados por Ahri-mahes, el genio del mal, puesto que en todos ellos hay vida y, por consiguiente, hay dolor. En todos se sufre; de todos se encuentra ausente la Justicia y, por de contado, la Verdad, que será por siempre incognoscible. Y en ninguna parte queda sitio para los Paraísos de las leyendas.

MAXIMAS

Si amas la vida, no pierdas el tiempo.

La pereza todo lo hace difícil; la diligencia todo lo hace fácil.

Acostarse temprano y madrugar, hace provecho al cuerpo y al espíritu.

El hambre puede llegar a la puerta del trabajador pero no entra.

La gota de agua desgasta una roca, y la actividad suprime todos los obstáculos.

Si quieres ser rico, piensa tanto en economizar como en ganar.

El que compra lo que no necesita acaba por vender lo necesario.

Cuando se agota el pozo es cuando se conoce lo que vale el agua.

Las personas sensatas escarmentan en cabeza ajena, pero las insensatas, ni aún en la propia.

Que el dolor no te entristezca; recuerda que la noche solo dura medio día.

FRANKLIN.

—¡Me asustáis, querido hamlin! —exclamó la Princesa.

Y en todos esos mundos la lucha sin piedad se realiza sobre su corteza en las hondonadas de los surcos, en el fondo de los océanos, en los mismo tejidos de los seres orgánicos. En una sola gota de agua hay millones de engendros que se despedazan, y en cada uno de ellos hay, tal vez, todo un universo invisible, tan inacabable como el de la nebulosa del Centauro o la Vía Láctea, de que formamos parte, poblado de otros seres mucho más pequeños, que se despedazan también. El Infinito material nos aplasta con su brutalidad. Y ahora venme con la monserga del Ta Hio o del Gran Estudio.

—Maestro — le interrumpió Fulgor de Nieve, — ¿no tocáis ningún instrumento?

—En mi mocedad, siendo soldado—contestó el sabio;—tocaba el gang, y bien saben mis jefes (que se han muerto todos) con cuánta bizarria. Ahora no tuvo más que la flauta china.

Pues bien; tomad—dijo Nurni-Zuri, entregándole una primorosa flauta de cristal, que también solía tañer.—Fantasead a vuestro donaire, que yo procuraré acompañaros.

Comenzó el hamlin, y a fe que no sedió mal talante. Nurni-Zuri lo acompañaba con prodigiosos acordes y cadencias.

Cuando terminaron:

—Maestro — le dijo la Princesa riendo:—sabemos muy poco, y con lo poco que los humanos saben no se puede ser optimista ni pesimista. Lo único que se puede y se debe hacer es vivir.

—Pero yo me moriré pronto — contestó el viejo Irakaslari —, y ¿adónde iré?

—¡A la vida, puesto que todo es vida; al cielo, puesto que todo es cielo; a la alegría, puesto que la Eternidad es alegría! —respondió la Princesa, arrancado al chéé los más dulces acordes armónicos.

El maestro se despidió; pero volvió a la tarde siguiente. Nuevamente alegraron los ecos de los instrumentos las frondas, con sus limpias y concertadas notas.

En vez de pregonar el porqué de las cosas—dijo Nurni-Zuri al anciano,—estudiad el cómo. ¿Sois entomólogo?

—Algo—le respondió el hamlin; —siempre me interesaron los insectos.

—Pues vamos a cazarlos — le propuso Fulgor de Nieve —. Vos los catalogaréis.

Duró muchas tardes la bella cacería, acompañada siempre de risas y de exclamaciones de júbilo. Allí había insectos prodigiosos: sárabos, con sus seis anillos en el abdomen y sus ojos convexos, como dos cristales de linterna mágica; luciérnagas fosforescentes, con sus patista corta y afiladas de caballitos del diablo, con los muslos de cinco artrecos; libélulas de careta de dominó; hormigas previsoras, que ni aún presas soltaban sus briznas de paja, mariposas vanesas, con sus manchas polieromadas aceliformes; típulas, zezés y mariquitas punteadas, de las que se pasan la vida correteando. Cada nuevo ejemplar arrancaba una carcajada a Nurni-Zuri y un aplauso al hamlin.

—El mundo es muy bonito, maestro—gritaba la Princesa.—¡Y no se acaba nunca!

Y el maestro acabó por creerlo,

y dejó de ir a los jardines, no sin escribir una carta a su bella discípula diciéndola que, efectivamente, el Universo era admirable y que maldita la falta que hacía investigar lo Incognoscible; en vista

jardín, y allí la sorprendía la noche contemplado el cielo estrellado, en que había millares de mundos, donde infinitos seres se despedaban los unos a los otros, sin saber por qué ni para qué.



UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO
LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN
COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

de lo cual, iba a escribir una Memoria sobre las costumbres de los coleópteros, libertándose de sus preocupaciones pesimistas, al son de la flauta.

Fulgor de Nieve, por su parte, siguió yendo todas las tardes al

V

EL CONSUELO DE MORIR

¿Quién hubiera podido sospechar que había de enfermar Nurni-Zuri? Pero la enfermedad no respe-

ta dichas ni jerarquías, y así sucedió. Consternados los padres, no dejaron de llamar a un solo doctor, Tzsinz, ni Kuyin de renombre; pero todos se mostraron conformes que la dolencia era antigua y su pronóstico gravísimo.

Hiciéronse rogativas en todos los templos; todo fué en vano: Fulgor de Nieve se agravaba. Sin embargo, la felicidad plácida seguía resplandeciendo en su rostro. Todo el pueblo se agolpaba a las puertas del palacio, y hombres y mujeres preguntaban a los servidores, al verlos salir:

—¿Está contenta la Princesa?

—Sí—les respondían;—sigue llevando la alegría en la frente.

—Entonces—argüían los cariñosos súbditos—No morirá.

—Pero murió. La consternación fué inmensa en todo el Imperio. La Princesa, al morir, se llevaba en la frente la alegría.

La madre, desolada, llamó al médico mayor del alcázar; se encerró con él en un gabinete antes de estampar el primer ósculo en las mejillas pálidas de su hija y lo sometió a un severo interrogatorio.

¿De qué ha muerto mi hija le preguntó con la voz turbada por los sollozos.

—Señora, de tristeza—le contestó el sabio.—Una tristeza irremediable, que ha acabado por minar su organismo y por producirle una gravísima lesión cardíaca.

—¿De tristeza — rugió la madre, — llevando la alegría en la frente!

—¡Oh, magnánima soberana! — la respondió el médico. — Cuando se lleva la alegría en el rostro, y sobre todo, en la frente, espejo de la inteligencia, se curan las desdichas ajenas; pero ellas se contagian; es éste uno de los muchos peligros de la difícil ciencia de curar.

—¿Qué queréis decir?—preguntó atribulada la Emperatriz.

—Que la Princesa — siguió el doctor — se contagió de la honda pena del ensueño, más tarde del dolor de amar, y, por fin, del horrible tormento de la duda. Hizo a todos felices; pero ella no lo fué jamás sino de pensamiento, como cuantos se desviven por el bien ajeno, como todos los que llevan la alegría en la frente.

—¿Pero en dónde hay que llevarla? — interrogó la madre, ya abatida de angustia.

—Alteza—la contestó el eminente clínico,—la alegría hay que llevarla en el corazón.

EL PRIMER ERROR

El patrón.—Voy a aumentar su sueldo en cinco libras este año. Ha sido usted notablemente correcto y cuidadoso durante los doce meses pasados. No ha cometido usted la menor equivocación.

El tenedor de libros.—Solamente una.

El patrón. — ¿Cuál?

El tenedor de libros.—Creer que iba a tener un aumento de diez libras por lo menos.

EN LA ESTACION

—¡Llego tarde para el expreso de Marsella?

—Al contrario; llega usted muy temprano.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar? Son las siete ahora.

—Hasta mañana por la tarde, a las 6.55.

JUVENTUD

Toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor sólo puede esperarse de ella: jamás de los enmohecidos y de los seniles. Y sólo es juventud la sana e iluminada, la que mira al frente y no a la espalda, nunca los decrepitos de pocos años prematuramente domesticados por las supersticiones del pasado: lo que en ellos parece primavera es tibieza otoñal, ilusión de aurora que es ya un apagamiento de crepúsculo. Sólo hay juventud en los que trabajan con entusiasmo para el porvenir, por eso en los caracteres excelentes puede persistir sobre el apeñuscarse de los años.

Nada cabe esperar de los hombres que entran a la vida sin afiebrarse por algún ideal; a los que nunca fueron jóvenes, parécenles descarrado todo ensueño. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal no se adquiere.

José INGENIEROS

PABLO FERTIG

Por V. Vasov

En Hissar, todos le conocían. Iba al encuentro de los forasteros hasta la puerta meridional de las fortificaciones, en el Kamili, y les hacía saludos, reverencias y ridículas muecas de alegría. Y seguía divirtiéndose hasta mucho después de que le hubieran visto por primera vez. Todos conocían a Pablo Fertig, lo compadecían y dábanle generosas propinas.

Pablo era un joven que tendría de 18 a 20 años, desequilibrado, medio loco, pero no malo, siempre alegre y espiritual.

Vestía pobremente y en su cara leíase una expresión de gozo inconsciente, aunque no tuviera motivos de alegría.

Siempre estaba listo para contestar con una frase oportuna, original, profunda, a veces de un humorismo feroz; a sorprender, a hacer reír... Se había convertido en el niño mimado de los forasteros que acudían a los baños de Hissar. Su charla casi infantil, sus frases sin sentido común que ocultaban a menudo venenosa ironía, divertían, pasaban de boca en boca y llevaban el buen humor a todos los círculos.

Objeto particular de sus alusiones, eran las mujeres jóvenes y bellas. Para las coquetas e insinuantes, Pablo representaba un verdadero peligro. Estaba al tanto de todos los idilios e intrigas amorosas de Hissar que querían permanecer ocultos, y los revelaba ante cien personas, con diáfanos alusiones e irónicos comentarios.

Pablo Fertig había venido de la pequeña ciudad de S., donde vivía su madre, una mujer desdichadísima. Tenía también un hermano que no se sabía por dónde andaba.

Pablo Fertig vivía de lo que le regalaban y de las propinas generosas de los bañistas que pagaban así los pequeños servicios prestados: llevar los trajes de baño o ir a pie hasta Karlovo a comprar algo o transportar encomiendas.

En cuanto llegaba un nuevo viajero, Pablo corría a su encuentro, saltaba, cantaba, hacía cabriolas y piruetas, caminaba con las manos, dando saltos mortales. En pago de este inesperado espectáculo Pablo recibía bastantes monedas.

Pablo Fertig imitaba a maravilla, el ruido del tren. Gritaba: "¡Fertif!" (listo) y luego empezaba a correr, primero no muy velozmente, y luego con gran rapidez. No había vehículo que partiese de Hissar sin que Pablo se hallase al lado, y en cuanto se ponía en movimiento llevando pasajeros, el loco se sacaba el sombrero, hacía grandes reverencias y gritaba:

—¡Fertif!... ¡Fertif!"

De aquí había surgido el apodo agregado a su nombre de pila.

Pero, a pesar de las propinas, Pablo andaba siempre cubierto casi de harapos, descalzo, con hambre perpetua, a la pesca de un pedazo de pan, de un bizcocho, de las sobras de alguna comida. Dormía fuera del balneario, en el Kamili, en una cabaña hecha con cajones viejos, latas de petróleo y

pedazos de lona. Su cama era un montón de bolsas de arpillera. A menudo se le veía sentado a la puerta de su choza, flaco, sucio, pero sonriendo siempre, como un filósofo cínico. La gente se asombraba de aquella avaricia y de que Fertig pudiera llevar aquella vida de gitano. Muchos creían que llevaba el dinero escondido entre la ropa, o que lo guardase en algún agujero hecho en el piso de su vivienda.

A veces le preguntaban:

—Fertif, ¿estás reuniendo plata para casarte? ¿Dónde diablos la escondes? ¿Qué haces con ella?

—Compró merengues para enviárselos al Señor, que está en el cielo — contestaba Fertig, riendo estúpidamente. — ¡Viva el Imperio Suizo!... "¡Fertif!"

ANECDOTA

Entró en Gibraltar un labriego andaluz con su burro cargado de hortalizas, prometiéndose una buena venta. Ya tenía ésta casi realizada, cuando el asno se negó a seguir caminando. Ni ¡arres! ni tirones del ramal, conseguían mover de su sitio al borrico, que, imperturbable, parecía petrificado.

Exasperado el campesino por la testarudez de su acompañante, comenzó a descargar sobre el animal tan rudos y fieros garrotazos, que habrían dado fin del pobre rucio, sin la oportuna intervención de un policía inglés, quien después de desarmar al furioso verdulero le hizo pagar una crecida multa, sin que valieran razones ni protestas. Entregó el hombre las pesetas al guardia y escarándose con el borrico le dijo, lleno de ira.

—¡Mardita zea tu mare! ¿Por qué no me ijiste ante, la infruensia que tenías tú en Gibraltar?

El nombre de Suiza constituía todo su caudal de conocimientos geográficos, y ese nombre iba unido en su cerebro a todo lo más bello que pudiera existir en el mundo.

—¡Qué señora más linda!—decía al ver pasar a una mujer bonita.—¡Es una Suiza de veras!

Yo tenía la suerte de estar muy alto en la opinión de Pablo, y me llamaba "el suizo" siempre que me encontraba, haciéndome reverentes saludos.

Pero, a veces, sus saltos grotescos, sus bromas, sus ironías, me daban tristeza.

Aquel joven medio loco, privado de un bien tan grande como la inteligencia, objeto de irrisión para los ociosos, me parecía un extraño enigma... ¿Pablo era feliz o desgraciado? Fuera de la inconsciente tendencia a bromas groseras, de las bajas manifestaciones de bufón que quiere recoger una moneda, ¿no habría en aquella alma algún sitio donde pudieran esconderse sentimientos más humanos y más altos?

¿Padeecía con aquella situación de payaso a quien le pagan para divertír?

Al menos, no lo dejaba traslucir. Siempre alegre y pronto pa-

ra las bromas, la melancolía y él parecían enemigos.

Pero ocurrió algo que arrojó viva luz sobre aquel enigma y que elevó muchísimo a Pablo, en mi concepto.

Me hallaba en un café, sentado ante una mesa, con mi diario, mi copita de Oporto y fumando tranquilamente, cuando de pronto apareció Pablo, muy alegre y mirando a su alrededor.

—¿Qué buscas, Pablo? — pregunté.

—Te busco a tí, pero miro a otro.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que venga algún imbécil.

—No temas; aquí no hay más que dos suizos: tú y yo.

Pablo metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un sobre azul y dijo:

—Tú sabes escribir en francés, ¿verdad?

—¿Para dónde es esta carta?

—Para el Imperio Suizo... Escribe ahí, en francés, el nombre de mi hermano.

—Bueno... ¿Adónde debo dirigir la carta?

—¿No te digo que va a Suiza?

—¡Ah!... ¿Allí está tu hermano?

La belleza del rostro

Del mismo modo que a un enfermo sólo puede curársele con alimentación apropiada y remedios indicados, así también puede renovarse el cutis manchado o con grasa producida por una secreción morbosa, suministrándole nutrición abundante, que le vuelva su pristina frescura y aspecto juvenil. Crema Vasenol es un preparado que une a un perfume exquisito todos los méritos científicos del Vasenol. Con su uso desaparecen las arrugas, paspaduras y todas las impurezas del rostro.

—¿Qué?

—¿El gobierno le paga los estudios?

—No; es Dios.

—¿Dios?

—Sí... Dios le envía dinero dentro de una calabaza.

Lo miré asombrado.

—¿Por qué me contestas así?... ¿Acaso no sabes lo que te pregunté?—repliqué en tono un poco severo.

—"¡Fertif, Fertig!"... Púú... púú... Hú, hú, hú... Rasch... rasch...

E imitando la salida de un tren corrió hacia donde estaban los bañistas.

Por la noche me encontré con Mateo, pariente de Pablo, y le interrogué hábilmente. El hombre se resistió un poco, y al fin acabó por confesarme:

—Pablo me ha pedido que guarde el secreto para no avergonzar a su hermano, pero lo cierto es que mantiene a éste desde hace dos años con las limosnas que recibe. El otro tenía un poco de dinero y cuando se le acabó quiso interrumpir sus estudios, pero Pablo no lo permitió... No gasta un céntimo para él; todo se lo envía a su hermano... Representa una comedia desde la mañana a la noche, para que el otro pueda ser algo en la vida... Amor fraternal, señor, y de los más puros y abnegados ¡Pobre Pablo!... Le llaman loco y es más sabio que muchos...

Ahogaron sus palabras grandes carcajadas.

Eran los bañistas a quienes divertía Pablo dando saltos y haciendo ridículas cabriolas.

Animal sabio

Entró un cliente en una barbería, y como el oficial, al afeitarle, le desolló dos o tres veces, le preguntó de pronto:

—¿A qué no sabe usted cuál es el animal más inteligente del mundo?

—El caballo, el perro o el mono.

—Pues, no, señor. El más inteligente es el chivo, que se deja la barba para que no le afeiten los "maestros" como usted.

Adivinanzas

—¿Cuáles son las personas que tienen el sueño más ligero?

—Los tuertos... ¡por qué duermen con un sólo ojo!

ALMA

He aquí una palabra que brota constantemente de los labios de los oradores y se adhiere a la pluma de los escritores con extraordinaria frecuencia. *Vida y alma* son los dos vocablos que más a menudo surgen en el discurso hablado o escrito. Por lo que hace al segundo, por lo que hace al alma, ¿cómo se explica que aquellos mismos que la niegan le rindan un testimonio de fe empleando sin cesar su valor gráfico, su signo representativo? ¿Será acaso que usan inconscientemente un lugar común psicológico, como tantos otros lugares comunes?

No quieren saber nada del alma, y a la continua la invocan. Suponen que existe en todas partes, y nos hablan del alma de las creaciones artísticas, del alma de la patria, del alma de la región, del alma del pueblo, asignándole un carácter colectivo; y nos hablan, también, de las almas, con lo cual indican que hay grandes fuerzas espirituales en acción, porque si no es esto, el término carece en absoluto de sentido. Esto tiene que ser.

Los que así se expresan pasan de un vago panteísmo a la afirmación concreta y terminante de un principio de espiritualidad, y lo ven reflejarse por donde quiera en lo creado, en lo vivido, en lo pensado. Sin alma no puede vivir, ni pensar, ni crear; y llevados luego a la mayor de las inconsecuencias, reniegan del alma; se reconocen materialistas puros e irreductibles...

¿En que quedamos? Para raciocinar parten de esa base como el primer elemento ideológico, y después la rechazan y execran. Para subir al conocimiento utilizan esa escala, y después la rompen. Sean consecuentes: admitan que el alma no es un juguete de la inteligencia, sino una realidad superior con múltiples manifestaciones. Todo tiene alma; por consiguiente, la tiene el hombre. ¿Creéis en el alma universal? Pues creed en el alma personal.

Recuérdese la frase famosa del que no creía en nada y aseguraba involuntariamente creer en Dios cuando se proponía dar forma a su ateísmo: Yo, gracias a Dios, soy ateo.

Por algo el alma, fórmula expresiva, acude continuamente a la pluma y a los labios. Esa palabra manifiesta una esencia inmortal. Los hombres más incrédulos se traicionan afirmando el alma como una necesidad de su razón, con la propia lengua con que la niegan. Y algo hay, indudablemente, dentro o por encima de las cosas, superior a las cosas mismas.

Categorías de la mentira.

La vida es una serie sin fin de contradicciones. Don Pacífico está convencido de que la paz constituye la única felicidad posible y, ayer, para demostrarle que está en un error, le dieron cuatro estacazos. Don Severo pone siempre una cara muy seria, como reprobando las mil y una canalladas que por donde quiera le salen al camino, y un bribón le ha hecho reír con una bribonada chistosa. Don Justo se declara cansado de que le hagan injusticias. Don Constante no tropezó nunca más que con inconstancias. Don Perfecto es un dechado de imperfecciones. Don Próspero es el rigor de las desdichas. Doña Pura ha caído infinitas veces en la impureza. Doña Bienvenida se queja de que a menudo le dan las gentes con la puerta en las narices. Yo tengo la convicción práctica de que sin dinero no iré a ninguna parte, y vedme sin un cuarto.

Casi va al mundo... Entre los principios y las obras, entre las cosas y las ideas un abismo de inconsecuencias se abre. No consideremos el mundo como voluntad ni como representación; considerémoslo simplemente como mentira, y siempre acertaremos. La mentira

nos rodea, nos persigue, nos acompaña, nos penetra; la mentira es la propia sombra de la humanidad. Todo miente, hasta el espacio, que no es azul, sino que finge serlo.

Por esto, cuando me cabe la fortuna de encontrar a un reverendísimo mentiroso, a uno de esos profesionales insignes de la mentira que cada noche vacían su saco de embustes y cada mañana lo vuelven a llenar, saludo en él a uno de los grandes ciudadanos de los tiempos modernos. Nadie tiene derecho a decirle a nadie que ha mentado, porque, ¿quién en este terreno podrá tirar la primera piedra?

La moral común escupe los mosquitos y se traga los camellos; condena las mentirijillas, y acoge gustosa las ficciones y las imposturas de grueso calibre. Ahorca con la cuerda del ridículo al enredador comúnero, y levanta, entroniza y corona al histrión social o al actor político que se mueve a pasos de gigante mintien-

do en un vasto escenario.

En estos órdenes de mentir, al revés que en la esfera teológica, la materia leve recibe mayor castigo que la materia grave. La venialidad consiste en decir autorizadamente mentiras colosales que el vulgo acepta como verdades inconcusas. Los mentirosos que tienen un poco de ideología y de mundología, no sólo se salvan, sino que se acreditan, se ilustran y se elevan.

La mentira patentada y solemne, vertida por bocas ilustres que engañan al pueblo, se llama benévola *farsa*.

Y la farsa es el género escénico más en boga en nuestra época. Gozosos la aplaudimos, en vez de disolverla a puntapiés. Los farsantes forman la aristocracia del reino de la mentira, donde los mentirosos inocentes son la plebe rufin.

Francisco GONZALEZ DIAZ



Terciopelo rosado...

No hay placer mayor para mamita que acariciar ese cuerpecito adorado. Se pasaría las horas acariciando con infinita ternura esas mejillas sonrosadas, ese pechito aterciopelado, esos pies de deditos tan diminutos.

Y entregada a esa dulce emoción, no es difícil que muchas veces haya recordado con gratitud a la Malta Palermo, — el precioso elemento que al procurarle a su hijito una lactancia riquísima y abundante, creó las bases de su salud, robustez y hermosura de

EN TODOS
LOS ALMACENES
DEL PAIS.

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

CRÓNICAS DE PARIS

Maurice Bedel, "Premio Goncourt de 1927", visto de cerca

A la serie de nombres gloriosos que a diario se agitan en París en el campo de las letras, hay que agregar ahora el de Maurice Bedel, a quien se ha otorgado el Premio Goncourt de 1927, en gracia de su novela "Jerome, 60° Latitude Nord".

La prensa, los críticos, las revistas ilustradas, el cine, los amigos y los envidiosos, se han preocupado con ahínco de Bedel por estos días. Y, dando cada cual su opinión, en veces opiniones encontradas, han puesto a este hombre sobre el escenario de París: vale decir, sobre el escenario mundial.

Aunque Bedel era relativamente conocido, ha necesitado del Premio Goncourt para fijar la atención general. Y es lógico que así sea: el Premio Goncourt es más respetable que los de la Academia Francesa, por una razón muy poderosa: la Academia distribuye infinitos premios en un año, y la institución Goncourt uno solo. Además, como se sabe, es institución seria. Y, por último, tiene "chance", afirman por aquí. Escritor distinguido por ella, pasa a ser distinguido, en verdad, desde ese día, aunque antes no lo haya sido. Lo era, naturalmente; pero el grueso público necesita de un campanazo para parar mientes en un escritor, entre tantos escritores como andan por este mundo...

Saldados el pro y contra de los comentarios hechos acerca de este autor, el premio ha sido aplicado, en definitiva, con justicia. La novela de Bedel es sumamente original, está admirablemente escrita, y parece animarla un espíritu burlón finísimo, raro de encontrar entre los humoristas, — a quienes suele pasárseles la mano, — e imposible de alcanzar por los novelistas respetables. Es un libro encantador.

Consecuencia natural de esta nombradía repentina, ha sido lo que el propio Bedel ha escrito hace poco con el título de "Impresiones del Laureado", es decir, pérdida absoluta de la libertad, invadida su casa en todo instante por toda suerte de personas; entrevistas insospechadas; conocimientos a granel; reanudación de amistad con antiguos compañeros de colegio... En suma, le bastante para volverse loco.

No había, pues, ni qué soñar en cuanto a verse con Bedel próximamente. Sin embargo, el mundo está hecho a su antojo, y he aquí que, invitado yo por Francis de Miomandre a pasar la tarde en su casa, encuentro allá, al alcance de la mano o de la charla, al hombre del día... Pocas veces podrá aplicarse esta frase con mayor razón, porque en casa de Miomandre, comenzando por el propio distinguido anfitrión, había muchísimos hombres de los cuales pudiera decirse también que son hombres del día: Edmundo Jaloux, Valéry-Larbaud, Mr. Godoy, el pintor Van Dongen, Max Dalreux, y señoras del día también: la nieta de George Sand, Aurora Sand, que acaba de ser indemnizada con cien mil francos por un Editor que publicó sin consentimiento de la heredera cartas de amor de la abuela novelista; la hija de Paul Margueritte, que acaba de suscribir un nuevo libro insignificante... ¡Y tantos otros!

Pues bien, Bedel era el eje de la reunión. Acercábasele todo el mundo, a todos debía responder... Mirábele yo desde lejos. A un vecino mío, hombre de letras, le dije, como dándole una noticia:

—Ese es Bedel, el del Premio Goncourt...

—Ya lo creo. Es un "poseur". En todo momento está haciendo la estatua...

No le respondí, por prudencia de extranjero, que no fuera envi-

a pesar de sus infinitos compromisos y de sus declaraciones de "laurado".

—Vaya mañana a mi casa, a las doce. Le espero.

Y por sus propias manos apunta en mi carnet la dirección.

Fuí, naturalmente. No me había equivocado: sus rasgos son ingleses, debido a que su abuela materna era británica. Pero sus aficiones le vienen por línea paterna. Bedel es nacido en París y pertenece a una antigua familia parisienne. Todos sus ascendientes, aun su padre, fueron magistrados. Bajo la realeza, bajo el Imperio, bajo la República...

La herencia ha sido muy fuerte en él. Sin embargo, según me cuenta, se lanzó seriamente a escribir después de que se formó por sí mismo en todos sentidos. En efecto, dió su primera plumada a los 30 años, — hoy tiene 42 muy bien lle-

EL RADIO LUMINOSO

Las gentes, cuando quieren aquilatar el mérito de una cosa, deben gustarla en la soledad. Sólo allí alumbra el alma y puede verse claro. Una persona que nos parece insignificante en medio de un conjunto, se nos ofrece exquisita aislada al resto de los hombres. Ocurre que sólo estimamos el valor de los objetos cuando estamos muy cerca o muy lejos, porque en ambos casos estamos solos. Y todas las cosas se hacen grandes por la soledad, que es hacerse grandes por el espíritu.

Los enamorados se ausentan de la ciudad para gozarse ampliamente de sus amores. Y es que las cosas se hacen inagotables cuando nos consagramos exclusivamente a ellas, único medio de santificarlas y dignificarlas. Y para consagrarnos necesitamos silencio o tanto fervor que creemos al silencio. Sólo de esta suerte el mundo nos confía revelaciones interesantes y el alma confiesa sus secretos.

El alma no está a gusto entre las gentes. Cuando no tiene interlocutores se obliga a mudez perpetua. Por el contrario, si quiere dialogar con una hermana, entonces se marchan, juntas y enlazadas, por los parques solitarios.

Mil veces he curado mis dolores dejando caer el telón de mi escenario, y sólo después de recorrer el huerto en la compañía de mi alma he vuelto, fortificado, a presentarme ante el público.

Todos los días me tomo en la vida; así se desliza mi vehículo más fácil y muellemente. ¡Qué pena vivir sin alma! No tener hasta la tumba ni una hora de silencio y dolor en derredor nuestro para sentirnos grandes, para gozar la suprema majestad del espíritu, para perdonar las injurias, para amar sin odios y sin celos, para bendecir la vida, para ofrecer a los hombres la divina delicadeza de un corazón que llora por todas las flaquezas y todas las miserias...

En toda vida hay siempre un radio de luz; el resto está en sombra. Por esta razón las cosas deben ser llevadas, para examinarlas cuidadosamente y aquilatar sus méritos, al radio luminoso.

V. GARCIA MARTI

dioso, y seguí observando a Bedel. Alto, delgado, rubio, de vivos colores y extraordinariamente bien vestido, es un distinguido hombre de salón. De distinción sajona, más parece inglés que francés. Le oigo hablar. Habla con mucha calma y con una pizca de ironía en cuanto dice. Hasta en el modo de mirar. Pero sabe graduarlo todo, como hombre de mundo que es, y como novelista que se ha expuesto a jugar con fuego, — nada menos, y habiendo logrado que ese mismo país, — Noruega, — le perdone...

Me toca el turno de la presentación. Inmediatamente se interesa por América; pero como la impertinencia del gran mundo corre parejas con la del plebeyo, no nos dejan casi hablar, pregunta va y pregunta viene al autor de moda desde hace ocho días. ¡Qué hacerle!... Estoy casi al renunciar a mi tarea de conversar con él, cuando él mismo, obediente a quizás qué sugestión, me indica amablemente,

vados, — después de haber estudiado medicina, arqueología, historia, etcétera; después de haber hecho mucho sport, después de haber viajado mucho y de haber actuado en la guerra de modo muy activo y agitado. No dice él que de modo heroico, pero los demás lo dicen.

A través de la charla insiste en decirme que su novela es tomada del natural, que en nada hay invenciones de su parte, y que si algún mérito tiene es el de la fidelidad; lo que él vió en Noruega, viviendo en familia en una casa cuyas costumbres observó y con una de cuyas jóvenes viajó, efectivamente, a través de las montañas y de las nieves... "Esto no quiere decir, me agrega, que todo sea allá así; yo tomé la familia que me pareció característica u original, mejor dicho, en sus modos de ser y de vivir". "Por lo demás, comenta Bedel a continuación, mi héroe, Jerome, es francés; cierto tipo de francés que no es corriente y que, por lo mismo, es "amusant" como



Prepárese Ud. mismo la goma fijadora del cabello, con agua y vistina. Le resultará 70 cts. el 1/4 kilo y muy superior en calidad y perfume a la que se vende ya preparada. Pida vistina en las farmacias.

tipo de novela".

A una pregunta mía sobre la verdad de los comentarios hechos por los enemigos de Bedel en el sentido de que su libro ha caído como bomba en Noruega, me dice:

—No lo creo, no puedo creerlo, pues tengo pruebas en contrario. El mejor escritor joven de Noruega y el mejor dibujante joven de allá, me han pedido autorización para traducir mi libro, el uno, y para ilustrarlo, el otro...

Comentamos las críticas que le han hecho, y yo le digo:

—No veo por dónde pueden compararle a Paul Morand ni menos decir que le imita usted. Para mi modo de ver son enteramente distintos, puesto que aunque Morand observa, seguramente, del natural, no huye de refugiarse en la fantasía; y él, Bedel, de refugiarse en algo, ello sería en la ironía calculada, fría, bien dosificada, con una "measure" que no se encuentra hoy en literatura alguna del mundo: exagerada entre los franceses; rígida entre los ingleses; casi vulgar entre los americanos...

Estima que este juicio mío se ajusta a la verdad y hace una declaración contundente:

—¿Quiere saber usted quien es, en realidad, mi maestro? ¡Voltaire!... ¡Voltaire!... Y nadie me lo ha dicho. Es que van quedando pocos que hayan leído a Voltaire. Se vive tan a prisa hoy. Además, hay tanta distancia entre el maestro y yo, que no es fácil hallar la huella... Yo a nadie se lo he dicho hasta hoy, pero ha sabido usted tocar en la llaga. Yo no imitaría a mis contemporáneos. No es que les desprecie, pero el pasado, la tradición, me seducen en todo sentido... Mire usted. Aquí guardo la llave de mi casa de campo, que se conserva exactamente como la tenía mi familia en el siglo XVII...

Abre un cajón de su escritorio y saca una llave enorme, y, sin embargo, llena de elegancia en su fuerza y en su línea. Bedel la acaricia como una mujer a un "hibelot".

Yo guardo silencio, pensando:

—Llave mágica. Quizá si tú, que has sabido conservar intacto el pasado de una raza, que no has permitido la entrada de cualquier advenedizo modernista a los dominios del escritor; quizá si tú, más que Voltaire, más que Morand, has logrado que este hombre, actual de aspecto, de traje, de modos y de hospitalidad, se haya conservado clásico alma adentro y haya podido dar un libro de ironía refinada, producto de los "cien abuelos calvos" que, según expresión de no sé qué crítico ilustre, requiere tener tras de sí mismo el hombre de letras, para hacer ironías con fruto.

Eugenio LABARCA.

Cuando los mozos que trabajaban en los cañaverales, veían pasar a don Fritz, decían socarronamente: — ¡Qué gringo fiero!... si parece diablo colorao...

Don Fritz usaba polainas coloradas, pantalones anchos y chaqueta con enormes bolsillos. Un casco gris con barboquejo, forrado de caucho, no se le despegaba un instante, ni se le caían los anteojos montados en su nariz de bicho raro. La barba de don Fritz, era una barba rubia como la barba de choco. Don Fritz era alto y seco, tan desgarbado que parecía un palo vestido. Echábanse a reír las mozas mirándole caminar y decían: — ¡Qué trancos de gringo bárbaro! ¡Parece que la guata lo lleva apurao!... Don Fritz pasaba silenciosamente mostrando su cara de tonto pícaro. Don Fritz siempre andaba de a pie; los caballos y las mulas le inspiraban miedo.

Don Fritz y su compañero, don Herr von Klautz, habitaban una casita de madera, de las que formaban la colonia del ingenio La Cuesta de don Julio Hernández. A don Herr se lo veía a la muerte de un obispo... — ¡Qué gringo arisco! — observaban unos; — Es que no sabe hablar la *castilla*, agregaban otros. Y si algún domingo lo encontraban asomado a la ventana, saltaba chispeante el viejo refrán: Cuando la sequía es larga, no hay matrero que no caiga...

Don Herr era menudo y tenía cara de sabio.

Don Julio Hernández volvió de su largo viaje en compañía de don Fritz von Gronick y de don Herr von Klautz. Don Fritz hablaba correctamente el castellano. Don Herr conocía el griego, el hebreo, el árabe, el latín y el chino; en Tucumán aprendió a decir chucho, zancudo, *uzamico*, *pishilinga*, *alpa misque*, *puesquello*, *calán-raco* y *huanquero*. Y nada más...

Don Julio Hernández, que era un criollo rico y perspicaz, se había propuesto aprovechar por mayor, las mieles transparentes y aromáticas que producían las abejas del monte. Y contrató a dos sabios renombrados: don Fritz von Gronick, autor del libro "Las abejas salvajes" y don Herr von Klautz. Y los sabios llegaron a Tucumán.

Don Fritz y don Herr tenían un curioso laboratorio. Don Fritz era el encargado de las exploraciones científicas; salía diariamente con su paleta de mallas, sus anteojos de larga vista, y su casco metido hasta las orejas. Los peones que trabajaban en los cañaverales y las mozas que tomaban mate bajo el naranjo, lo veían pasar y se preguntaban:

— ¿Onde irá el gringo bárbaro?

— ¿Onde estará la cueva con la gringa y los gringuitos?

— El gringo debe ser socio del *uturuncu*, por eso anda siempre solo por el monte. ¿Onde se meterá?

Don Fritz caminaba y caminaba sin cansarse, trepaba los cerros cubiertos de frondosos árboles, se perdía entre los helechos, lo seguía al arroyo cristalino de cauce salpicado de guijas y pedrones, por la quebradita abierta a guisa de señal, internándose en el bosque misterioso donde holgaban las urracas azules, los machilos negros, loros y torcaces y medraban las feroces onzas y los ágiles pu-

Abejitas del monte

Por Fausto Burgos

mas. Y don Fritz von Gronick probó de todas las mieles del monte. A veces las *trampas de tigre* le abrían los pantalones, lo quemaban las ortigas bravas, lo atolondraban los sanguinarios tábanos y los zancudos oyeros; los *mosquitos* le comían los ojos y la *puna* le hacía saltar el corazón.

De vez en cuando don Julio Hernández escuchaba las sabrosas aventuras de don Fritz.

Año y medio tardó don Herr en presentar su Informe, verdadero estudio científico, una interesante monografía en latín y francés y traducida al castellano por don Fritz von 'Gronick.

SASTRERÍA DE MEDIDA

Una capacidad de elementos y de experiencia que nadie puede ostentar en Sud América, nos permite ofrecer la "ropa sobre medida" más elegante y perfecta que sea posible producir. Nuestros tejidos son la síntesis de lo más notable que el mundo produce y nuestros precios los más razonables.

Magníficos trajes sobre medida, en ricos casimires de lana, gustos de última novedad, desde \$

130.-

CRÉDITOS

Si no desea Ud. hacer un desembolso inmediato le acordaremos un crédito a pagar en 10 meses, sin cobrarle cuota adelantada ni el más mínimo recargo.

A. CABEZAS

Sarmiento esq. San Martín - Buenos Aires

Don Fritz von Gronick formó una hermosa colección de panales y abejas del monte. En cajitas de cartón con tapa de vidrio, yacían las inocentes obreras, el tórax atravesado, transparentes las alas, los ojos dormidos, las patitas estiradas.

Don Herr von Klautz permanecía escondido en su laboratorio, observando insectos, calculando los diferentes índices de refracción de la mieles del monte, la densidad, la dilatación. Manejaba toda suerte de reactivos. Para que no le zumbaran los zancudos, usaba finísimas telas metálicas. Don Herr von Klautz miraba a todos con desprecio y cuando iba al escritorio a cobrar el sueldo, vestía guardapolvo de brin y sombrero de paja. Don Herr tenía cara de sabio.

— Julito, vení pacá; a ver si me leís esto — le dijo a Julio, don Julio. Julio leyó dos páginas.

— ¡No ven las figuras de estos gringos pícaros, pa quererme meter gato por liebre! Ma ver, dame eso, quiero cerciorarme.

Don Julio comenzó a observar los dibujos.

— ¡Bueno, estos gringos me están robando la plata! ¡Juna gran perra! Mirá Julito, dejameló pa hacerlo quemar con la Rosa. Decile al Roque que me lo llame al viejo Rodulfo.

No Rodulfo vivía solito en el último rancho del callejón. Pasaba la vida trenzando lazos y sobando lonjas.

Cuando don Julio sintió el chag-chag-chag de unas ojotas, se dio vuelta. No Rodulfo se había quitado el sombrero y había echado

sobre los hombros las haldas de su viejo poncho.

— ¿Qué se le ofrece mi patrón?

— Oyé... ¿lo conocía a don Fritz?

— ¿Será ese gringo que anda tuitos los día como loco por el monte?

— El mismo. ¿Y a don Herr?

Es el compañero de don Fritz.

— Acompañaos yo nunca los vi de.

— Cuando venfas a cobrar ¿no has visto un gringo flacuchón y de gesto bravo?

— Nai yo nunca vengo. El niño Julio me paga las changuitas en mi rancho.

— ¿Lo conocís bien a don Fritz? ¿No lo confundirás?

— A ño Frí, si lo conozco.

— El otro también es rubio y barbudo; pero no son ni compañeros.

— Nai si lo conozco a ño Frí...

— Bueno, al otro lo sacás por la pinta: es bajito, flacuchón y cara de pocas pulgas...

— Nai bueno, patrón.

— Oyé, Rodulfo: el otro se llama Herr. A ver si podís pronunciar esa letra del abecedario.

— Nai... no no sé escribir, patrón.

— Decí Herr, bien clarito; a ver...

— No Erre.

— Eso mismito; está bien.

— A ño Erre me le vas a hacer una picardía de esas que a vos te gustan, de esas que te enseño mi abuelo. ¿Te acordáis?

— Nai como no.

— Pero a ño Erre, no a ño Frí, porque le tengo lástima. ¿Entendís? La picardía será para ño Erre ¿eh?...

— Sí, patrón.

— ¿Vos conocís todas las abejas del monte?

— Nai como no, patrón. Pa su tata viejo siempre le traje baldadas de miel.

— ¿Y como no traís ahora?

— Nai... es que las abejitas se han ido muy lejos, a lo bien oscuro del monte onde sólo llega el cantito de los pájaros, porque los gringos las persiguen.

— A ver ¿cuáles conocís?

— Nai tuitas, patrón.

— El pesquello, el moro-moro, la bala...

— Nai tuitas, patrón.

— A ver, nombrá las más bravas.

— Los *huanqueros*.

— Más bravas.

— El *calán-raco*.

— Más bravas.

— Nai yo no conozco más bravas que el *calán-raco*...

— Entonces... el *calán-raco*...

— ¡Hum! hasta los caballos salen huyendo cuando los *calán-racos* se vienen encima.

— ¿Y en qué parte del monte hacen el panal?

— Nai en lo más tupido, onde las trampas del tigre y las otrigas bravas no dejan entrar a naides.

— ¿Y vos les robaste la miel alguna ocasión?

— ¡Nai como no!

— Que te parece ¿te animás a llevarlos a los dos gringos hasta la colmena de los *calán-racos*?

— Nai como no.

— Tenís que hacérmelo estropiar bien a ño Erre, pa que se acuerde de su agüela la tuerta.

—Nai como no; lo que me mande, patrón.

—¿Estarán lejos?

—Nai muchos cerros hay que subir...

—¡Eh bárbaro!

—Es que aura están muy ariscas las abejitas del monte. Antes, en la misma boca de la quebrada uno hallaba *balas* y *lachiguanas*. Aura, no; hay que montear mucho y sudar la gota gorda para topar unita.

—¿Sí?

—Sí, patrón. Nai a ño Frí no lo voy a poder engañar, diz que él es muy entendido y que conoce a tantas las abejitas del monte. Así decía la comadre Carmen...

—A los calán-racos que vos decís, no los conoce.

—Nai mejor, patrón.

—Yo les voy a dar la noticia y los voy a obligar a que te acompañen.

—Nai lo duro va a ser pa hacerlos montar a caballo. Dice la comadre que ño Frí no se anima a subir ni amarrao con *chuschalazo*.

—Eso será lo de menos. Vos ensillás los caballos y les ponís las riendas en la mano, montás en el tuyo y salís al trote. Ellos subirán de alguna manera y te alcanzarán.

—Nai, ¿y si no suben?

—Subirán. Ya sabís que conmi-go, pocas bromas.

—Así es, patrón.

—Si no suben, lo llamás al José, le decís que por orden mía los ponga encima y que les castigue los caballos de atrás.

—Está bien, patrón.

—¿Vos les tenís miedo a los dos gringos juntos?

—Yo no, patrón.

—¿Y a los calán-racos?

—Nai... a ellos... ¡hum!

—No me vas a traer los caballos con los ojos hinchados.

—¡No ven la figura de estos gringos pa estarme robando la plata!

—Puenos tías, ton Rotulfo ¿cómo le va?

—Pase adelante, ño Frí.

—Tengo miedo al perro.

—Si ya de viejo, ni se mueve el pobre... ¡Andá pa dentro, Rompefierro! Ya ni oye...

Pase ño Frí.

—Pueno, pero, cuíte el perro.

—Síntese ño Frí.

—Gracias; yo poco, uso, silla.

—Nai bueno, mejor pa usted.

—¡Y de cómo!, usted, ño Frí que nunca se allega al rancho de los pobres...

—Un asunto interesante, yo quiero, consultar, a usted.

—Desensille ño Frí, mire que está haciendo un calor bárbaro. Si quiere colgar la chaqueta y el casco, allí tiene un gancho en la solera.

—Yo, siempre, fresco.

—Nai mejor pa usted, entonces.

—¿Usted, conoce bien las apestas salvajes?

—¡Nai como no! Yo fui melero y de los buenitos...

—Muy bien. Yo pagaré a usted, cinco pesos, si me ayuda a cazar, una apestas, muy interesante, muy interesante, se chama, se chama...

—¿Quiere usted nomrar apestas del monte?

—Nai como no, ño Frí, siempre que no se vaya a olvidar de la propina. Ya me ve perdiendo los pantalones de puro viejo y pobre...

—Muy bien.

La *yana*. Les gusta las flores de los *guayacanes*, de los *horcomolles* y de los *cebiles*. Es abeja chiquita, tiene la anquita amarilla; buscan siempre los troncos viejos y en los agujeros hacen la miel, a su modo, en tinajitas largas. La miel es amarilla y clarita. Pa sacarla, hay que hachear por abajo; pron-

grita, pero la flor es más clara. Es muy buena y santo remedio pa el resfrío. Hasta un balde se puede sacar de un mismo hueco. El bichito chupa de tuitas las flores del monte. ¿Será ése?

—¡Oh!, muy interesante, pero, no es.

—El *mestizo*. Abejita *chesche*,

viejos. Hasta en los naranjos se hallan puesquillos. ¿Será ésa?

—Muy interesante, pero, no es.

—La *bala*. La abejita es muy brava. Hacen una casa larga, forma de bala, revocada de barro y la cuelgan de las ramas de los *alpamolles* y de las talas *pispietas* y de otros árboles. Adentro de la casa está la miel, una miel muy rica. Pa sacarla hay que subirse al árbol y forrarse las manos. Un pájaro muy cantor llamado la reina mora, les roba la miel sin dar tantas güeltas. Abajo se enciende fuego pa que el humo las espante a las abejitas. ¿Será ésa?

—Muy interesante. ¡Oh sí!... yo, conozco bien, a esas, apestas salvajes. La que yo, quiero, se chama... se chama...

—¿*Luchiguana* será? Abejita chiquita y malaza. Cuelgan los panales en las ramas bien tupidas. La casa es parecida a la casa de la *pispuca*, esa avispa colorada que cuelga el nido en los techos, pero es más grande. La miel es muy sabrosa. Se les saca la miel como a las balas. ¿Será ésa?

—Muy interesante, pero no es.

—El *alpamisque*. El bichito es medio grande, la anquita amarilla. Anda siempre volando cerca del suelo. Usted lo vé algunas veces junto a sus pies y de rompe y rasga se pierde en una cuevita que tiene en la tierra. Cavando se encuentra unas botijitas llenas de miel. Las botijitas son de barro. Hasta los *changos* sacan alpamiskues. ¿Será ésa?

—¡Oh muy interesante! pero, no es. Ton Julio, me inticó otros caracteres tiferenciales.

—Nai bueno; mejor pa usted. Bueno, pa acabar saldrá una yunta brava: el *huanquero*. El bicho es grande, tamaño como tres abejas de Castilla encimadas. Les relumbran las alas y las ancas negras y lustrosas. Y son tan lindos como para estarse tuitos el día mirándolos. Al volar hacen un zumbido bárbaro. El *huanquero* es medio idiota y los días nublados no trabaja. El que se mete con *huanqueros*, ya tiene pa rascarse un año... Hacen el panal en el suelo y algunas veces lo cuelgan en los *sunchos*, abajito, porque saben que naide se va a acercar a robarles la miel.

El *carán*. Es una abeja del monte y de la misma pinta que el *huanquero*. El *carán* es negro y grandote. Vea ño Frí: si alguna vez encuentra un *carán*, no se vaya a meter a camisa de once varas, es mejor que lo deje onde lo vido. Los bichos lo han de dejar ciego y si se le antoja espantarlos con fogatas y robarles la miel de los tinajones llenitos, cuidao, cuidao ño Frí. Si come la miel, le vendrá el tabardillo, se le pondrá negra la sangre y estirará la pata en medio del monte sin cristiano que le lllore.

—¡Muy interesante! El nompre, el nompre... Carán, carán, está bien, pero le falta, el apellido.

—Nai será otra abejita del monte a la que nosotros la llamamos *calán-raco*... Pa encontrar los panales, hay que andar mucho, cerros arriba, monteando, olfateando, rastreando en las flores hasta descubrirla.

—Perfécamente, ton Rotulfo; usted nompró, la apestas, salvaje que yo no tengo. ¡Muy bien! ¿Usted

Calzado "NEWARK"

VENTA DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.- m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

tito la miel se descuelga como caldo. Hasta dos baldadas saqué una vez de un mismo hueco. Nosotros la usamos pa endulzar el mate. ¿Será esa?

—Muy interesante, pero, no es.

—El *moro-moro*. El bichito es como mosquita amarilla. También trabaja en los huecos de los árboles viejos. Da una miel medio ne-

chiquitita. Trabaja en los huecos de los cedros requeteviejos y de las quinas. La miel es morenita y se come con pan y quesillos. ¿Tampoco es?

—Siga, ton Rotulfo. Muy interesante.

—El *puesquello*. Abejita negrita, chiquita, brava y traicionera. Trabaja en los huecos de los troncos



—¿Por qué ha dejado usted su empleo?

—Porque no me gustaba estar yo solo de tenedor en una fábrica de cucharas.

puede acompañarnos, a una, explotación científica? Puscaremos el paratero de la apeja.

—¿Usted sólo va ir?

—¡Oh no! el doctor Herr von Klautz, una autoridad, en la materia, nos acompañará.

—¿Y saben andar a caballo?

—¡Oh sí!, nosotros antamos, a capallo, como, a pie.

—Mire ño Frí que es medio le-
jos pa donde vamos a ir. Hay tá-
banos que da miedo y onzas y le-
ones.

—¡Oh sí!... no importa, el doc-
tor von Klautz, es una, autoridad,
en la caza de sapantijas.

—Y tienen que llevar escopeta
paque voltiemos loros y torcazas Y
me tienen que dar la plata pa com-
prar el churrasco, lo asaremos allí,
allí arriba, onde se asiente el pri-
mer nublao. Bajo un laurel encen-
deremos fuego.

—¡Oh no!... mucha molestia.
Nosotros lleparemos, extrácto de
carne, y polvos, de cran poter, nu-
tritivo y botellas térmicas. Usted,
ton Rotulfo, puede llepar, sus al-
forjas, si quiere.

—Nai como gusten; no sea que
allí, arriba, les empiece a sonar
la guata y se tengan que ajustar
los pantalones pa no morirse.

—¡Oh no!

—¿Y ya tienen los caballos?

—¡Oh sí!

—Aviselé a su compañero onde
vamos a ir pa que no se quiera
quedar en mitá del camino.

—¡Oh no!

—¿Y cuándo?

—Mañana, ton Rotulfo.

—Nai bueno, nos albeará en el
cerro.

—Muy bien.

Y don Fritz von Gronick, salió
muy de prisa.

Don Herr von Klautz iba taci-
turno y molido; el rocín que le ha-
bía tocado en suerte era un jaco
trotón y asustadizo. El pobre sabio
llevaba las posaderas llagadas, el
vientre flojo y enfoscados los ojos
de alimaña montés. Había pescado
un catarro de los gordos y la des-
tilación le fluía a menudo por en-
trambos agujeros. Sudaba a ma-
res. Avidos mosquitos, silenciosos
tábanos, lo acometían astuta y so-
lapadamente. Don Herr iba ente-
nebrecido; por intervalos espiaba
las cuevas, los baches y los altiba-
jos del camino; a ratos le venía en
ganas destaparse los sesos. Tan
frescas estaban las llagas ocasio-
nadas por el ludimiento de la si-
lla, que el desgraciado sabio tenía
que llevar las asentaderas al aire.
Durante varias horas no había
podido conversar con su compañe-
ro que montaba una jaca rucía y
que no le perdía las pisadas al vie-
jo Rotulfo. A don Herr von Klautz
hervíale la sangre. Cada vez que
escuchaba los espantosos baladros
de los toros orejanos y los veía
asomar por entre la hierba salva-
je enmarañada, chispeantes los
ojos, negra el ágata del cuerno, se
amedrentaba. Un calor húmedo y
sofocante lo estragaba; sudaba a
mares.

El camino de herradura, a lo
largo de la hermosa quebrada, tre-
paba un cerro y señalaba otro.
Fronchosos helechos y corpulentos
horcomolles, lo mantenían en la
sombra. Cerca, veíase ribazos coro-
nados de tipas y cedros; abajo, en
lo profundo, corría el río monta-
ñés murmurando la canción de las
nieves eternas.

En el Rincón, Herr von Klautz
topó con un labrador que venía
guiando su yuta cargada de pesa-
das vigas. El sabio preguntó:

—Alpamisque? ¿Zancudo?

—¡Ajam! ¡Ajam! El viejo Al-
pamisque, el gringo Zancudo...
allá, allá van sus cumpas—contes-
tó el labrador señalando con el dedo.

El viejo Rodulfo montaba un ca-
ballito zaino, apocado, uno de esos
caballos de montaña por los cua-
les no daríamos cinco pesos.

Don Herr von Klutz, entenebre-
cido, siguió camino adelante, lle-
vando al aire las llagadas posade-
ras y enfoscados los ojos de alima-
ña montés.

El viejo Rodulfo iba alegre, can-
tando una vieja tonada, sin pre-
ocuparse de la suerte de sus des-
graciados compañeros. A medio
día, sintió un cosquilleo y se apeó.

—¡Aura vamos a encender fuego
y chucear el matambe pa esperar-
los a los gringos; vendrán los po-
bres con la guata floja—dijo y co-
gió unas ramas secas. Al rato, apa-
reción Fritz von Gronick. El can-
sancio y el dolor habían apagado
la lumbre de sus ojos mansos. Con
su casco gris metido hasta las ore-
jas, sus bombachos y su chaqueta
de enormes bolsillos, don Fritz ve-
nía silencioso, mordiendo los la-
bios.

—¿Ha visto ño Frí que era me-
dio largo el tirón y fiero la sub-
da?...

—¡Oh, no!... ton Rodulfo...
¡muy interesante!

—¿Y no se le ha resbalao el cue-
ro de las asentaderas?

—¡Oh, no!... ¡muy interesante!

—Nai las tendrá muy duras, en-
tonces... ¿o ya tiene el siete con
callos, ño Frí?

—¡Oh, no!... muy interesante!
Tomé una serie de pistas, muy in-
teresantes, para mi colección.

—Nai qué más quiere, enton-
ces...

—La décima vez que pasé, el
río, vi folar un picho muy intere-
sante, pero muy interesante. Y cho
penetré, en el posque y lo, maté,
con mi pistola.

—¡Eh gringo bárbaro!

—Ustedes, en su idioma intio lo
chaman Kakuy.

—¡Eh bárbaro!... Qué ha ido
a hacer!... Ya se puede ir confe-
sando, aunque sea conmigo. ¡Eh
bárbaro!: el que mata un kakuy,
se muere al otro día.

—¡Oh no!... nosotros, no tene-
mos, miedo, a las supersticiones
tontas... El picho es muy intere-
sante, Quiero, sorprender, al doc-
tor von Klautz. Usted no tiga una
palabra.

—Lo que le pudo asegurar, ño
Frí, es que a usted no le durará la
vida hasta mañana... Consolesé
solito porque no tiene remedio.
Cuando yo era mozo, lo acompañé
a un sabio que andaba pillando
pájaros sin perdonarle a ninguno.
Una noche, le mostré un kakuy;
él lo mató no haciendo caso de lo
que yo le decía. Y esa misma no-

che el sabio murió derrepente.
¡Pobre ño Frí, pobre!... Se lo van
a comer los leones y las onzas...

—¡Oh, no!, muy interesante.
¿Quiere usted verlo?

—¡Huy! ¡huy!, tengaló en la
bolsa.

El viejo Rodulfo, cortó una vari-
lla y ensartó el matambre.

—Se van a chupar los dedos, ño
Frí, aunque ustedes los sabios
blancos son medio metidos a deli-
caos.

—¡Oh no! ¡Muy interesante!

—Allí viene uno. Si la vista no
me engaña, es su compañero. ¡Có-
mo vendrá de enojao! Nai vendrá
chorreando, el pobre...

—No ría, usted, ton Rodulfo, por
fávor; el doctor von Klautz, es,
muy serio.

—Nai bueno.

—¿Usted, quiere, traer, un póco,
de agua? El agua del río, es muy
sucia... Pero, que famos a hácer.

El viejo Rodulfo desenvainó su
cuchillo y aproximándose a una de
esas enormes parásitas; de hojas
acanaladas, largas y carnosas que
viven agarradas de los troncos de
los añosos laureles, ¡ijo:

—Mire, ño Frí, pa qué quiere
que vaya al río; aquí mesmo tene-
mos agua, agüita dulce, clarita, he-
lada, agüita del cielo. ¿A qué no
sabe dónde?

—¡Oh!... muy interesante.

—Pero diga dónde.

—¡Oh!... muy interesante.

—Usted se está haciendo como el
zorro que se metió a enlazar pa

Estas son!...
las famosas
Pildoritas Reuter

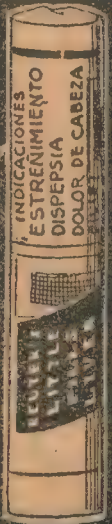
de las que tanto Vd. habrá oí-
do hablar por su eficacia como
regularizador intestinal.

Librese de los innumerables
trastornos que le produce el
estreñimiento y acos-
tumbre su intestino a su
función diaria.

Tome cada noche 1 ó 2
PILDORITAS REUTER
y a los pocos días comprobará
su maravillosa influencia.

En todas las Farmacias

Dep. Gles.: ILLA y Cía.
MAIPÚ, 73. Buenos Aires



ganarle al quirquincho; usted se hace que saber y no sabe.

—¿Qué hizo, el, zorro?

—Nai hicieron una apuesta con el quirquincho a ver cuál enlazaba un potro orejano de la manada, pa cortar las dos colgantes y comerlas, porque andaban hambrientos. Pasó la manada y el quirquincho tiró el lazo y cuando lo vido caer en la cabeza del potro, se metió ligero en la cueva. Nai... se acabó el lazo y el potro se sentó sobre las patas... El quirquincho no era tonto ni pa remedio. Después tiró el zorro, enlazó un potro y cuando se acabó el lazo apenas pudo gritar ¡juá! ¡juá! porque el potro se lo llevó volando por el monte, hecho un ovillo...

—¡Oh muy interesante!... Pue-no, tiga dónde, está el agua; yo no sé.

—Mire ño Fri, aquí tenemos agua pa su botella, pa la de su compañero y pa que tomemos mate. Y tuavía va a quedar pa cuando tenga sed la planta.

—¡Oh!... muy interesante.

—¿Y cómo extrae el agua?

—¿Cómo? Nai metiéndole como un dedo, la punta del cuchillo. Usted mismo puede hacer la prueba. Caerá un chorro de agua clara y fresca: es agua del cielo. Tuitos los cardos del cerro tienen agua guardadita pa los que andan montando.

Vea.

—¡Oh! muy interesante!

—Esta noche vamos a dormir en el monte; tal vez se acerque el león bramando, y llorará el kakuy. Si tienen miedo se tapan la cabeza y rezan un padrenuestro, un credo y un yopecador. Mañana de mañana, sacaremos el calán-raco. Cuidao con ensuciarse los pantalones.

—¡Oh no!

* * *

Durante la succulenta comida preparada y servida por el viejo Rodulfo, departieron alegremente; sentáronse sobre los helechos que crecían junto al tronco del laurel añoso, bebieron del agua que el ardo del cerro guardaba, cogieron los trozos de asado con los dedos y tomaban mate en un oloroso porongullo. Don Fritz estaba palabrero; von Klautz disimulaba el humor y conversaba en latín con su compañero.

—¿Y por qué no habla el doctor? Tiene cara de rabia... ¡Cómo traerá el siete!...

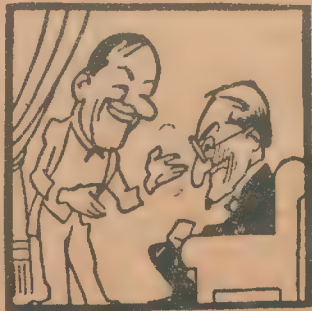
—No sabe hablar, castellano, el doctor, pero, sí, el griego, el latín, el hebreo, el chino.

—¡Hum!... no sabe hablar; pero díz que es bueno pa contar los pesos...

—¡Oh no!

Cuando acabaron de comer, siguieron andando. El camino de herradura llegaba hasta la cima de un boscoso cerro y señalaba, más arriba, otro; era un camino conocido de los troperos que venían de Catamarca con las mulitas cargadas, lo frecuentaban los pacíficos labradores y los mercaderes de novillos y buyes; camino sombrío, bordeado de corpulentos árboles y frondosos helechos, que iba de ribazo en ribazo, de cerro en cerro, a la vera de la honda quebrada.

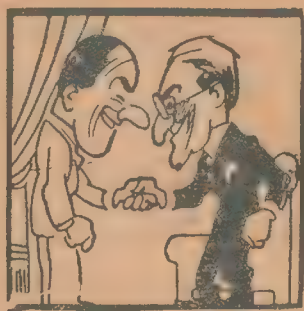
Y andando por el monte los sor-



—¿Porque se ha pasado la hora del almuerzo no tiene usted apé-tito?



—Hágame caso, don Ramón, tome una copa del famoso aperitivo HIERRO QUINA BISLERI y comerá en cualquier momento.



—Tiene razón amigo. Muchas gracias por el consejo.

prendió la noche. Y durmieron acostados sobre la montura. De rato en rato los despertaba el melancólico plañir del kakuy. Al atardecer, el viejo Rodulfo había dicho: —Ya vide unos cuantos calán-racos al pasar el río; los bichos estaban junto a las piedras, tomando agua. Es buena seña; la casa llena de miel la tienen cerca. Trasmontaremos ese alto y cuando estemos en el Cerro Pastoso, allí los vamos a encontrar.

Don Herr von Klautz pasó mala noche, tenía las magras posaderas convertidas en una sola llaga y le manaba la destilación de las narices. Von Gronick durmió como pudo, repitiendo quedo: ¡muy interesante! ¡muy interesante!

Con el alba se levantó el viejo Rodulfo, encendió fuego y fumando

en chala se fué a montar solito.

Fritz von Gronick y el doctor Herr von Klautz se despertaron molidos, con la cara pálida. Cuando el viejo volvió los encontró hablando entre dientes. El Cerro Pastoso estaba cerca, cubierto de hermosos arbustos y tupidos pastos.

El viejo Rodulfo se había teñido de verde la cara, el cuello y las manos.

—¿Está usted, enfermo, ton Rodulfo? — le preguntó von Gronick.

—Nada; me pasé con un yuyo fresco pa que no se me arrimen los calán-racos, porque si no hago así, ni yo voy a quedar. Aquí traigo unos gajos pa refregarlos a los caballos. ¿Quieren que los refregue a ustedes?

—¡Oh no! Nosotros, muy ácostumbrados, a cazar apestas salvajes.

¿Cómo se chama, el éjemplar, que usted ha traído?

—Lo llaman el yuyo hediondo. Es bueno pa espantar tuitas las abejas del monte. Cuando le sienten el olor, a uno no se le arriman. ¿Quieren que les refregue la cara con el yuyo?

—¡Oh no!... muy interesante.

—Allá, en el cañadón ya me topé los calán-racos; parece que la casa está llena de miel; ya me descubrieron los camperos...

—¿Los cam-pe-ros? ¿Peo-nes cam-pe-ros?

—Los camperos son los calán-racos que no trabajan en los panales y que salen lejos y se ocupan de bombear y bombear. Si descubren algún cristiano. Prontito mandan un chasqui a comunicarnos la noticia a los que trabajan. Y todos se preparan a pelear.

La mañana era fresca; el cielo estaba teñido de un azul turquí. Corría el alegre vientecillo de las cumbres. Por intervalos, se oía el agudo silbido de las águilas que pasaban buscando presa, recogidas las garras, la mirada de zahorí.

—Vámonos ya... metanlé ya, antes que reparen los dueños—dijo el viejo Rodulfo.

Y descubrieron el hinchado lomo del cerro. Iban despacio. El viejo llevaba cara de miedo. A la entrada del cañadón, de rompe y rasga, los sorprendió un aguacero de bichos armados de terribles agujones.

—¡Se nos vienen encima! ¡Aura sí! ¡Los camperos! ¡Los camperos! ¡Nos van a matar! ¡nos van a matar! —gritaba el viejo Rodulfo, como un loco. Los caballos amusgaron las orejas y se espantaron.

Los calán-racos llegaban en escuadrones cerrados, se lanzaban furiosos sobre los dos extranjeros, locos de venganza. Llegaban unos, caían; llegaban otros y otros. Go-teaban como el impetuoso aguacero.

El viejo Rodulfo, huyó cuesta abajo. Los rocines buscaron la querencia.

Acosados de tan feroces enemigos, Fritz von Gronick y el sabio doctor von Klautz, cayeron vencidos. Los calán-racos se amontonaron a millares.

Y mientras lloraba entre las breñas el kakuy solitario, los dos hombres blancos sintieron que se movía la montaña, que rebosaba el río, que ardían los bosques, que se hundía el cerro y vieron aproximarse la noche negra con su legión fantástica de sombras...

FLORES....

La fuente de la Sierra tiene su claridad, es cierto; y nosotros también tenemos una belleza sobre todas delicada cuando el alma lo quiere. Los ojos son nuestra belleza, la flor del ser. No por los ojos mismos, sino por la mirada que los habita. No es el mármol de la morada lo que vale, sino la gracia de los que viven en ella, la gracia noble de la ternura, de la misericordia, del cariño, del perdón. Las pupilas de los árboles son las flores. En el invierno los árboles están ciegos: no ven pasar los pájaros, no ven caer la lluvia, ni ven la corona del arco iris teniendo la ilusión de los colores en la frescura del paisaje humedo.

Toda la belleza secreta de los árboles se asoma a las corolas, a ver la luz, a vivir. Todo lo que es bello tiene una ansiosa sed de luz. Todo lo que en la luz deja un poco de belleza vive. ¡Pobres vidas inútiles las que se fueron sin dejarnos un pétalo de belleza, sin dejarnos el recuerdo de una mirada de virtud! ¡Felices las plantas que viven tanto con tantas flores!

Tienen con los azahares miradas ingenuas, con las amapolas un implacable amor de gloria; con la blanca flor de los ciruelos sus ojos sonrien y esos mismos ojos te miran humildemente en las margaritas silvestres, como después te mirarán al modo de una madre orgullosa de tí en las grandes magnolias.

Pero son bellas sólo cuando están en los árboles, porque son sus miradas. En su sitio son belleza: en la enredadera que da sombra a tu umbral, en el limonero que extiende las ramas sobre un banco donde muchas veces se va a pensar... No hay que sacarlas de su palio de hojas: los ojos arrancados ya no son bellos.

Yo nunca os cortaré, ¡oh rosas! para dejaros morir en un vaso de porcelana; ni quiero ver caer vuestros pétalos como párpados secos en la penumbra de mi cuarto; nunca os cortaré para que os sequeis sobre el pecho de un muerto, azucenas. Vosotras no tenéis la culpa de que la gente se muera, ni la culpa de ser bellas, ¡oh azucenas!

Enrique BANCHS



Un apero codiciado

Por Rómulo F. Rossi

El lujo criollo de nuestros hombres de campo y aún mismo entre los habitantes de la ciudad —ya que no contábamos con los cómodos medios de locomoción de que hoy disfrutamos,— era hasta sesenta años, atrás,—el apero —rebotante de oro y plata cuando se trataba de gente acomodada. Estancieros, rentistas, funcionarios, jefes, oficiales, y hasta el paisano humilde, empleaba sus ahorros en la adquisición de un lujoso apero.

Verdaderos orfebres tenían a su cargo la orificación de cabezadas, petrales y estribos de campana, a la vez que ampollaban como si lo hicieran con burbujas de plata alternada con los pasadores labrados,—el cabestro y las riendas de cuero o de tientos primorosamente trabajados.

Pero, donde hacían derroche de buen gusto los artifices plateros, era en los grandes y campanudos estribos, primores que daban la impresión de verdaderos encajes metálicos, en los cuales destacaban los caprichosos dibujos e iniciales en oro correspondientes al nombre y apellido del propietario, sobre bruñida plata brasiera. Cuando se trataba de jefes, era corriente que el petral, en la parte que coincidía con el "encuentro" del animal, ostentara en plata el escudo nacional con la balanza, cerro, caballo y buey, en oro. En un corcel enjaezado así, el ayudante de don Francisco Tajés, capitán don Pedro Zas en su ir y venir en la batalla de Cagancha cuando la revolución de César Díaz, despertó la codicia de los adversarios, muchos de los cuales,—ni cortos ni perezosos, trataron varias veces de bolearle o matar el caballo que montaba, para "carchar" tan buena presa. El relumbramiento de tanta plata y oro, hacía quitar de debajo de los pobres y viejos cojinitos de cuero de carnero de los soldados adversarios en ambiciosos afanes, las boleadoras gauchas, con sus tres extremidades de anhelos homicidas, para volar cual pájaros siniestros tras los arneses fulgurantes del bravo oficial colorado. Ni bolas ni tiros de fusil pudieron alcanzar ni al jinete ni al caballo, amparados —parecía—por las invisibles alas de una hada protectora. Y de Cagancha, las huestes revolucionarias se corrieron hacia el Paso de Quinteros, en donde el rico apero del capitán Zas habría de despertar nuevas ambiciones.

Salvada la vida del capitán Zas por la magnánima intervención del entonces comandante Burgueño, un oficial gubernista le dijo confidencialmente:

—Capitán; ese apero será la causa de su muerte.

—Yo no veo...

—Es que, por apoderarse de él, hay quien piensa en asesinarlo a Ud.

—Pero... ¿es posible?

—Si señor; Fulano de Tal—agregó el oficial blanco—revelando entonces el nombre de una persona, que después y hasta la revolución de 1904, gozó de grandes prestigios como jefe, dentro del partido.

—Y bueno, si es el destino...

—Es que yo quiero y debo evitar ese asesinato y ese robo. ¡Sería una vergüenza...!

—¿De qué manera?

—Entrégume todo su apero; y cuando Ud. llegue a su domicilio, lo encontrará tal cual lo haya recibido de sus manos. En cambio, yo le daré mis "pilchas de andar",—pobres y deterioradas, pero muy bien adquiridas.

Y desde ese día, durante la triste marcha hacia Montevideo, el prisionero Zas, que no conocía ni el nombre ni el apellido de su detentor, de quien creyó ser víctima de un despojo cortés,—porque durante todo el trayecto no volvió a aproximarse, — miraba con nostalgia cuando se le presentaba la ocasión y a la distancia, a su querido recado.

Pero... ¡oh, fatalidad de las cosas!

El humildísimo recado gaucha que le cambiara el oficial gubernista, había de despertar a su vez, la codicia peligrosa de un negro hercúleo que integraba la custodia de la ca-

ravana mutilada y prisionera que, en su peregrinación hacia la Capital, continuaba dejando de trecho en trecho con la fatídicas "quintas", lagunas de sangre generosa...

Las miradas de codicia del moreno que no escaparon a la sagacidad del capitán Zas, unidas a vigilancias excesivas y a reprimendas tan injustas como intempestivas que no tenían sin duda otra finalidad que la de provocar un gesto de protesta o de rebelión que justificara el asesinato, advirtieron al prisionero que debía proceder con toda sagacidad, si quería librarse del lanzazo que lo acechaba.

—Diga, soldado, le dijo amablemente y en momento oportuno.

—¿Qué quiere? respondió el negro con alternería.

—Deseo hacerle un regalo para que conserve un recuerdo mío...

—¿Cuál regalo?

—Este apero.

—¿Ya mismo?

—No; ahora no puede ser...

—¿Y cuándo, entonces? respondió el moreno arrugando nuevamente el ceño.

—Cuando lleguemos a la Unión. Ud. se hará cuenta de que yo no voy a marchar en pelos...

—¡Es razón...! — subrayó resignadamente el soldado, rascándose las motas con sus dedos de garras.

Desde aquel momento, el futuro poseedor de aquellas pilchas rancheras, se convirtió en el más eficaz guardián de la integridad del prisionero; y llegada la columna al término de su jornada en la Villa de La Unión, recibió jubilo del capitán Zas, el prometido regalo.

Y no fué chica la sorpresa del oficial colorado, cuando al llegar a su casa, el oficial blanco, adelantándosele, había entregado ya el centelleante apero que con él,—su dueño,—habría de provocar a la Muerte en sus correrías guerreras de Cagancha y en la triste condición de prisionero, cuando se escribió con sangre el epílogo de la tragedia del Paso de Quinteros...

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Este artículo va dirigido al señor Charles Nordmann, director del Observatorio Astronómico de París y colaborador de "La Prensa", el cual, en un artículo recientemente publicado en dicho diario, se ha llamado a sí mismo hombre científico y nos promete determinar qué es lo que merece perpetuarse de la obra de Descartes.

El señor Charles Nordmann nos hace esa promesa, en ocasión de trasladarse los restos del padre del racionalismo al panteón de los hombres ilustres de Francia, porque ha encontrado que si los grandes filósofos escribieron sobre la naturaleza de las cosas, no fué más que como natural consecuencia de sus investigaciones y de sus descubrimientos científicos.

Nosotros pensamos precisamente lo contrario, pues la historia nos enseña que el irresistible deseo de saber el cómo y el por qué de las cosas llevó a los filósofos a universalizar, primero, y a especificar, después, sus investigaciones. Nos acompaña en esta manera de ver un severo pensador, que sabía muchas matemáticas, como el astrónomo de París, y que no podrá ser tildado de filósofo racionalista, es, a saber, el señor don Blas Pascal, nacido en Chermont el 19 de Junio de 1623, quien ha dejado escritos unos pensamientos en que dice que unos se detienen en mirar simplemente los objetos que los rodean; que otros contemplan la naturaleza en toda su majestad; que éste considera la luz puesta como una lámpara eterna para esclarecer, y aquél se asombra del movimiento de los astros; pero que todo lo que vemos del mundo no es más que un rasgo imperceptible del amplio seno de la Naturaleza; que ninguna idea se aproxima a la extensión de los espacios; que abultamos nuestras concepciones y no concebimos más que átomos a costa de la realidad de las cosas; que el universo es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Concluye de ello el eximio pensador, que el hombre debe, en consecuencia, empezar por conocerse a sí mismo como ser perdido en la naturaleza. Es decir: reproduce el aforismo socrático y confirma el punto de partida cartesiano. Sócrates y Descartes, parten del conocimiento de sí mismos, por inducción, al conocimiento de Dios; y vuelven de éste, por deducción, al de todas las cosas particulares.

El señor Nordmann habla de la Ciencia. Me devano los sesos por saber qué cosa es la Ciencia y no lo puedo comprender. La Ciencia, llama el médico a la terapéutica. La Ciencia, llama el químico al análisis biológico. Para un físico la Ciencia es la fuerza y la materia. Para un matemático, la Ciencia son los números. Todos hablan de la Ciencia y ninguno tiene de ella más que una simple porción.

En cambio, pluralicemos, digamos "las Ciencias", y la dificultad queda aclarada. Encadenemos estas ciencias al estudio de las causas y subordinémoslas a las universales reglas de la lógica, y ya veremos a donde van a parar las ampulosas frases de estos hombres que, cuando se creen propietarios de la Ciencia, tienen que pedir a los métodos filosóficos un punto de apoyo y de cohesión.

El astrónomo de París no habrá leído posiblemente con detención las 21 Reglas que para la dirección del Espíritu dejó escritas el admirable filósofo francés, de todas las cuales es la primera aquella que in-

DESDE EL PÓRTICO

Descartes y los hombres de ciencia

duce a dirigir el espíritu de manera que forme juicios sólidos y verdaderos de todos los objetos que se presentan, agregando que tal debe ser el fin del estudio. Creía Descartes que era preciso combatir el error muy generalizado de querer estudiar aparte cada una de las Ciencias, haciendo omisión de las otras. Decía él que las Ciencias todas no son más que la inteligencia humana; que es siempre una y siempre la misma, por grande que sea la variedad de su objeto, como la luz del sol es una, por múltiples

tudios tienen menos valor por lo que en sí contienen, que por ser de alguna utilidad para el otro. Y sintetizaba su opinión diciendo que nada nos aparta tanto del camino recto de la verdad como el dirigir nuestros estudios no a ese fin general que acababa de exponer, sino a fines particulares.

El señor colaborador de "La Prensa", que se dedica a la subciencia de la astronomía, no está habilitado, pues, a determinar qué es lo que merece perpetuarse de la obra universal del gran filósofo,

CANTINELA

I

Hoy me hallo como nunca, solitario, aislado...
Y al mirar como Otoño derrama su hosquedad,
Sueño con que ese viento que el follaje ha llevado,
También se lleve en su ala mi torva soledad.

II

Todo me va dejando con impalpable empeño;
La ilusión, la esperanza, la juventud, la fe...
Todo se va marchando..., hasta mi fiel ensueño
Ha tiempo que en silencio dejándome se fué.

III

Yo me inclino a mi espíritu. Lo encuentro abandonado;
Con la apariencia triste de un derruido solar
En donde—cual una fuente de murmurar cansado—
Sólo vibra la nota de un continuo cantar.

L. GONZALEZ CALDERON

y distintas que sean las cosas que ilumina. Que ninguna limitación debe imponerse al espíritu. Que si el ejercicio de un arte impide que aprendamos otro, no ocurre lo mismo en el campo de las ciencias, donde el conocimiento de una verdad, lejos de ser un obstáculo, nos ayuda a descubrir otra. Además, le parecía muy extraño que la mayor parte de los hombres estudien con el más escrupuloso cuidado las propiedades de las plantas, los movimientos de los astros, la transmutación de los metales y otras materias semejantes, y muy pocos se ocupen de la inteligencia o de esa ciencia universal que él proclamaba; y que sin embargo aquellos es-

que fué, además, geómetra esclarecido y físico notable. Estudiar las nebulosas, los soles y las plantas; conocer la constitución química del sol, de las estrellas y de las nebulosas; establecer las distancias siderales, el recorrido de la luz y el tiempo que tardan en llegar desde diversas estrellas, y dominar, si se quiere, los conocimientos de la física y la dinámica celeste, son, ciertamente, aptitudes respetables, que ya quisiera para sí el autor de este artículo, pero no constituyen, frente a un sistema de generalizaciones filosóficas, sino uno de los múltiples senderos del dilatado campo de la verdad.

Se nos ocurre que con tablas de

cálculos preestablecidos y un cuadernillo y un lápiz pueda automáticamente un astrónomo mediano predecir un eclipse o un cometa. La sorpresa es grande; pero el procedimiento es conocido.

En cambio, nos sentimos abrumados, cuando un hombre de la modestia ingénita de Descartes, busca una verdad que sea accesible a su razón, y dudando de todo cierra los ojos a la luz y se resiste a abrirlos mientras no ha comprobado que ya existe una cosa de la que no puede dudar, qué es de que duda, y que para dudar es necesario pensar, y que para pensar es necesario existir. Nos abruma ese proceso mental, que resume en un minuto de los siglos y en un solo cerebro de la humanidad el problema de todos los tiempos, resuelto en homenaje al desinteresado deseo de saber y con el que cae hecho pedazos el mito del Magister para ennoblecer ad tertium la legitimidad de la razón.

Un astrónomo es sólo un profesor de astronomía cuando no puede llamarse Newton, Copérnico o Galileo. Un filósofo es un creador de mundos espirituales, y si, por ventura, se llama Descartes y deja tras de sí la estela de un Spinoza, un Leibnitz y un Manuel Kant, todos los cuales revolucionan el mundo intelectual y lo encumbran en la moral, el derecho y las ciencias, entonces no nos es lícito pensar que debemos conservar de su obra, sino que debemos deplorar no haya tenido tiempo de producir una obra cien veces más extensa para gloria de la humanidad y provecho de nuestra limitada inteligencia.

¿Sobra una sola palabra en el "Discurso sobre el método que ha de seguir la razón para buscar la verdad en las ciencias?" ¿Causa algún daño a las matemáticas y a la física las "Meditaciones sobre la filosofía primera?" El "Compendio de las objeciones" no tendrá alguna utilidad en cosmografía cuando, como en este caso, se sienta contrariado algún astrónomo? El "Estudio de las pasiones y de la naturaleza del hombre" no aportará algún antecedente útil a la clínica moderna? Las recordadas "Reglas para la dirección del espíritu" carecerán de interés en una clase de didáctica y metodología? La "Investigación por la luz natural" no nos convencerá que ésta puede, sin el auxilio de la religión ni de la filosofía, determinar lo que el hombre puede pensar en todos los casos que puedan presentársele en la vida y penetrar en los secretos de las ciencias más curiosas?

La luz natural, señor astrónomo, y no la Ciencia, en cuyo nombre usted nos amenaza, es lo que llevó a Descartes a la cumbre de la investigación y lo que hizo que los caldeos, cuatro mil doscientos años antes de la creación del Observatorio de París, tuvieran las observaciones astronómicas que Calístenes trajo de Persia a Aristóteles y que existieran memorias babilónicas de eclipses acaecidos 747 años antes y recogidas por Ptolomeo.

La luz natural y la observación. He aquí todo.

Que si el Panteón de los hombres ilustres de Francia ha de guardar sus cenizas, no tiene la humanidad un panteón espiritual suficientemente grande para conservar, intacto, el recuerdo de sus obras, desgraciadamente breves y reducidas, pero ante las cuales deberán siempre inclinarse todos los hombres de ciencia de la tierra.

H. LARTIGAU LESPADA

ANECDOTA

Verdi el gran compositor, era glotón. Uno de sus placeres mayores era sentarse ante una buena mesa y gustar los manjares de su predilección. Sus enemigos—¿quién no los tiene?—le echaban en cara tal debilidad.

Y él respondía: Que digan lo que quieran. He comido demasiado mal en mi juventud de aldeano pobre para que ahora tenga que renunciar a comer lo que me guste.

La cuenta del sastre

Por Guy des Roches

Al salir Mariscot del garage donde acababa de encerrar su magnífico automóvil, se tropezó de manos a boca con Lamónise.

—¡Caramba! ¡Amigo Mariscot! — exclamó éste—. ¡La Providencia te envía!

—Deja a la Providencia que tengo mucha prisa — contestó secamente Mariscot.

—Acabo en dos palabras. ¿Puedes prestarme doscientos francos?

—No. El otro día te presté ciento y te dije que no volvía a prestarte ni un céntimo más.

Mariscot parecía decidido, y Lamónise cambió de tono.

—Entonces puedes hacerme un favor que no te costará ni un céntimo. Debo a mi sastre varios trajes, y la otra tarde hice la tontería de decirle que mañana mismo le daría 200 francos a cuenta, y aceptó, amenazándome con embargarme si no le doy esa cantidad.

—¿Y quién te obliga a estar mañana en tu casa?

—Es que si no estoy y no le pago, me embarga.

—Pues yo lo siento, pero...

—¿Pero no te digo que no es dinero lo que quiero de tí? Lo que te pido, querido Mariscot, es que mañana estés a las dos de la tarde en mi casa para recibir a mi sastre en lugar mío.

—¡En tu lugar!

—¡Naturalmente! El no te conoce, no sabe que somos amigos. Llamará, irás a abrir. "¿El señor Lamónise?" — preguntará. — "¿Lamónise?" — contestarás tú, sorprendido—. "¡Ah, sí! Es el inquilino que había antes. Se ha mudado. Ahora vive..." Y le darás unas señas al otro lado de París; y mientras me busca y se informa, yo he tenido tiempo de buscar los 200 francos. Ya ves que ese favor puedes hacerme sin dificultad.

¿Qué iba a hacer Mariscot? Después de todo, Lamónise era un antiguo amigo. Aceptó.

Al día siguiente, a las dos menos cuarto, estaba en casa de Lamónise.

—Pasa — le dijo su amigo. — Estás en tu casa. Quitate la americana y ponte este pijama. Aquí están los avíos de afeitarse. Conviene que cuando venga te pille con la cara enjabonada. Así no dudará de que eres el verdadero inquilino.

Yo te dejo, no sea que venga y me coja aquí.

A solas, Mariscot piensa que lo que hace no es muy delicado.

Engañar así a un industrial que va a cobrar lo que se le debe no es muy correcto; pero por un amigo es disculpable cometer una pequeña canallada.

Al llegar a esta conclusión llamaron a la puerta.

Mariscot se quedó en mangas de camisa y salió a abrir con la cara enjabonada.

—¿El señor Lamónise?

En la puerta aparece un hombre correcto y sonriente. No debe de ser el sastre de Lamónise. Hubiera visto en seguida que no era su cliente. Pero como la situación exige gran prudencia, Mariscot contesta:

—El señor Lamónise no vive aquí, caballero. Se mudó hace dos días. Yo soy el nuevo inquilino.

—¡Cuánto lo siento! Pero como usted es ahora el inquilino, tal vez pudiera hacerme el favor que venía a pedir al señor Lamónise.

Decididamente no es el sastre.

—Pues si está en mi mano, caballero; estoy a su disposición.

—Es el caso que el mes que viene se desalquila el piso de arriba; pero como el inquilino se va porque el casero lo echa, no deja

que nadie vea el cuarto, y como éste tiene la misma distribución, quería verlo por si me conviniera el de arriba.

—¡Con mucho gusto! ¡No faltaba más! Pase usted.

—Primero la cocina — dijo el desconocido. — Es la pieza que interesa más a mi mujer. Le gustan las cocinas alegres. Por aquí, ¿verdad?

—Sí; por aquí — dice Mariscot. Y abre una puerta al azar.

Mala suerte. Es la alcoba.

—Poco conoce usted su casa — dice el desconocido.

—Como hace tan poco tiempo que vivo aquí... — balbucea Mariscot.

—¿Y aquí estará el comedor?

—Sí — dice Mariscot, que empieza a perder la cabeza.

Abren otra puerta. Es la cocina.

El desconocido cambia de tono.

—¿Se está usted burlando de mí? ¡Basta de comedias! ¿Quiere usted que hablemos claro, caballero? Usted no está en su casa. A usted

lo ha mandado el señor Lamónise para recibirme, porque hoy tenía que darme 200 francos a cuenta de los trajes que le he hecho y que no me paga. ¡Pero esto no quedará así! ¡De mí no se burla nadie! ¿A que me quedo con usted hasta que venga su amigo?

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye. Y si tarda mucho su amigo, se servirá usted acompañarme a la Comisaría para explicar allí el papelito que ha despedido usted.

—¿A la Comisaría?

—¡Naturalmente! A menos que me pague usted los 200 francos que debía darme el señor Lamónise.

Mariscot se aterró, y para evitar consecuencias desagradables, sacó la cartera y entregó dos billetes de cien francos al sastre.

Y he aquí como el astuto de Lamónise, que había inventado la historia del sastre, encontró el medio, gracias a la complicidad de un amigo, de sacar otros 200 francos a Mariscot, que había jurado no volver a prestarle ni un céntimo más.



...es el producto original!

LA enorme fama adquirida por las Tabletas "BAYER" de "CAFIASPIRINA" ha dado origen a imitaciones y preparados similares, pero *ninguno es, ni puede ser igual, en ningún sentido, a la "CAFIASPIRINA" Original.*

SOLO ella proviene de las Fábricas "BAYER" donde la CAFIASPIRINA se prepara de acuerdo con un *procedimiento científico especial que sólo la Casa "BAYER" conoce.* A eso se debe su virtud inimitable de calmar los dolores y levantar las fuerzas.

SOLO la "CAFIASPIRINA" ha comprobado ser absolutamente inofensiva para el corazón, los riñones y el estómago en millares de hogares argentinos. *Esta experiencia de muchos años ofrece una seguridad para su salud que no puede dársele ninguna nueva preparación.*

No obstante su bondad, la "CAFIASPIRINA" se vende a un precio que está al alcance de todos, debido a que su fabricación se hace en gran escala por ser la preferida en todo el mundo.



AL COMPRAR, FIJESE EN LA CRUZ "BAYER".

UNA MUJER HERMOSA

Por Federico Boutet

En el salón de la señora de Le Blussac sólo quedaban tres damas y un caballero. Una de las señoras, muy bella y muy rubia, se levantó para marcharse.

—¿Pero te vas ya, Susana? ¡Si no son más que las siete! — protestó la señora de Le Blussac.

—Tengo que irme en seguida. Me voy mañana, y no tengo nada preparado.

Se despidió efusivamente de las dos damas, y, con amabilidad, del caballero, un hombre joven, moreno y grave, que fijó en ella una mirada insistente.

—¡Estupenda! — dijo la señora de Le Blussac, una vez ausente Susana—. No cambia.

—Pues yo la he encontrado esta tarde bastante estropeada — dijo otra de las damas.

La señora de Le Blussac fingió indignarse.

—¡No diga usted eso! Susana, a estas horas, no parece tener más de los treinta y dos años que dice haber cumplido.

—Pero es viuda desde hace ocho años. ¿Y cuánto tiempo hace que se casó? ¿Cuándo contrajo matrimonio?

—Esas son dos preguntas a las que no se puede contestar. Brive se casó con ella en provincias. Vinieron a París hace bastantes años, y he oído que cuando se casó ya no era ninguna niña. Lo que sí puedo decir es que cuando la vi por primera vez estaba como ahora. No cambia. No tiene edad. Es una maravilla indestructible. Ya sé que hay el tinte, el masaje, la parafina, la electricidad, el maquillaje. Pero yo, aunque hubiese usado todas esas cosas hace diez años, no hubiera parecido tan joven como ella.

Y volviéndose hacia el caballero, que la escuchaba estupefacto, prosiguió:

—No quiero decir que Susana tenga diez años menos que yo. Pongamos que haya más diferencia, pues yo he cumplido los sesenta. Pero, ¿qué importa? Una mujer, cuando es hermosa, no tiene edad.

El caballero moreno se despidió.

—Creo que ya hemos informado un poco al señor Larrier — dijo a sus amigas al verse las tres solas—. Era mi deber. Es un buen muchacho, al que he conocido de niño. Es tímido, sincero, apasionado, y me parece que está enamorado de Susana. Cuando ha sabido que se iba a París a pasar un mes al campo, a casa de sus tíos, lo ha arreglado todo para ir a reunirse con ella. Se ha hecho invitar por unos amigos que tienen una posesión inmediata. Y si ese muchacho hace una tontería...

—¿Quiere casarse?

—¿Quién sabe? Por eso he querido poner a cubierto mi responsabilidad. Un hombre de treinta y cinco años, rico, libre, buen mozo, debe pensarlo mucho antes de casarse con una mujer que debe de tener diez o doce años más que él...

Larrier, por su parte, iba pensando lo mismo al salir de casa de la señora de Le Blussac. La revelación de ésta le había aturdido. ¿Era posible? Veía el rostro delicioso de Susana, su tez fresca... ¿Sería obra de la química? Sabía que tenía más de treinta y dos años que decía, que era viuda desde hacía años. Pero hay mujeres que se casan a los diez y seis años. ¿Era el caso de Susana? Hasta entonces lo había creído; pero ahora sumaba las cifras dichas por la señora de Le Blussac, y el total le asustaba. Sobre Susana y su belleza se cernía un misterio que le causaba espanto.

Al verlo pocos días después en el campo, su belleza le subyugó de nuevo. Fue presentado a los tíos de Susana y la veía a diario. A veces pensaba: "Tiene diez o doce años más que yo. Es ridículo. Mañana salgo para París". Pero casi siempre reconocía que no había visto a una mujer tan seductora, y se mostraba dispuesto a pedir su mano.

Un día la encontró en el camino.

—Acompáñeme, si quiere, aunque no se va usted a distraer mucho. Voy a ver a mi nodriza. Es una viejecita que casi no oye ni puede

hablar; pero me quiere mucho la pobre, y es un deber proporcionarle la alegría que siente al verme.

Marchó a su lado. Bajo los rayos del sol parecía tan lozana, tan joven...

Al ver a Susana la ancianita se incorporó llena de alegría.

—Ya estoy mejor; es la alegría de verte. La tuteo — dijo confidencialmente al señor Larrier —, porque la he visto nacer. Cuando era pequeña no consentía que la cuidara nadie más que yo. Era un encanto de criatura, caballero.

—¡Qué charlatana estás hoy! — interrumpió Susana, disimulando alguna impaciencia—. Tengo prisa; volveré mañana.

—Un encanto, le digo a usted — prosiguió la anciana—. Tengo retratos suyos de todas las edades. Y abrió el cajón de una cómoda. Mire el más lindo. Tenía diez años.

Larrier contempló la fotografía. Era una encantadora niña vestida de blanco, en la que reconoció a Susana. Al pie del retrato una dedicatoria de letra infantil decía: "A mi que-

rida Victorina, en el aniversario de mis diez años— Susana". Seguía una fecha que Larrier leyó con el mayor interés.

—¿Viene usted? — le dijo bruscamente Susana muy encarnada y casi arrastrándolo.

Marcharon un rato silenciosos.

—Esta Victorina — dijo, al fin, intentando sonreír — ha sometido mi coquetería a una prueba dura. Son terribles estos viejos cuando se ponen a recordar. Ya sabe usted que tengo treinta y siete años, y no treinta y dos, como me ha oído decir. Cuento con su discreción, porque ya sabe lo que son las amigas... Como usted ve, ya soy vieja...

Se encogió de hombros. Las matemáticas columniosas de la señora de Le Blussac le inspiraron horror y desprecio. Inclinado hacia Susana, le dijo que la amaba, y ella se sintió dichosa al no tener que revelar ya fechas embarazosas. No podía sospechar que por aquel retrato de su infancia Larrier había averiguado, no que tuviese los treinta y siete años que ocultaba, sino los cuarenta y cinco o más que le adjudicaban sus buenas amigas.



La lengua está sucia?

Nada revela mejor el estado del intestino que el de la lengua. Por esto es que, el médico, al examinar un enfermo, le hace sacar la lengua para ver en qué estado se encuentra el intestino; en el 90 % de los casos, prescribe un purgante.

Hay una gran cantidad de purgantes que a la larga irritan el intestino, produciendo estreñimiento (sequedad de vientre).

Por esto es que, al purgarse, se debe elegir algo agradable, suave y seguro, tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente, reeduca el intestino sin producir acostumbamiento. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate; a dosis de una, es laxante, tomando dos, es purgante. Puede tomarse a cualquier hora; no requiere cuidado alguno.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA

BUENOS AIRES

Regreso del ex em- bajador argentino en Estados Unidos, doctor Pueyrredón.



El ex-embajador argentino en Esta-
dos Unidos y ex-presidente de la de-
legación argentina a la VI Confe-
rencia Panamericana, realizada en la
Habana, doctor Honorio Pueyrredón,
momentos después de desembarcar,
rodeado de un núcleo de personas
que fueron a esperar su arribo.



Banquete en honor del embajador de España.



Ofrecido por el señor Félix Ortiz y
San Pelayo, sirvióse en los salones
del Plaza Hotel un banquete en ho-
nor del embajador de España, don
Ramiro de Maeztu. — Vista general
de los comensales que participaron
en el acto



Demostración a los premiados en los juegos florales de Bolívar.

El ministro de Venezuela, acredita-
do ante nuestro gobierno, doctor Pe-
dro César Dominici, ofreció una co-
mida en honor de los escritores pre-
miados en los juegos florales reali-
zados con motivo del centenario de la
fundación de Bolívar. — Grupo de
los concurrentes al acto, que se lle-
vó a efecto en la confitería del
Molino



"Independencia Athletic Club"

PERIODISMO



Organizado por la comisión directiva del "Independencia Athletic Club", reali-
zóse en los salones de la Confitería Pellegrini un animado té danzante al que
asistieron numerosas familias. — Vista de la concurrencia



Señor Rafael Labella, director de
"La Patria Italiana en el Uruguay"
de Montevideo, actualmente entre
nosotros



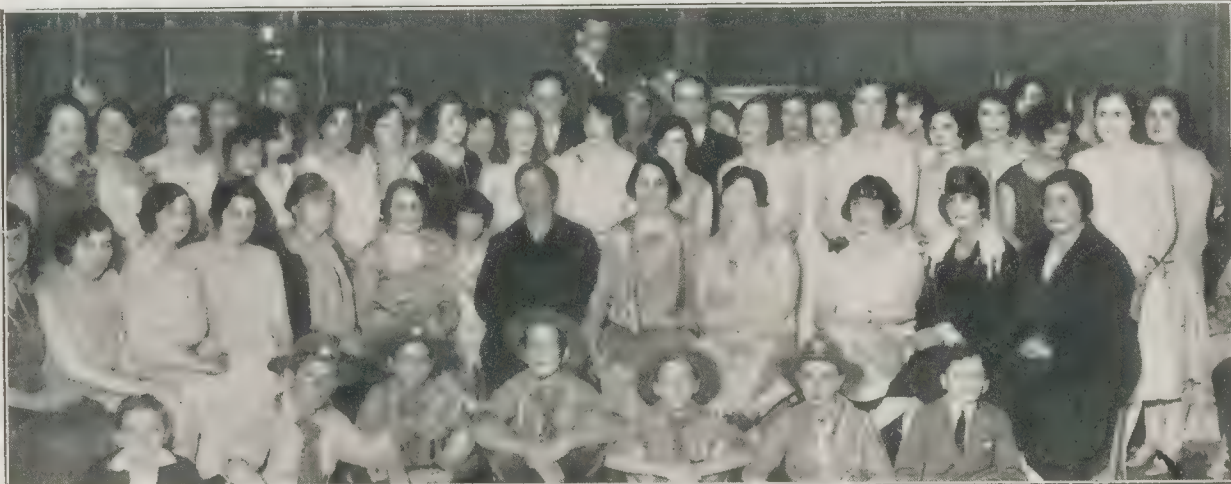
Señor Samuel de A. Levy, director
de la revista "Israel", decana de
la prensa hebrea redactada en cas-
tellano, que aparece en esta capital,
y que acaba de cumplir su duodé-
cimo año de vida

Homenaje a la señorita Isabel Creus

Celebrando el triunfo literario obtenido por la distinguida escritora y colaboradora de Fray Mocho, señorita Isabel Creus, en los recientes juegos florales, realizados en Bolívar, un grupo de intelectuales, compuesto, en su mayor parte por elemento femenino, tributó un lucido homenaje a la mencionada señorita, organizando un te en su honor, que fué servido en los salones del Plaza Hotel — Vista de la cabecera de la mesa.



Algunos de los concurrentes a la citada demostración, acto que fué ofrecido, con frase elocuente, por el señor ministro de Venezuela, doctor Pedro César Dominici. También hicieron uso de la palabra la señorita Rosario Beltrán Núñez que, con singular maestría, declamó varias composiciones poéticas; la señora Adelina Sáenz de Centeno; el señor Ricardo M. Llanes, y, en representación de Fray Mocho, don José Mauricio Peixoto.



Boy Scouts de Villa Devoto



Con objeto de allegar recursos en beneficio de la Asociación de Boy-Scouts de Villa Devoto, organizóse un te danzante que se llevó a efecto en los salones del Club Olimpia. — Grupo de familias que tomaron parte en la fiesta

FATAL ACCIDENTE DE AVIACION

MUSICA



Los malogrados pilotos civiles Emilio Poli y Patricio Hassel, que mientras efectuaban un vuelo realizado durante las fiestas del centenario de Bahía Blanca, chocaron en el aire los aparatos que conducían y se precipitaron a tierra perdiendo ambos la vida en la dolorosa catástrofe.

Señores Pascual Clausi y F. Barancelli, autores de la música y letra, respectivamente del tango "El pueblo te reclama", dedicado al doctor Hipólito Irigoyen

SOCIALES



ENLACES — Señorita Angela Luisa Poggi con el señor Anibal Annibale



Señorita Elisa Lina Pasquale, que en breve se desposará con el señor Raúl Pesce



Señorita Ada María Leopoldina Botto Marcenaro con el señor Dalmacio R. Leiva



Señorita Zulema Benavente con el señor Mauricio Spir



Señorita Emilia Tobías con el doctor Felipe Yaryuna



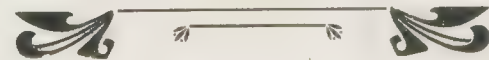
Señorita Antonia R. Pisano con el señor Mario F. Pastor



Señorita Brundina Núñez Monteverde con el señor Juan Leoncio Ventura



Señorita Margaret Chisholm Millán con el ingeniero don Tomás Bernard-Glover



Gente menuda



Florencio Eugenio del Campo



Salvador Rodolfo Paolucci



Julia Esther Paolucci



Niñita de Ottaviano



La rondalla

Por Felipe Pérez Capo

El tío Cachaza era el hombre que tenía peor fama en cuatro o cinco leguas a la redonda.

Todo lo malo que ustedes puedan figurarse se le achacaba al tío Cachaza en aquel pueblecillo.

Había sido contrabandista, revolucionario, monedero falso... ¡Qué sé yo! Se decía que siempre andaba en riñas de taberna y se murmuraba que había matado moralmente a la madre de sus hijos.

Como es natural todos los habitantes del lugar rehufan el encontrarse con él y sólo iban a su fragua, porque el tío Cachaza era el herrero del pueblo, los que no tenían más remedio que utilizar sus servicios.

Y llegaba a tal punto la odiosidad y el desprecio hacia aquella familia, que no hubo jamás mozo que alternara con Jaime, ni moza que cruzase su palabra con Carmela.

¡Pobres pagadores de una deuda que no habían contraído!

*

Aquella mañana habían sido felices, por primera vez en su vida, los dos hijos del tío Cachaza.

El encontró casa donde servir, lejos de aquella herrería que tanto le había tostado la piel y lejos de aquellos hombres que tanto le habían destrozado el corazón...

Ella oyó los primeros juramentos de amor, de un amor que ella desesperaba de alcanzar, de un amor con que ella soñara en sus tiempos de chiquela...

Para Jaime, hubo una familia que no sabía la historia de su padre y que buscaba un hombre honrado, que le cuidara la hacienda.

Para Carmela, hubo un mozo que perdonaba las culpas del herrero y que buscaba una mujer bonita, que llegara a ser la alegría de su hogar.

Era Vicente un mocetón como un castillo y uno de los hombres de mejor corazón que había habido en el pueblo.

*

Vicente no cabía en el pellejo, de puro satisfecho.

Había triunfado, una vez más, la bondad de su alma y en ella llevaba, como trofeos de su victoria, la alegría y el consuelo que le causaban las promesas de amor de Carmela; las primeras promesas de aquel corazón que él había sabido conquistar, dejándose de escrúpulos y tonterías.

Y no le dio cuenta a ninguno de la satisfacción que estaba Carmela... Tan

satisfecha que, en las dos semanas que hacía ya que hablaba con Vicente, había olvidado todos los desprecios que antes la hicieron y desdenaba todas las indirectas que constantemente le dirigían.

¿No la quería él?... ¿No le había dicho su Vicente que ella era solo responsable de sus actos?... ¿No le repetía, una y otra vez, que ella era la criatura más buena que él había conocido?... ¿No había hecho ella propósito firmísimo de entregar entero su corazón a aquel hombre que le daba, con su cariño, la felicidad, que nunca tuvo?... ¿No iba a vivir ella nada más que para mirarse en sus ojos?... ¡Pues qué le importaba ya que los hombres la despreciaran y que las mujeres se rieran de ella!...

¿De ella... que iba a ser más feliz que todas sus vecinas juntas!

Porque tenía la convicción de que su amor no amenguaría jamás, mientras a ella le quedase un soplo de vida.

¿Acaso, cuando su padre la obligaba a que "hiciese aire" en la fragua, se apagaron, ni una sola vez siquiera, los carbones que en ella ardían?

¡Pues cómo había de menguar su cariño, si Carmela era la encargada de mantener su fuego, no por obligación, sí por deseo vivísimo de su corazón de amante y de agradecida!...

Que la quisiera siempre su Vicente y a buen seguro que no acabaría nunca aquella felicidad, ni se preocuparía jamás por nada ni por nadie, que no fuera el hombre de su cariño... y los demás seres que no vivían aún, pero que veía ella en sueños... de las siete noches de la semana... lo menos seis y media...

*

Ha dicho no sé quien, que todos bebemos en la fuente de la dicha en un vaso agujereado y que al acercarlo a nuestros labios ya está casi vacío.

La felicidad de Carmela murió apenas nacida... Fué, por lo visto, una broma, broma cruel, de la Fortuna, de esa diosa que dispone a su antojo de todos los mortales...

¡Querían quitarle el cariño de su Vicente!...

Aquellos a quienes tanto indignaban las infamias de su padre, aquellos que, sin motivo alguno, destruían su ventura ¡aquellos eran también unos infames!

Y eso que Vicente estaba dispuesto a no dejarse vencer... ¿A él qué le importaba los antecedentes del tío Cachaza, si Carmela era buena?... ¿Qué tenía él que ver con las diabluras del herrero, si la hija era un ángel de la tierra?... ¿Iba él a casarse con el padre?... El que

ría para casarse una moza honrada, cariñosa, trabajadora... y aunque hubiera sido de su familia aquel que vendió a Cristo por los cuartos!...

Pero era mucho sermonearle y mucho amenazarle y mucho gruñirle, para que el mozo pudiese soportar con paciencia aquella cruzada.

Su padre, el cura, el maestro, el alcalde, el juez, sus amigos, las mozas, todos a una, todos empeñados en quitarle de la cabeza aquella tontería... tontería... Más tontos eran ellos que se pasaban las horas muertas predicando en desierto.

—Ya te convenceremos,—le decía el cura.

—Difícil será.

—Por buenas o por malas, tú te rendirás,—le gruñía su padre.

—Antes tienen que ir hacia arriba las aguas del río...

Pero no contaba el mozo con la huésped.

Que llegó la conscripción, que cayó soldado y que su padre le libraba de cargar con el chopo a condición de que había de renunciar a sus amoríos con la hija del herrero.

—Pues no renunció ¡ea!—gritó enfurecido Vicente.

—Allá tú — replicó su padre con la mayor tranquilidad.

—Dos años se pasan pronto. Con media docena de cartas se entretienen esos veinticuatro meses y luego ¡Dios dirá!...

Y se despidió de Carmela, cogió su atado y se fué a cumplir el servicio militar.

No había llegado Vicente a la capital cuando recibió su padre el nombramiento de cartero del pueblo que le proporcionaba el hijo del cacique.

—¡Ya ha caído en la red el pobre!... decían los padres del soldado.

Y efectivamente, a sus manos fueron a parar y en sus manos quedaron todas las cartas de Vicente a Carmela.

—¿Qué le pasará? se preguntaba él.

—¿Me habrá olvidado? pensaba ella.

Y, al cabo de dos meses de no saber el uno del otro, no faltó quien dijo a Carmela que él escribía a otra moza del pueblo; ni quien escribiese a Vicente que a ella la habían sorprendido, malamente con un tipo que se alojaba en la herrería.

—Por eso no me ha contestado a mis cartas — se decía Vicente. — Y ¡para esto me he sacrificado yo?... ¡Mujeres!... ¡Mujeres!... ¡Bah! Pues se acabó para siempre.

Y mientras el mozo lloraba, allá en el cuartel, la infidelidad de su novia, por el pueblo se corría el rumor de que la hija del tío Cachaza se había vuelto loca.

Y eso fué la primera noticia que le dieron a Vicente cuando al cabo de dos años volvía al pueblo un poco más recuperado y más satisfecho.

—¿Está loca? No vayas a verlo.

—¡Ni aunque estuviere cuerda! ¡Lo he jurado y jurado se que dará!

—Y ¿qué piensas hacer?

—¿Qué?... Divertirme todo cuanto pueda y cortejar a todas las que se me antoje.

—¿Quieres que vayamos esta noche de parranda?

—¡No he de querer!

—Después de la romería, nos agarramos a las guitarras y no dejaremos dormir a ninguna moza.

—¡Muy bien pensado! Pero con una condición. Que si pasamos por cerca de la herrería, pasemos de largo, sin pararnos para nada.

Aquella romería era la primera parte de una fiesta que los padres de Vicente costeaban todos los años en honor no sé de qué santo... Porque a otra cosa le ganarían a ellos, pero lo que es a religiosos...

Y mientras las mozas del pueblo bailoteaban en la plaza de la iglesia, Carmela recordaba, allá en su encierro, otras romerías de tiempos mejores. ¡Ella también había bailoteado! ¡Ella también había sido feliz!...

Cesaron de oírse los acordes de la murga, que llegaban a los oídos de Carmela como un sarcasmo de la Providencia... A los pocos minutos empezó a cantar la rondalla en que iba Vicente... En el silencio de la noche se, oyó clara y perceptible, a pesar de la distancia, una voz que entonó esta copla,

"El querer de mi morocha
en una rama quedó;
vino un remolino un día,
rama y querer se llevó."

—¡Es su voz! ¡Es él! — exclamó Carmela — ¡Está en el pueblo y no ha querido verme! ¡Era verdad todo!... ¿A quién le habrá cantado esa copla?... Y ¿por quién era eso de la rama y el querer?... ¿Lo habrá dicho por mí?... ¡No, no puede ser!... ¡Si yo le quiero más cada día!... ¡Si mi único consuelo es pensar en él!... ¡Si mi única alegría es que me figuro que todo lo pasado es un sueño y que al despertar he de encontrarme en sus brazos!... ¡Yo quisiera verlo!... ¡Aunque él no me quiera!... ¡Había de oírlo de sus labios y seguiría queriéndolo!...

Y encaramándose por una desvencijada escalera, agarrándose a los hierros de la reja de la ventana de aquel cuartucho, destartelado y obscuro, consiguió ver un trozo de cielo. A la luz de la luna distinguió un grupo... Era la rondalla que se acercaba a la herrería.

(Continúa en la página 35)

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Lewis Stone en Menelao y María Corda en "Helen de Troya", protagonistas de la gran comedia histórica que Glucksmann ha comenzado a exhibir con todo éxito



George O'Brien y Margaret Livingston que con Janette Gaynor son protagonistas de "Amanecer", notable y originalísima producción del director Murnau, que la Fox estrenará como super-especial en mayo entrante



Lillian Gish y John Gilbert, protagonistas de "La Bohème", dirección King Vidor, que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará el viernes próximo



Helene Costello y Hugh Allan en "La estrella de la danza", que la General estrenará mañana



Francis X. Bushman (Belgrano) y Henry Kolker (Virrey Cisneros) intérpretes de "Una nueva y gloriosa nación", cinta extraordinaria de asunto histórico argentino que la General estrenará en mayo entrante



Alice Day y John Harrou en "Ríete y el mundo reirá contigo", que la Corporación estrenó el domingo último

EL PRIMER GRAN SUCESO DE LA
PRESENTE TEMPORADA CINEMATOGRAFICA

LA VIDA PRIVADA DE Elena de Troya

PROTAGONISTAS: **LEWIS STONE**
MARIA CORDA
RICARDO CORTEZ

Original Comedia Satírica - Grandiosa reconstrucción histórica

Superproducción: FIRST NATIONAL PICTURES

Distribuidor Exclusivo: MAX GLÜCKSMANN





Señora Julia Guzmán de González Chaves y su hijita



Doctor Pedro E. Wiurnos y su familia



Señoras María Otilia Rossi Marquez de Wiurnos y Blanca V. de Rossi Marquez



Señora Vicenta A. de Massillón e hija



Julia Belén González Chaves



Otilia E. Wiurnos Rossi



Zulema y Gloria Beatriz González Chaves



Señoritas Ana Victoria Figueroa y Haydée Beiró, en la playa de Carrasco



Niños de Guggeri Correa



Señor Eduardo Nóbile y señora



Un escollo contra el cual naufraga el más marino



Sexteto despampanante, empezando por delante



Niños de Eckartsberg
Fots. José E. Maique

Montevideanas

Marplatenses

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO — Enlaces. — Concepción Terré - Francisco Zaragoza



Ana Camacho - Ramón Parés



Sara Alonso - Juan Alonso



Elida Susana Agostinelli - Doctor J. Alfredo Biancardi



Concepción Berizzo - Pedro Botti



Rosa Gentile - Américo Arteaga



Juana Martínez - Juan A. Blanco



Sara Arias - Teniente de navío César A. Lera



Luisa Santesteban - Balbino Pérez



Rosa A. González - Victoria Ferrarini



SAN RAFAEL (Mendoza). — Frente del Hospital Regional, cuya dirección se halla a cargo del doctor Fernando M. Etchegoyen



El director del hospital, acompañado del personal del establecimiento en los jardines del citado nosocomio



La usina del hospital



La sala de cirugía

A la puerta del establecimiento se detuvo el automóvil. Bajó primero Sánchez Crosbie y dió la mano a su esposa para ayudarla a descender. Detrás de ellos, Alberto Carrer se deslizó también fuera del coche.

—¿Nunca ha visitado el frigorífico, Carrer? Preguntó Sánchez Crosbie. Y sin esperar la respuesta del acompañante, muy ocupado en limpiarse los faldones de la americana, agregó, dirigiéndose a ella:

—¿Tú sí, verdad?...

—Yo sí, algo he visto, pero hace tanto que casi no recuerdo...

—Entonces, vamos a recorrerlo, ahora que el personal no trabaja. ¡Oh, no te asustes! Veremos sólo las cámaras de hielo: quiero cerciorarme de una cosa...

Y tomando a su mujer del brazo penetró por el gran portalón de "La Aurora", de donde era gerente y uno de los principales accionistas.

Alto, de tez morena y ojos azules, Carlos Sánchez Crosbie acusaba uno de esos temperamentos ardientes, unido a una voluntad tenaz. Había heredado de la madre su gran habilidad para el comercio y del padre su capacidad jurídica, reuniendo en él a un abogado y un hombre de negocios de raras condiciones.

Sportsman avezado, hombre de mundo, poseía un fondo de ingenua sinceridad que, si nunca se le sorprendía en las transacciones comerciales, era frecuente en sus actos de amistad y en las expansiones de la familia, sobre todo.

Adoraba a su esposa, Judit Lallor de Sánchez Crosbie, esbelta y blonda. Trabajaba para ella. Había hecho construir aquel palacete de la avenida Callao, únicamente para darle gusto. Su importante cabaña se acrecía año por año, para que el oro pudiera correr por las sonrosadas manos de Judit, como un pacto inagotable.

Rico, con una hermosa mujer, muy bien considerado, a los treinta años Sánchez Crosbie se creía un hombre feliz.

—¿Terminó?... Dijo ella con expresión irónica, dirigiéndose a Alberto Carrer, muy disgustado por la mancha de aceite en los faldones de su americana gris.

—¡Imposible!... esto no sale sino con bencina... no me explico cómo, ese chófer... ¡Vas a tener que despedirlo... es una barbaridad!

Sánchez Crosbie se reía de la indignación de Carrer, pues le trataba como a un chico.

En realidad, no tenía más de veintitrés años y era un efebo rosado, flexible y rubio. Ahora se hallaba muy bien de salud, pero ocho meses antes, cuando llegó a "Los Alamos" —que así se llamaba la cabaña— parecía en las últimas. Una tuberculosis, descuidada en los primeros avances de la enfermedad, iba pronto a concluir con él.

¿Cómo se condujo Sánchez Crosbie con su amigo Carrer? Como un hermano mayor. Llamó a un especialista, gastando dinerales. Nada le faltó: enfermeras, inyecciones, curas de aire y sol...

A los tres meses de iniciado el tratamiento, ya caminaba, echaba colores. Hasta que pudo salir a pasear; primero en carruaje, luego a pie. Por fin se animó a dar un galope a caballo.

Un drama en el frío

Por Ernesto Mario Barreda

—Ya está sano... Dijo el médico, haría cosa de un mes. Ha resistido, sin reacción ninguna, dos inyecciones de tuberculina...

Sánchez Crosbie y Judit le habían cuidado como si fuera de la familia. Cuando él tenía que ausentarse por negocios, quedaba ella para velar por el enfermo, para que no hiciera ningún desarrreglo. Así pasaron los últimos meses de verano, regresando todos en esos días a la capital.

dejaba de ser tentador. Era rubia, rosada, de ojos azules con pestañas negras. Sus veintiocho años se abrían en un esplendoroso florecimiento. Cinco años de matrimonio, sin decadencia, habían impreso en todo su ser un encanto exquisito de vida inquieta. Porque la mujer que no ha tenido hijos, posee ese doble atractivo de la casada y la soltera...

Llegaron a la administración del establecimiento y un hombre, en-

cina para limpiar mi americana. ¡Estoy imposible, así!

—Aquí le darán de todo... ¡entremos aquí...

Dijo Sánchez Crosbie, haciéndoles pasar al interior de la oficina.

Era un local extenso, con luz que llegaba desde arriba a través de claraboyas laterales. Había allí varios escritorios, papeles sujetos en broches, armarios.

A una orden de Sánchez Crosbie, el guardián trajo cepillos de ropa, con una botella de nafta y un trozo de paño. Carrer ya se había quitado la americana y se dispuso en seguida a limpiar la horrorizante mancha de su immaculada ropa.

—Bien... los dejo un momento. Es posible que tarde en volver, pero quiero visitar toda esta parte —señaló con la mano hacia un lado— para cerciorarme... ya les diré, luego...

Y con un gesto resuelto, Sánchez Crosbie se puso un guardapolvo de hilo, y llamando al guardián, salió de la administración.

Quedaron solos Judit y Carrer. Este, con gran parsimonia, vertió unas gotas de nafta en el paño y enérgicamente empezó a restregar la mancha grasosa. Restregó un rato renovando de cuando en cuando la porción líquida. La nafta, muy refinada, casi no dejaba rastros en la tela, evaporándose en seguida sin esparcir ningún olor desagradable.

Pero le faltaba habilidad a aquel puño y la mancha se extendía en lugar de desaparecer. Carrer se detuvo, desalentado. Cambiaron una mirada. Judit, que lo había estado contemplando burlescamente, se levantó de la silla y se quitó los guantes, con un ademán rápido y nervioso.

—¡Déme!... Usted no sabe hacer estas cosas... tenga, tenga fuerte y bien estirado... así...

Estaban casi juntos y sus manos chocaban a menudo. Carrer sentía subirle hasta el cerebro aquel hálito de perfume, de piel satinada, a quien la violenta tarea parecía prestar mayor intensidad, como ocurre con una fruta que se palpa o un pomo de esencia que se agita...

Por un momento, el codo de Judit se apoyó en su brazo, y aquel codo redondo, de una morbidez sonrosada, fué como la chispa eléctrica que todo lo incendia.

—¡No!... ¡no!... ¡aquí no!...

Pero los labios de Carrer ya habían encontrado los suyos, ya sus mejillas ardientes se habían apretado en un ardoroso estrujón... ya estaban de nuevo frente a frente, muy serios, cumpliendo aquella vulgar tarea. Y todo había pasado en un segundo de vorágine.

Cuando se apaciguó un tanto la agitación de sus corazones, ella dijo con una inquietud reflexiva:

—¡Mira qué tontería hemos hecho... pudo vernos! ¿A qué buscar el peligro? Tienes que prometerme juicio en adelante, porque si no dejaremos de ser amigos... ¿sabes?

—Sí, te lo prometo... comprendo que abusamos de la suerte. Ya en la cabaña era lo mismo, ¿recuerdas?... un día casi me sorprende en tu habitación...

—¡Sí, calla!

Carrer se puso de nuevo la americana. Hablaron un rato de cosas

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

Alberto Carrer no se separaba un minuto del matrimonio. En Palermo, durante las regatas del Tigre... Un sentimiento de gratitud parecía ligarle a la vida de sus bienhechores. Huérfano, dueño de varias propiedades, podía permitirse aquella asiduidad sin que nadie la tachase de parasitismo. Judit, maternalmente, solía decirle:

—A usted no le falta sino una novia... y yo se la voy a buscar...

—¡Sí, como si él precisara!

Agregaba Sánchez Crosbie. Alberto callaba, enigmático, pero su mirada adquiría un brillo particular.

En verdad que el matrimonio, con una mujer así como Judit, no

cargado de la guardia, salió a recibirles.

Era sábado por la tarde y las tareas habían terminado a las doce. Silencioso, enorme, el frigorífico se abría ante ellos como la garganta de un monstruo. Hasta parecía soplar por allí un aliento de muerte, nauseabundo y helado...

—Vengan, vengan por aquí... estas cosas no son muy seductoras.

—Te engañas... a mí me agradaría recorrer todo el frigorífico... quisiera que nos llevases a las cámaras donde se congela... debe ser muy interesante, ¿verdad, Carrer?

—Sí, debe ser... pero, lo que yo desearía ahora es un poco de ben-

indiferentes, ella sentada y él paseando a lo largo de la oficina. Sentóse, por último, también y quedaron los dos en silencio. Indefinible congoja parecía nublarse sus frentes y sellar sus labios, como si aquel momento de vértigo, de ciego abandono, les remordiera de golpe con la angustia de un presentimiento.

Una voz, que al principio no reconocieron, les gritó desde afuera:

—¡Salgan!... Judit, Carrer... salgan, que vamos a ver las cámaras de congelación...

Los dos se miraron, interrogándose con extrañeza. La voz volvió a sonar, pero esta vez les hizo ponerse de pie, en un maquinal impulso de autómatas.

—¿Y?... ¿qué hacen, que no vienen?...

Era Sánchez Crosbie que los llamaba desde afuera.

En un segundo, casi de un salto, se vieron a su lado. Estaba atardecido y ya en el patio, una vaga penumbra, no dejaba distinguir bien las fisonomías.

—Por acá...

Dijo Sánchez Crosbie, abriendo una puerta.

* * *

Cuando salió a recorrer el frigorífico, en compañía del guardián, su primer impulso fué dirigirse a la playa de matanza. Estaba desierta a la sazón. La recorrió toda, encontrándola en buenas condiciones de aseo.

Sánchez Crosbie recordaba haberla visitado en un día de faena. Más de mil novillos se había sacrificado desde el amanecer y la hecatombe no tenía miras de terminar.

De los corrales sombríos y malolientes, arreaban a los animales y los embretaban. Antes de darles el mazazo, impelidos por la pícana eléctrica, caían en una cisterna donde se bañaban, recibiendo una ducha además. La piel quedaba limpia y morían sin una mácula. Con la sangre derramada, todo el piso de la playa parecía cubierto por una alfombra de terciopelo carmesí, y una ola de agua sangui-nolenta corría por las canaletas, desapareciendo en el albañal con un glu glu siniestro. Cientos de hombres con el delantal blanco, interminablemente, degollaban, descuartizaban, entre el relámpago de los cuchillos que hendían la carne y las hachas que partían los grandes huesos, sembrando de esquilas el piso. Las medias reses doradas de grasa eran impelidas después, por los muchachos, que las deslizaban por un cable, merced a una pequeña roldana. Unas tras otras, pesadas, gordas, pasaban y pasaban en dirección a las cámaras de hielo... Y todo esto en medio de una nube de vapor escapado de las grandes bateas donde se lavaban las vísceras. Era una atmósfera mareante que a veces producía ligeros vahidos.

Pero ahora, el local, estaba silencioso y desierto.

Sánchez Crosbie, después de visitar los corrales de vacunos, se dirigió por una escalera a la parte alta del edificio, donde estaba el ganado lanar. Un terrible tufo de alcalí le penetró hasta el cerebro, le hizo arder la pituitaria, le obligó a entornar los párpados como si se los quemaran con un ácido.

Pasó rápidamente entre el pláci-

do rebaño de ovejas, cuyas emanaciones volteaban. Se encaminó hacia una claraboya lejana, en busca de una ráfaga de aire puro. Conocía bien aquellas aglomeraciones de ganado y sabía que no había forma de evitarlas cuando entraban muchas cabezas al establecimiento. Pero se sacrificaban tantas por semana, que pronto se raleaban, desaparecían, para dar entrada a nuevas majadas que arribaban sin cesar, entre un interminable balido plañidero... ¡Y qué dulce, mansa manera de morir!

Sánchez Crosbie se apoyó un instante contra los vidrios de la claraboya. Se hallaba junto a las oficinas y, mirando por las ventanillas de ventilación, abarcó una gran parte de la sala. Su mujer en ese instante frotaba la americana, que

y una luz pálida iluminaba las paredes y algunas reses colgadas a enfriar.

El iba adelante, luego Judit; detrás, caminando con visible disgusto caminaba Alberto Carrer. Ninguno hablaba, en un silencio tácito, que imponía el ademán de Sánchez Crosbie. Hay situaciones espirituales que no precisan explicación: basta el silencio, el gesto de uno solo, para que los demás se sientan dominados por aquella actitud, la más fuerte, la más resuelta.

Abrió otra puerta y entraron en la segunda cámara. La sensación de frialdad que les penetró fué tan brusca que, sin poder dominarse, se estremecieron en un espasmo.

Allí colgaban también de los tirantes innumerables reses, se api-laban, sobre algunas mesas de már-

PENSAMIENTO Y ACCION

Es muy general la ilusión de creer que cuando un hombre tiene un buen pensamiento, ya es lo que en aquel momento piensa que es. Bien están los buenos pensamientos pero resultan livianos como burbujas de jabón, si no los sigue el esfuerzo para concretarlo en acción. Así pues, pensemos en hacer muchas bellas cosas, que es muy bueno el pensar; pero que la voluntad acompañe, por lo menos a uno de esos bellos pensamientos.

JOVELLANOS

Carrer sostenía con sus manos. Las cabezas estaban casi juntas... Judit se apoyaba en el brazo de su amigo...

—Salga, señor, venga por aquí... ese aire viciado le ha de haber hecho mal...

Sánchez Crosbie se dejó conducir por el guardián. Las piernas le temblaban, tenía los dientes apretados y la garganta seca. Bajó tambaleando los escalones, con mano sudorosa. Tratando de asirse del pasamanos para no resbalar. Recibió en la cara un golpe de luz al mismo tiempo que sus pulmones respiraban el aire pleno. Habían llegado al patio de la sección industrial y allí se estaba mejor.

—¡Sigamos... no tengo nada... ya pasó!

Dijo enérgicamente al guardián, que le traía una copa de agua. Entró en el taller donde se preparaba la margarina, siguió por los galpones de destilería... ¿A qué habré venido al frigorífico?... No lo podía recordar. Estuvo en la sala de máquinas... No veía nada. O, más bien, tenía ante sus pupilas una visión que le quemaba, le abrasaba los ojos. El cerebro le producía un zumbido y las ideas le huían como pájaros asustados... Consiguió por fin retener a una de ellas y, la aferró con tal desesperación, con un furor tan sombrío, que ya no vio sino lo que iba a realizar, aquella idea que aleteaba adentro de su cráneo, con sus alas negras, sus alas que oscurecían toda la luz...

—Puede volver a su puesto... ya no lo necesito más.

El guardián se retiró. Sánchez Crosbie, entonces, llamó a su mujer y al amigo.

* * *

La puerta se cerró tras ellos. Estaban en la primera cámara y al principio el aire pareció fresco y agradable. Pero a los pocos pasos un escalofrío les hizo tiritar a través de sus livianas ropas. El suelo se hallaba cubierto de aserrín

mol montículos de entrañas. Y la luz pálida ardía a través de la bombita de vidrio, como si el frío le debilitara la fuerza.

Había un gran silencio en aquella cámara, que parecía venir de todo el edificio, cuya masa de hielo pesó de pronto sobre sus cabezas como una montaña. Frío y silencio...

—¿Para qué venimos acá?... Yo me siento mal!

Protestó Carrer, cuyos pulmones comenzaban a sufrir la fatal influencia del ambiente.

—¿Se siente mal?... ¡ay, sí!... Este frío no puede hacerle bien a Alberto.

Pero Sánchez Crosbie, sin mirarlos, con un ademán que no admitía réplica, abrió la tercera puerta. Entraron sobrecogidos de inquietud. El se acercó a las carnes que colgaban del gancho y las golpeó con el puño: parecían de madera y daban un sonido hueco.

A pesar de su malestar, aquel rumor fué como una señal de vida para Judit y Carrer. Esta habló.

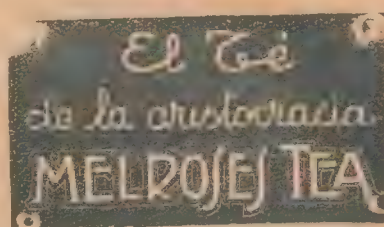
—Carlos... ¿por qué te empeñas en seguir aquí?... sentimos mucho frío!... esto tiene que hacernos mal, a Carrer sobre todo, que está convaleciente... Yo no puedo más: parece que me clavarán con agujas de hielo!

—¡Sí! ¡sí!... Me siento mal... Salgamos, pues, amigo Carlos...

Sánchez Crosbie tampoco respondió. Acercóse a una mesa y tomó dos vísceras: estaban rojas y parecían frescas. Las hizo chocar una contra otra. Daban el sonido de dos piedras y su tacto era semejante al del mármol. Había allí pilas de hígados, montones de mollejas, largas filas de corazones veteados de amarillo y rojo.

Tomó un corazón y lo golpeó con rabia.

—¿Ves?... Dijo. ¿Sabes cuántos grados hay aquí?... Veinte grados bajo cero... Todo ese frío se precisa para helar así un corazón, para endurecerlo de este modo... Sin embargo, hay corazones humanos que laten dentro del pecho, en-



tre el calor de la sangre, y son más fríos, son más duros que esta piedra!

Y tomándole las manos, le puso entre ellas la enorme víscera.

Judit, dando un grito, la dejó caer sin poder reprimir un movimiento de horror y de asco. Retumbó sobre el piso con ruido sordo.

—¡Vamos!... ¡Salgamos!...

Gritó Carrer, casi llorando. Un frío que penetraba la carne, los huesos; que llegaba hasta la médula. Un frío de polo ártico, de planeta muerto, les envolvía, les congelaba la sangre, haciéndoles sufrir una agonía desesperada.

—¡Por aquí!... Por aquí!...

Dijo Sánchez Crosbie, con un ademán de extravío. Y abrió otra puerta más, empujándoles ya, arrojándoles adentro con brazo enérgico. En cuanto dió dos pasos Carrer lanzó un grito y, arqueándose todo, acurrucándose como un perro friolento, se tiró al suelo con los ojos vidriosos, la faz lívida e inmóvil... Judit, entonces, pareció comprender.

—¡Oh! Carlos perdóname!

Gritó, abrazándose a su marido. Este respondió sin mirarla:

—Te perdono... pero no puedo olvidar...

Judit se abrazó a él más estrechamente. Con sus manos trataba de tomarle la cabeza, dársela vuelta hacia ella para implorarle en los ojos. Pero Carlos no la miraba, cruzado de brazos, implacable. Sentía que el frío le penetraba hasta el alma, que pronto su cuerpo rodaría también como el de aquel hombre. Sabía que pronto, los tres...

—¡Ah!... Tú ya no me amas...

Dijo suavemente Judit, que parecía delirar.

—Sí, te amo... por eso es que muero también!

Sintió que se deslizaba hacia el suelo, desvanecida, y la tomó en sus brazos, apoyando su cabeza sobre el hombro. La cabellera rubia, que había besado con tan ardiente soblo de pasión, le enviaba su hábito perfumado, su aroma, que exhalaba ahora una frialdad casta. Sus ojos se habían entrecerrado, sus labios se abrían...

Sánchez Crosbie sintió también un gran deseo de recostarse, de acurrucarse... Ya sin fuerzas, su cuerpo se volcó hacia atrás contra el muro de la cámara, la terrible cámara de congelación, cuyos cincuenta grados Fahrenheit, bajo cero, saturaban el cuerpo como un baño de muerte.

La luz era allí más pálida aún y ardía como a la distancia. De las molduras, de las tuberías, colgaban estalactitas de nieve, brillantes carámbanos de una blancura imaculada. Se respiraba un aire polar que helaba la sangre y paralizaba el cerebro...

Tuvo fuerzas aún para estrechar contra su pecho la cabeza de Judit. Miraba su rostro pálido, de una belleza que ahora le parecía dulce y triste... ¡Cuánto había amado a aquella mujer! Dos lágrimas rodaron de sus ojos y se fueron helando lentamente...

MEMORIAS DEL DETECTIVE DEBOISSIGNE

Dos pasos comprometidos para salvar a Miss Cavell y engañar a Von Ludendorff. El perro que pasó de favorito de un rey a contrabandista

Aun hoy mismo, poca es la gente que conoce los desesperados esfuerzos que se hicieron para rescatar a Edith Cavell, la heroica institutriz, e impedir la muerte que sufrió en Bruselas de manos de los alemanes.

Tan pronto como se supo que iban a fusilarla, los servicios secretos francés e inglés se reunieron para buscar una traza que permitiera salvarla. Yo me ofrecí para entrar en Bruselas y procurar llevarla conmigo.

Vestido de oficial alemán llegué al frente. Conocía el idioma lo bastante para, luego de algunos incidentes de poca importancia, llegar a Bruselas, como llegué. Me ingenié para enviar a la institutriz Cavell, dentro de un panecillo, una nota en que le decía que estaba en la ciudad dispuesto a todo para lograr su evasión.

Dinero llevaba de sobra, y una noche conseguí irme a un café con uno de los oficiales que constituían la guardia de miss Cavell; al cual, después de hacerle beber, le ofrecí medio millón de marcos si consentía en ayudarme.

—Veré lo que puedo hacer—fué la contestación—. Mas para probar la efectividad de su ofrecimiento, déme cinco mil marcos ahora.

Le dí la suma pedida y convinimos en vernos al día siguiente. Pero aquella misma noche, hallándome acostado ya, llamaron violentamente a la puerta de mi cuarto, y una destemplada voz pidió que abriera. Comprendí en seguida que el oficial alemán había informado a sus superiores de mi misión. Me vestí rápidamente, empuñé el revólver, abrí la ventana y me descolgué a la calle. Al llegar al suelo oí que las tropas habían forzado la puerta de la habitación. Luego, cuando yo huía calle arriba, dispararon sobre mí.

A la media hora, Bruselas entera estaba en conmoción. Pero yo había encontrado un escondite seguro: me había ido al Cuartel del general von Bissing y, presentándome con todo descaro al general mismo, le había pedido licencia para marchar por razones urgentísimas de familia. Von Bissing estaba medio borracho y firmó y selló la orden; y yo partí con la identidad asegurada por la licencia de von Bissing. De este modo me costó poco trabajo salir de Bruselas, aunque internándome más hacia Alemania, en un automóvil que alquilé. Pero cuando había andado unas millas volví sobre mi camino, y marchando toda la noche llegué a las primeras líneas alemanas.

Logré atravesar sano y salvo hasta las trincheras inglesas. Pero descorazonadísimo por no haber logrado salvar a miss Cavell, que dos días después recibía la muerte.

Un despacho para el general Ludendorff

Uno de los encargos más comprometidos que recibí mientras estuve en el Servicio secreto francés, fué el que me hizo el general sir Henry Wilson, jefe de Inteligencia y oficial de enlace del Cuartel general francés. Se trataba de llegar al Cuartel general de Ludendorff y conseguir determinadas resolucio-

nes esenciales para las operaciones aliadas.

Aquella misma noche, disfrazado de soldado alemán afecto al Servicio de enlace, y en una motocicleta de manufactura alemana, de las cogidas al enemigo, comencé mi plan para llegar al verdadero corazón y pulso de los ejércitos alemanes.

Logré llegar a las líneas alema-

París; pero tuve la compensación de que sir Henry Wilson me diera personalmente las gracias y Foch me condecorase con la cruz francesa de Guerra.

Una carta explosiva para Mussolini

Quizá la mayor intriga internacional en que me he mezclado ha-



nas, e iba a toda velocidad hacia lo que era mi objetivo, cuando una granada inglesa que cayó cerca me hirió en una pierna y me averió la máquina. Me llevaron al puesto de la Cruz Roja alemana, donde me operaron, y de allí a un hospital, donde quedé.

A pesar del estado en que me hallaba, me las arreglé para huir, apoderarme de otra motocicleta y entregar a Ludendorff el despacho falsificado que llevaba. Este despacho le determinó a retirar de uno de los sectores cierto número de regimientos, con lo que se facilitó un rápido avance de tropas francesas.

Pude volver a las líneas aliadas. Herido de importancia, pasé el resto de la guerra en un hospital de

sido la complicadísima conjura que se armó en París para asesinar a Mussolini por medio de una carta explosiva que había de entregarse al "duce" en Roma. Casi seguramente el atentado se hubiese llevado a término si no fuera porque en alguna oficina el documento se manejó de manera tan descuidada que los sellos de lacre saltaron. Hubo que pasar el pliego a otra dependencia para volverlo a sellar, y, entonces la misiva hizo explosión. El hombre que la manejaba resultó herido en una mano.

La banda antifascista que había ideado el complot había logrado construir una máquina infernal tan delgada, que podía encerrarse en un sobre grande, y que por medio de un mecanismo hecho con un pelo

de acero haría explosión al abrir la carta.

Pocos días antes llegó a mi noticia que cierto grupo de antifascistas, de quienes no se suponía que fueran militantes, esperaban con impaciencia y regocijo la noticia de una catástrofe que había de ocurrir en Italia y acabar con la vida del "duce". Hicimos una redada en un café de la rue de Notre Dame de Lorette y detuvimos a cuatro hombres y una mujer. Ella fué quien dió referencias de sus compañeros y nos reveló que eran los remitentes de la carta explosiva.

Los conspiradores fueron condenados a diez años de prisión. La mujer, después de unos meses de detención, quedó en libertad.

El asesinato de la institutriz Daniels

Como ex miembro de la Policía francesa, me he interesado mucho en el misterio que rodea la muerte de la institutriz Daniels, en Bolonia. Ha habido muchos casos de desaparición en las puertos franceses, que no ha podido nunca poner en claro la Policía, y esto hace que en la imaginación de todo "detective" francés se despierte siempre la probabilidad de que este asunto responde a una hazaña de los que se dedican a la trata de blancas.

Es evidente que la institutriz Daniels fué víctima de una de las partidas de Bolonia que yo bien conozco, y que, en circunstancias que no puedo hacer públicas, fué asesinada brutalmente y colocada luego donde se la encontró. La jeringuilla de inyecciones se le cayó probablemente del bolsillo a la persona que llevó el cuerpo hasta allí.

Los criminales debieron de salir inmediatamente de Bolonia y pronto de la nación. Es muy problemático que se llegue nunca a hacerlos comparecer ante la justicia.

Un perro del rey de Bélgica

Un día se supo que uno de los valiosos perros del rey Alberto de Bélgica había sido robado. Su Majestad siempre había tenido gran afición a los perros de San Bernardo y tenía en Palacio varios de ellos.

Aunque se circularon con profusión fotografías, el perro no apareció.

Dos meses después me encargaron la persecución de una banda de traficantes en drogas tóxicas y detuve a siete hombres que encontré en un café próximo a la plaza de la Sorbona.

Uno de ellos llevaba un hermoso perro de San Bernardo, el cual acomodados entre la melena, llevaba escondidos pequeños paquetes de narcóticos. Retratamos al animal y enviamos la fotografía a Bruselas. A los dos días llegaba a París un agente de la Policía belga, identificaba al perro y se lo llevaba. Después supimos que habían estado utilizándolo para pasar contrabando por la frontera francobelga, ya en una dirección, ya en otra.

Raoul DEBOISSIGNE

LANGUIDEZ

Cuando estás a mi lado, la tristeza que nubla mi semblante, desaparece; más dulce la esperanza me parece y tiene el cielo azul más gentileza.

Concibo en tu mirada de ternera más emoción y vida, y me estremece la dicha redentora que me ofrece el tesoro triunfal de tu belleza.

Te miro y no comprendo. Me fascina el aire angelical de tu semblante y el eco tenue de tu voz divina.

Y si tu labio me acaricia amante, la fe del alma siento que se inclina para besar tu espíritu anhelante.

GERMAN ESCOBAR

Cuba, 1928.



Hay seres que viviendo en una época no pertenecen a ella. Su alma no arrastra concomitancias contemporáneas. Vive en otro período moral e ideológico.

La señorita doctora Isabel Creus, es una joven que debió nacer en Versalles, lucir su elegancia y hermosura semejante a la Pompadur y erguirse con su porte majestuoso en aquellos palacios admirables trasladada a Venecia su romanticismo hubiese hallado entonación con el ensueño de esa ciudad encantada.

Y es que si observamos esta figura, por su modalidad, inclinaciones, inquietudes, veremos que no puede marchar conforme en estos tiempos antitéticos de los que ella representa y sintetiza en una reviscencia del pasado glorioso.

UNA MUJER EXCEPCIONAL

Sin embargo esa personalidad vigorosa de una mujer sutil y vivamente femenina, que evoca otra con subyugante aroma, significa y ha significado en el periodismo, en la literatura y en la docencia altos valores. Ahí están sus sembrados donde hoy es dable contemplar la gravidez de los frutos de su inteligencia, su voluntad, su ciencia y virtud, que ha sido el armazón que ha conducido los otros elementos por sendas luminosas en colaboración con los factores del saber.

Penélope de privilegiada envergadura.

Siendo niña aún, abandonó la vida de comodidades que como burguesita podía llevar, para consagrarse al estudio y a las prácticas austeras. Empezando a escribir en la infancia, mientras estudiaba, moviéndose por aspiraciones generosas, ingénitas y dictados de su corazón.

En una clase de castellano se revelaron ante los ojos de los pedagogos sus especiales condiciones para el cultivo de las letras.

Un apostolado marcado por voluntad serena al servicio de vocación e ideal ha llenado su tiempo.

La educación a la que dedicó sus entusiasmos, su preparación, su fe en el porvenir, labra su elogio con inconfundible firmeza. Niños forjados, almas blancas, malezas destruidas, sentimientos nobles despertados por ella en las fibras de los futuros ciudadanos.

En el cuarto poder ha mostrado que el periodista nace con cualidades que más tarde se descubren en la práctica de la carrera.

Su obra de socióloga se halla múltiple a través de los más importantes diarios argentinos. La agilidad y destreza de sus suaves y delicados comentarios, donde se revelan una mentalidad fina y una observadora sutil, la galanura de la forma y la profundidad de sus conceptos, han distinguido a Isabel Creus como a una de las mejores publicistas del país.

Poetisa de inspirado vuelo. Dulce, emotiva, subjetiva, cristalina y romanesca poetisa. Original, ar-

La mujer en las letras

Isabel Creus, una valiosa intelectual y un espíritu selecto en una bella femenina.

moniosa cantora lírica de estandarte gallardo, su estro y su ritmo marcan la fuente inagotable de azul que vive en el fondo de su ser, la estrella que fulgura en su psiquis, la honda bondad de su yo.

Sus poemas son de sabor sentimental. Hay en ellos música de almas. Son espejos reflectores del arte que hay en la vida, la supremacía dicha del amor y la magia de las idealidades. He hallado semejanza de fondo entre sus poemas y los de Tagore, el vate bengalí.

UN HOMENAJE Y UNA VISITA

Nos había expresado la espiritual escritora e intérprete de los bardos, Rosario Beltrán Núñez que se tributaría una demostración a Isabel con motivo del premio a su trabajo sobre periodismo, discernido en los Juegos Florales de Bolívar.

En antecedentes de esto la visi-

tamos en su sala de tareas en "La Razón".

Atendió el requerimiento periodístico con amabilidad señorial. ¿Qué opina sobre el derecho al voto en las mujeres?— le preguntamos a modo de iniciar la conversación.

—Ratifico mi expresión al respecto. Como ensayo es conveniente esta novísima práctica democrática tanto que marca una notable conquista del feminismo.

Pero debemos no precipitar las cosas. Hay muchos factores que perjudicarían el objetivo llevado por los precursores de este nuevo derecho ¿Se

hallan acaso todas las mujeres capacitadas para gozar de este recurso institucional del sufragio?

—Sabemos que Ud. es la literata que mayor caudal de anécdotas tiene:

Sonríe.

—Un día me encontraba yo en



Doctora Isabel Creus

¡LEVANTATE...!

...Y luego de haberte mezclado en la áspera contienda y sufrido el dolor de las heridas y probado la ceniza amarga del fracaso. Y tras de haber sido traicionado en la amistad, vituperado en la fe, criticado acerbamente en la obra, vendido por discípulos en un puñado de monedas mal interpretado en la defensa de la Justicia y la Verdad, crucificado en el madero de todas las ignominias por la chusma exasperada...

Y tras de haber mordido el polvo de la derrota una y cien veces...

¡Levántate, hermano mío! ¡Recoge el bagaje de tus ensueños, recoge intacto tu precioso tesoro y en nombre de ellos y por amor a ellos, reanuda la penosa ascensión...

Escucharás voces airadas que blasfeman, acentos ora implorantes, ora prometedores, ora imperiosos, que tratan de substraerte a la gloriosa predestinación de tu Destino.

Escúdate en tu fe, buen caballero, escúdate en tu ideal, no retrocedas, por amor de Dios y "jadeante bajo el peso de tus propias alas" continúa la marcha...

Y cada vez que desfallezcas, escucharás la voz misteriosa que nos llega del fondo de los siglos a cuantos formamos en esta austera y gloriosa hermandad del dolor y el sacrificio, el eco de la mágica palabras, capaz de hacer rebullir la helada ceniza de los muertos:

—"Hombre de poca fe... ¿por qué vacilas?"

Isabel CREUS

mi oficina de este diario y se presentó un señor muy compungido pidiendo que se le hiciera una noticia necrológica sobre un ser querido.

Allí no se hallaban más redactores que yo. Era un día de actividades políticas. Me ofrecí para escribir el suelto y el caballero visitante se opuso.

—No, eso sí que no—deseo que una cosa sería como ésta la escriba un hombre, no me fío de las mujeres.

—Sin inmutarme por la insolencia del desconocido le repuse:—Deme los datos que haré la nota, si no le agrada la rechaza. Sin contestar me extendió un papel. Lo invité a sentarse. En tres minutos escribí unas palabras alusivas a la muerte del pariente. Le extendí el escrito. El hombre leyó, una, dos, tres veces, luego inclinándose respetuosamente, humildemente, me pidió perdón por su diatriba contra el sexo opuesto.

—Jamás —dijo— hombre alguno escribirá una página necrológica más bella que la que Ud. ha escrito.

—¿Ud. fué discípula de Víctor Mercante?

—Sí, él me denominaba la "mala y buena cabeza".

—¿Por qué esa contradicción paradójica?

—Decía que era la buena cabeza —dado mis condiciones mentales e intelectuales que él juzgaba excelentes y la mala por mi altivez que se traducía en violentas protestas, cuando en el aula se cometía alguna injusticia con las calificaciones.

Recordamos párrafos de uno de sus libros. "La mujer espiritual, inteligente y graciosa no se masculiniza nunca. Ella tiene una visión exacta del futuro, posee una superioridad que es arte, que es bondad, y es belleza y pone siempre un átomo de ensueño para suavizar la crudeza de las cosas".

Palabras elocuentes que se aplican a ella perfectamente.

—¿Qué nos dice sobre la juventud?

—La juventud actual padece de abulia y es necesario y urgente la acción de forjar el carácter y fortificar la voluntad de los muchachos. La misión vasta que esto significa, comprende a los padres y a los maestros y a las sugerencias, creadas por el ambiente en que se alimentan alma y cerebro y, donde se desarrolla el proceso de la función social. Por ello anhelo difusión de nobles y grandes bibliotecas.

—¿Sus filósofos?

—Me encanta Emerson que dice que nuestra existencia debe consagrarse a la educación de la voluntad.

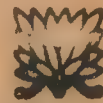
—¿Sus días gratos?

—Los días grises, lluviosos, melancólicos, porque se ponen a tono con la tristeza de mi persona.

Hay sobre un escritorio una estatuita de Psiquis. Se nos viene a la memoria el verso de Rubén Darío

Divina Psiquis, dulce mariposa invisible
Que desde los abismos has venido a ser
(todo)
Lo que en mí ser nervioso y en mi cuer-
(po sensible)
Forma la chispa sacra de la estatua de
(todo)

Roque CEPEDA VERON



Sin precisión de acudir a Einstein, puede afirmarse que todo obedece a un principio de relatividad. Nada hay absoluto en la vida. Y en una vida puede existir lo relativo, existe desde luego en toda vida humana.

He aquí que el señor Martínez hasta tuvo sus ribetes de popular. No rebasaba ciertos límites, también relativos. Pero, dentro de esos límites, el señor Martínez gozó de popularidad.

Concurrente asiduo al café Imperial, no faltaba ni una sola noche. Que lloviese o no, que helara o que imperase la canícula, invariablemente salía el señor Martínez de su domicilio y, piano piano, dirigíase a ocupar su sitio en aquel ángulo inolvidable del salón donde se reunían unos cuantos secuaces y casi admiradores de aquel buen sujeto que tenía cierto atractivo, una presencia agradable, una labia singular y un gesto típico.

El señor Martínez en la plácidez andante. No desconocía nada. Pero nada le preocupaba tampoco. Había heredado una fortuna y se echó a vivir, como decía él, la vida plena. Ni preocupaciones, ni sobresaltos, ni apuros, ni prodigalidades. Tipo perfecto del solterón ordenado y metódico, se apoyaba en la *áurea mediocritas* del clásico. ¡Qué bien se vive sabiendo tomar el mundo!

Aspiraba el señor Martínez a presentarse como arquetipo. El arquetipo de la sensatez. Por aquel entonces se usaba poco la palabra ecuanimidad. Sensatez según él la entendía. Y allí, en aquel rincón, parecía el señor Martínez ejercer de oráculo.

Tema político. Quedaba desarrollado con un simple *vade retro*.

La política es una peste universal. Los políticos son unas bacterias en caldo gordo. Cumpliendo cada cual con su deber, las colectividades funcionarían admirablemente, se regirían por sí mismas.

Tema de la riqueza. Combatir la licencia de la especulación, hacer que todos y cada uno tuviesen lo necesario. Sin lo exuberante de los menos no cabría la escasez de los más. ¿Se ha visto cosa más sencilla?

Tema religioso. Aceptar un credo. El hombre no puede vivir sin un credo. ¿Cristianos?... ¿Mahometanos?... ¿Budistas?... ¿Copitos?... Todos comen, beben y viven lo mismo.

Tema del matrimonio. Este era el clou para el señor Martínez. Sobre ésta había la mayor discusión y, claro está, la más firme discrepancia. El era intransigente. Comprendía que la gente se casara. Pero él no se casaba. Porque no había nacido para casado. Algunos de los contertulios estimaban una rebeldía aquella terquedad. Pero en vez de enfadarse con el señor Martínez o llevarle la contra se propusieron tenderle una red. Y se la tendieron con suma paciencia y gran cuidado. ¿Cómo? Sería largo de contar. En el tema del amor cabía la broma; al fin nada pesada. El tema del amor, lo más delicado del mundo, suele prestarse, ya que no a chachota, a apreciaciones y obras festivas.

Había cumplido el señor Martínez la cuarentena. Se hallaba, pues, en una deliciosa edad media, como dijo el otro. Y el señor Martínez

EL SEÑOR MARTÍNEZ

Por Sebastián Gomila

hacía veinte y pico de años que concurría al café Imperial, se retiraba a las doce de la noche, se acostaba a la una y se levantaba a las ocho y media. Puntual en todo. Incluso en el recorte de cupo-

egoísmo, una bofetada a los del gremio.

¡Si habría visto mujeres el señor Martínez! Como cada hijo de vecino con unas décadas encima. Pero ocurrió que, embistiendo ya

Grandes Escritores Argentinos

Director: ALBERTO PALCOS

EL MEJOR HOMENAJE que a la histórica Revolución pueden rendirle Profesores, Maestros, Estudiantes y cuantos se interesan por conocerla en su apasionado desarrollo, es leer

LOS SUCECOS DE MAYO

CONTADOS POR SUS ACTORES

Memorias y Autobiografías de: CORNELIO SAAVEDRA, MANUEL BELGRANO, MARTIN RODRIGUEZ y TOMAS GUIDO. Con un prólogo del Dr. RICARDO LEVENE

OBRAS PUBLICADAS:

- I DOMINGO F. SARMIENTO — Discursos populares.
- II JUAN BAUTISTA ALBERDI — Autobiografía. La evolución de su pensamiento.
- III LUCIO V. MANSILLA — Retratos y recuerdos.
- IV JUAN BAUTISTA ALBERDI — Viajes y descripciones.
- V NICOLAS AVELLANEDA — Discursos selectos.
- VI DOMINGO F. SARMIENTO — Cuatro conferencias.
- VII Gral. TOMAS GUIDO — San Martín y la gran epopeya.
- VIII LUCIO V. LOPEZ — La gran aldea.
- IX LUCIO V. MANSILLA — Entre Nos. "Causeries del jueves".
- X SAAVEDRA, BELGRANO, RODRIGUEZ y GUIDO: "Los sucesos de Mayo contados por sus actores".

En venta en todas las librerías de la República

Cada tomo \$ 2.50 — Interior \$ 2.80

LIBRERIA
FLORIDA 371

EL ATENEO

BUENOS AIRES
CORDOBA 2000

Suc: 9 de Julio 72 Córdoba

nes y en el cobro de alquileres de una finquita. Eso sí, pagaba con la misma puntualidad.

Bueno, a aquel solterón se le podía perdonar que resolviese a su antojo todos los temas menos el de la conyugalidad. Había que ver si le casaban. Lo suyo era

el pico de la cuarentena, llegó a fijarse en una vecinita que daba el opio. Y el señor Martínez se dijo una mañana en que abandonó el lecho más temprano que de costumbre:

"He aquí que si yo fuese hombre capaz de prendarme de una

ANECDOTA

En cierta ocasión criticaron a Bonaparte el prurito que demostraba en conceder títulos y dignidades a todo el mundo.

—¿Cómo os mostráis tan pródigo en regalar cruces, cordones y botoncitos? — le dijo un familiar.

—¡Qué queréis! — contestó al punto. Es un aliciente sencillo y relativamente barato para llenar la vanidad de muchos.

Y añadía:

—El hombre, por muy alto que sea, cae en la debilidad de ser niño a lo menos una vez al día.

mujer esa nueva vecina iba a colmar mis anhelos".

Cumplió los cuarenta y uno sin que ese pequeño incidente saliera a relucir en la tertulia del café Imperial. Mas, en el trayecto de cuarenta y uno a cuarenta dos, un día en que se hablaba de mujeres el señor Martínez aludió a la de marras.

Hubo unos codazos imperceptibles entre los contertulios, y unas miradas eléctricas por lo rapidísimas. El tema del matrimonio, que alguien sacó a colación, fué rechazado. Después de todo, el señor Martínez había dicho: "Yo comprendo que la gente se case".

Ahora, el señor Martínez decía mentalmente algo que era una verdad, o una serie de verdades de tomo y lomo. He aquí que durante casi un cuarto de siglo iba al mismo café por la noche, daba su paseito por la mañana después del desayuno, entregaba el tanto o cuanto para la compra a su criada, asistía a alguna que otra función teatral recortaba cupones, cobraba alquileres, leía escasamente uno o dos periódicos...

Todo esto, ¿constituía una vida? ¿Sería la suya una vida aprovechada?... ¿Sabía siquiera a quién dejar sus cuatro cuartos al morir, como no fuese a alguna fundación piadosa—ya es sabido su criterio en materias de religión—, o a un sobrino del ama de cría que le había amamantado a él al nacer?...

El señor Martínez tornó en reservado y maulón. Luego se le echó de menos algunas noches en el Imperial. Brevemente: que el señor Martínez antes de cumplir los cuarenta y tres, se había casado con la vecinita.

¡Adiós tertulia! ¡Adiós discusiones!

Sin embargo, frisando ya en los cincuenta, el señor Martínez se dejó ver de algunos de sus contertulios de antaño. Se registraban seis defunciones y varias deserciones. El número no fué óbice al recordatorio de los temas consabidos. El señor Martínez había puesto un negocio que no le iba mal, oía misa con su mujer todos los domingos y fiestas de precepto, presidía un Comité conservador de barrio extremo, jugaba con cierta cautela a la Bolsa...

Al recordarle aquellas pláticas antiguas su actitud invitaba al gracejo.

Tema político. Era necesaria una sana política, con algunas gotas de administración. Los pueblos necesitan de una férula...

Tema de la riqueza. Siempre habrá pobres y ricos, porque siempre habrá aptos e incapaces, listos y tontos, afortunados y desdichados.

Tema religioso. Hay que hacer por la gloria eterna, hay que ganarse la vida perdurable.

Tema del matrimonio. Sobre este punto no fué posible conseguir que el señor Martínez dijese esta boca es mía. Solamente al acosarle en esta forma: "¿No dijo usted que no había nacido para casado?" respondió desabridamente: "¡Qué sabe uno para lo que nace!"

A los sesenta, el señor Martínez era otro hombre distinto, completamente distinto, del de los cuarenta. ¿Menos sensato? ¿Más sensato? Distinto.

Que es lo que les pasa a muchos señores Martínez, se llamen o no Martínez.

I

Difundíase en la atmósfera la serena dulzura de una mañana estival cuando, con perezoso despertar, Lucio Rodríguez abrió los párpados y esparció errante la mirada por el techo, las paredes y los muebles de la habitación; permaneció indiferente ante el paisaje de suaves y verdes ondulaciones que se dominaba a través de la ventana, y respondió a las sollicitaciones del sol para que abandonara el lecho y se bañara en sus ondas, volviendo a cerrar los párpados nuevamente.

La mañana anterior había realizado el último de sus paseos cotidianos, caminando bajo el follaje de los árboles del parque, ágil y erguido todavía, no obstante su senectud. Pero a la hora del sol poniente, mientras contemplaba desde el lugar donde se hallaba sentado cómo se apagaban las últimas luces del crepúsculo, experimentó súbitamente una depresión corporal tan grande y abatió su espíritu una tan grande desazón, que hubo de recogerse.

Durante la noche el sueño había-se negado a ofrecerle el reposo cumplido. Y hallábase aún con los ojos cerrados, semidormidos otra vez, cuando la señorita Blanca entró con paso leve, acercóse hacia él, y dijo con voz queda:

—Papá...

El padre despertó sin sobresalto e intentó en vano incorporarse al mismo tiempo que sonreía a su hija.

—Buen día, papá. Hoy ha dormido usted más que de costumbre. Son las nueve de la mañana; arriba, perezoso!

—Bien dices, hija; pero qué quieres, hoy no me levanto.

—¿Que no se levanta usted, ha dicho?...

—Eso mismo, hijita.

—¿Se siente usted enfermo, acaso?

—No, hija; me siento perfectamente bien.

El anciano mentía por primera vez en su vida. Bien sabía él que estaba enfermo. Pero no quería que la inquietud hiciera presa del espíritu de Blanca. Procuraría engañarla hasta el último instante. Después...

Por fortuna, Blanca interceptó inconscientemente la dirección de su pensamiento hacia la "selva oscura" del incierto después, para conducirlo por el camino de la realidad presente.

—Hace un instante he visto pasar algunas trilladoras—dijo Blanca, al propio tiempo que se dirigía a la ventana para inquirir el rumbo que llevaban. Y luego agregó: Se han detenido frente al campo de los Miranda.

—Los trigos están maduros — repuso el padre. — Con la sementera de los Miranda se formará una montaña de oro. ¡Buen año para ellos!

—¡Ah, si hubiera sembrado usted este año! — exclamó Blanca entusiasmada.

—La tierra, hijita, — observó el padre — es una virgen que no desposa con los inválidos. Y luego para qué... Yo no tengo tierras. Como tú sabes, se las he dado a tus hermanos. Ellos son fuertes y sanos, y sabrán rendirla esclava.

—Por Dios, papá—contestó Blanca, — ha interpretado usted mi exclamación como un reproche. Yo sé demasiado que, después de haberlas prodigado tanto, debe usted ahorrar

SENDEROS DE PAZ

Por Leopoldo Durán

EL PEREGRINO

—¿A dónde vas?... La senda que persigues
Guía a una oscura selva.

El crimen mora en ella taciturno...

Allí fulge el puñal!... Allí esperando

Al incauto viajero

Hay un bandido célebre!... ¡No sigas,

No sigas tu camino,

Incauto peregrino!

—¡Oh, no!... Debo cruzar la selva oscura,
La selva enmarañada.

Del puñal salvaré la puñalada,

La traición, del bandido...

¡Lo veré! ¡Lucharé! ¡Será vencido!...

—¡Sigue, pues, tu jornada!

—¿A dónde vas?... Sobre la mar bravía
Bramando corren las fervientes olas,

Cual bridones volando en su carrera...

Abre doquier sus fauces

Famélicas la sirte;

Y el vendaval en fervoroso vuelo

Siembra la muerte al descender del cielo!

¡No sigas tu camino,

Confiado peregrino!

—¡Déjame ir sobre el abismo airado!

Tu palabra prudente me importuna...

¡Voy a buscar doquiera la fortuna,

El oro ambicionado!

Pérfida sirte evitará mi nave;

Quebraré al huracán las negras alas;

Ahogaré entre mis manos sus bramidos...

¡Los dos serán vencidos!...

¡Y será la fortuna conquistada!

—¡Sigue, pues, tu jornada!

¿A dónde vas?... ¡Detén tu loco anhelo!

¡La senda conduce al precipicio!

Honda es la ruina en que rugiente bulle

El torrente que cae de la altura,

Cual la ambición, a conquistar la tierra!...

¡Detente, oh peregrino,

No sigas tu camino!

—¡Jamás, jamás!... En las fulgentes alas

Del pensamiento mío

He de cruzar la tenebrosa sima!...

¡Voy a buscar la gloria!

¡Voy sobre la saeta

De la idea genial que me conmueve

En busca de mi gloria de poeta!...

¡La palma quiero de la gloria ansiada!...

—¡Vé, peregrino, sigue tu jornada!

¿A dónde vas?...

—¡Voy a buscar justicia!

¡Tengo hambre y sed de bien! La verdad busco!

¡Busco de la igualdad el signo extraño!

¡Justo castigo al que engañó! ¡Castigo

A quien calumnia y la virtud infama!...

¡Allá, me dicen, el castigo blande

Su látigo iracundo!...

—¡Sigue, viajero, tu camino, sigue!

¡Y siglos mil recorrerás el mundo!

LUIS REYNA ALMANDOS

sus fuerzas ahora. Al decir eso no tenía más objeto ni otra intención que la de manifestar mi alegría ante la feracidad de estas tierras, nunca tan generosas como este año.

Y siempre de pie y apoyando la mano izquierda en la ventana, Blanca extendió la diestra hacia los campos a guisa de bendición.

Lucio Rodríguez admiró encantado a su hija. ¡Cómo se reconocía en ella! Y entusiasmado a su vez, comenzó a evocar recuerdos:

—Cuán diferentes he conocido yo estas tierras! Aptas para el labrantío siempre ciertamente; pero vírgenes entonces y erizadas de paja brava. Aún no habíais nacido tú ni tus hermanos, cuando nos instalamos aquí tu pobre madre y yo. En los primeros tiempos, ella sentíase amedrentada por la soledad del desierto y la vastedad de los horizontes. Luego, poco a poco, fué serenándose su espíritu y concluyó poblando la soledad del desierto con vuestros encantos a medida que llegabais y acortando la vastedad de los horizontes mientras ensanchaba el mundo de sus amores. La pampa ya no nos parecía tan triste. La monotonía del suelo raso se quebraba en la masa oscura de alguna que otra arboleda en formación. Tampoco éramos ya los únicos. Otros habían llegado tras nuestro. Unos criaban ganados y otros arrojábamos simiente; pero todos trabajábamos recio. Entre tanto las jornadas íbanse haciendo cada vez menos fatigosas. Se hicieron caminos y se tendieron rieles. Y desde entonces dejamos de uncir los bueyes, abandonando definitivamente las carretas. ¡Cuántos hábitos y cuántas costumbres hemos abandonado junto con ellas! Sin embargo, no lo lamentamos demasiado. Hemos acelerado la marcha, y eso es todo y es mucho. ¡Ah, si tu madre viviera! Con qué...

—No continúe, papá — interrumpió Blanca, — debe sentirse fatigado. Lo he advertido en el esfuerzo que hacía usted para hablar. Además, todavía no he dispuesto que se prepare su desayuno.

El anciano estaba realmente cansado. Resistíase empero a manifestarlo, poniendo a contribución el resto de sus fuerzas en tal empeño. Así, pues, protestó:

—Nada de eso, hija. Quédate. No te molestes.

Blanca permaneció callada, observando atenta, pero disimuladamente a su padre. Y como advirtiera en su rostro una palidez terrosa muy acentuada y una opacidad en los ojos que velaba la mirada hasta darle un aspecto mortecino, acometióla una honda turbación y dió vuelta la cara por que ahora temía ser ella la observada. Y no sabiendo qué hacer para ocultar la angustia que la oprimía, simuló entonces que buscaba alguna cosa en cualquier parte. Mas como el simulacro dilatorio agravara lo embarazoso del momento, no logrando con ello estrangular su angustia ni dominar su turbación, Blanca dijo atropelladamente:

—Ahora vuelvo, papá — y precipitose fuera de la habitación.

Ajeno a las zozobras que experimentaba su hija, tranquilo, impasible, sereno, don Lucio Rodríguez sentíase desfallecer sin pena.

Al anochecer del mismo día los hijos varones del anciano, Carlos y Manuel, tenían noticias de la enfermedad del padre por un mensaje maculado de lágrimas que les transmitiera Blanca.

II

Blanca acababa de cumplir treinta y cuatro años. Tenía la piel morena y los ojos llenos de luz que tienen todas las criollas. Su belleza madura — porque indudablemente era bella — habíase tornado grave, así como la naturaleza se torna grave y bella al declinar el día.

Desde que muriera su madre, cuando ella sumaba apenas catorce años, había asumido y hecho gravitar sobre sí la responsabilidad de la dirección del hogar, siendo la única mujer entre los varones. Iniciada tempranamente en todos los aspectos de la vida ordinaria, adquirió un sentido práctico muy agudo sobre las cosas de la vida. ¿Será menester agregar que sus manos, suaves y móbidas a pesar de todo, desconocían el ocio? Seguramente que no.

Diligente y ordenada como era, disponía de tiempo para todo. Así, pues, alternaba la prosa de la realidad de la vida con la poesía de la realidad de su ensueño, cultivando las rosas de su jardín espiritual. Y si bien era cierto que en los últimos tiempos había descuidado un tanto su jardín, y deshojáránse por consiguiente las rosas en su desamparo, ella tenía también su historia sentimental. Y efectivamente era así. Veremos cómo.

III

Arturo Menéndez era un bello moecón de veinticinco años que había nacido en aquellos predios y visitaba la casa de don Lucio Rodríguez en calidad de amigo de sus hijos. Huérfano de padres desde pequeño, llevóse el tutor a Buenos Aires para procurarle educación. Llegado a su mayoría, y dueño ya de su albedrío, abandonó la ciudad y se instaló en las tierras de su heredad.

La casa del hombre soltero es indudablemente una casa triste. Esto lo había pensado Arturo en muchas ocasiones, mientras hacía pasar ante sus ojos la imagen de Blanca una y mil veces.

Y Arturo Menéndez, harto ya de repetirse siempre el mismo pensamiento y anheloso de guardar para sí la realidad viviente de la imagen que lo provocaba, ofrecióle un día su corazón y su nombre a Blanca.

Blanca no contestó al pronto, terriblemente sorprendida por lo inesperado de la proposición. Un minuto después, durante el cual habíase librado en su espíritu un duelo decisivo, contestó con voz aparentemente tranquila:

—No puede ser, Arturo. Espere usted.

Apesadumbrado por la decisión de Blanca, marchóse Arturo sin haber pretendido indagar la causa de la negativa.

Desde aquel día, a lo largo de muchos años, Blanca guardaba en el fondo de su corazón el inefable sedimento de aquel minuto inolvidable, como se guarda el pomo vacío cuyo fondo conserva aún el sedimento de una esencia rara.

IV

A los cuatro días de guardar cama, una tarde tranquila, rodeado por todos los suyos, apagóse tranquilamente en un suspiro la existencia de don Lucio Rodríguez.

Cumplido el deber filial de sepultarlo en la paz del Señor, Carlos y Manuel, retornaron gravemente a sus labores.

Blanca quedóse sola en la casa muda y vacía.

Y pasaron días, semanas y meses, hasta que en el atardecer de un día otoñal, dorado por el sol, anunciáronle una visita.

—¿El señor Arturo Menéndez?... Dígame usted que pase.

—¡Dios mío! ¡El, él está ahí! Sí, ya estaba ahí, ligeramente sonriente y un poco pálido, aunque mucho menos que ella, mientras aprisionaba entre las suyas, sin liberarlas, las temblorosas manos que habíale

abandonado Blanca en un desmayo de todas sus fuerzas.

—Aún espero — dijo Arturo Menéndez, sentado ya frente a ella, y envueltos ambos en la vaga luz decreciente del crepúsculo que impedía casi verse.

—¿No será tarde ya? — repuso Blanca con un dejo melancólico en la voz.

—Aun puede ser — concluyó Arturo Menéndez, mientras confiaba en manos de Blanca el anillo nupcial.

PARABOLA DEL EGOISMO

"Pero el alma, avarienta; no podrás apresarme".

Alicia PORRO FREIRE

Como en los prados de la Laconia, donde las corolas formaban nombres de semidioses y de héroes, allí también las flores tenían formas caprichosas y fragancias inigualables. Los árboles ofrecían pedazos de sombra a los peregrinos cansados, y las fontanas, saltando alegremente desde la loma, llegaban rumorosamente al espejo de las ninfas, un lago de cristal, que era un pañuelo para las lágrimas de la sierra. Sobre una colina, al margen del sendero, una choza emergía de un plinto de barro. La habitaba un raro personaje, extraña mezcla de asceta y soñador, de pesimista y avaro.

Lejos del mundo, el avaro vivía feliz en su humilde morada, que, para sus necesidades y aspiraciones, valía lo mismo que un maravilloso palacio; revestido de gemas multicolores que lo encendiese con fulgores de pedería fantástica. La pobreza es una simple manera de apreciación, porque cada hombre tiene una lámpara de Aladino dentro de su pecho: la carencia del deseo.

Su lámpara maravillosa le había dado un fruto: un cofrecillo un poco tosco, que era toda su fortuna. Lo guardaba como un fetiche de amor y lo veneraba como una santa reliquia. Los caminantes que pasaban por las cercanías visitaban la Tebaida del avaro; pero ninguno pudo jactarse de haber visto el maravilloso cofre, donde el egoísta ocultaba su preciado tesoro.

Por las tardes, cuando el incansable viajero se ocultaba en el rosado horizonte y los cálices, ya visitados por las divinas mensajeras, se cobijaban debajo de los pétalos marchitos del largo sahumerio, el codicioso se encerraba con su cofre, y al abrirlo, las alondras de su fantasía volaban por todos los ámbitos del edén.

Un día, un día desapacible de invierno, una joven, quizás una pastora, tal vez una princesa, pidió asilo en el palacio irreal del egoísta.

La joven, de hermosos ojos agoreros, lo sedujo con el prestigio de su belleza y con la música de su palabra maga...

Y fustigada por una curiosidad que azotaba a muchos, quiso ver el interior del cofre que nunca nadie había visto... Y logrólo... El embrujo de la línea es sólo menos fuerte que el misterio de la palabra, con la diferencia de que éste es solamente revelado a los elegidos del Misterio.

La bella, al abrir el mágico cofre, creyó encontrar perlas y diamantes; pero no había nada de eso dentro de él. Lo que había no le interesaba, porque sus ojos no podían ver en la sombra... Y huyó un poco desechada...

Desde entonces, el avaro ambula como el Ahasvero por todos los rincones del orbe, buscando su perdido cofre, donde encerraba su alegría de vivir: el manojito, hasta ayer inmarcesible, de su serenidad espiritual.

El cofre perdido era su morada interior.

LUIS ALBERTO GULLA

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

El inventor del "chantage"

Ese impudente comercio literario basado en la difamación — y que para designarlo hay que acudir a la voz francesa "chantage", pues en el idioma castellano no hay palabra adecuada para nombrarlo — remonta su origen al escritor italiano Pedro Aretino. Se puede considerar al Aretino — llamado así porque nació en Arezzo en 1492 — como el inventor del "chantage" literario. Este poeta satírico, abandonándose a los excesos de su mordacidad contra los poderosos que no compraban sus elogios o su silencio, mereció el nombre de "azote de los príncipes".

Carlos V y Francisco I debieron a sus liberalidades ser respetados por el mordaz escritor. Después de su desgraciada expedición al África, Carlos V se apresuró a enviar al poeta, para que se callara, una cadena de oro que valía cien ducados; entonces exclamó el Aretino: "¡He aquí un regalo muy pequeño para una necedad tan grande!" Era tan venal y tan impudente, que él mismo se convencía de que le bastaba una botella de tinta y una resma de papel para ganar tres mil escudos de oro cada año, cantidad enorme en aquel tiempo. Por haber escrito un soneto contra las indulgencias, fué desterrado de su patria; otros diez y seis sonetos licenciosos le enemistaron con Clemente VII, que le desterró de Roma; pero esto no impidió que escribiera después panegíricos del Pontífice y se atreviera a solicitar el capelo de cardenal. Distribuía, pues, los elogios y los vituperios, según la cuenta que le tenía.

Este año se inauguró con un éxito rotundo y elocuente la Exposición del Libro Argentino en el Club Mar del Plata, con la asistencia de las altas autoridades nacionales.

Durante la exposición se dieron varias "causeries" muy interesantes, en una de las cuales y representando a la intelectualidad femenina, nuestra distinguida colaboradora, la poetisa Adela García Salaberry, habló con singular éxito sobre las poetisas Margarita Abella Caprile y Beatriz Eguía Muñoz.

Creemos de interés para nuestros lectores el reproducir la "charla literaria" de nuestra compañera, quien dijo lo siguiente:

"Es sensible y emocionante, que en esta fiesta de la poesía, que tan acertadamente propicia el simpático Club Mar del Plata, fiesta que es de expansión íntima y gloriosa, porque es apoteosis de Belleza, de Encanto y de Amor, fiesta en que juegan su ronda de albricias los más regocijados atributos del alma, tengamos que poner freno al vuelo de nuestro frenesí lírico, para rendirnos al recogimiento fervoroso en aras de una sagrada evocación que prende sus lucecitas devotas en todos los corazones.

Esta tradicional fiesta, que ha sido siempre de cordialidad, de júbilo auspicioso, de solidaridad espiritual; que ha acogido siempre, en la común exaltación de los espíritus a los más fervientes adoradores de la Belleza hecha unión, arte y majestad por la expresión divina del genio lírico, que ha acogido siempre en la gracia propicia de las musas a todas las reverentes sacerdotisas de Apolo, que bajo el cielo argentino forman legión fervorosa, esta fiesta, en fin, en que anualmente consagramos a la diosa Poesía nuestras caras e inagotables devociones, tendrá que resentirse hoy por la ausencia angustiosa de dos espíritus igualmente dilectos, que nunca faltaban a esta anual misa lírica, con las flores de su genio poético y la ofrenda ritual de sus condorosos corazones.

Es posible, más que posible seguro, que esta simple referencia haya bastado para que en todos vuestros ánimos se haya hecho sensible el recuerdo, la evocación dolorosa que he querido suscitar, ante el vacío solemne, irreparable de dos espíritus selectos que todos los años sabían compartir las deliciosas emociones de esta consagración apostólica, sumando al coro de las expansiones líricas que son la música alada de este festival, la gracia espiritual de sus propios ritmos, de sus propias inspiraciones y de sus propios fervores.

Beatriz Eguía Muñoz ...

Margarita Abella Caprile ...

No podemos recordarlas, no podemos nombrarlas sin que la emoción nos oprima el ánimo con presión conmovedora. Las dos ausentes, lejos de nosotros, pero más encarnadas en nuestros corazones, por el fuego del recuerdo y la virtud efusiva de la admiración.

Lejos, muy lejos, la una, la dulce Beatriz, en las regiones sombrías de la Eternidad, de donde, como piensa el poeta, nunca se vuelve, robada a la flor de nuestro cariño en la hora gloriosa de su juventud, pero después de haber dejado en nuestros sensibles corazones las suaves caricias de su bondad, el tier-

Exposición Nacional del Libro Argentino en el Club Mar del Plata

no estímulo de su idealismo, y la arrulladora música de sus inspiraciones. No tan lejos, por ventura, la otra, la querida Margarita, en los derroteros propicios de la vida que le brinda flores y halagos a su lozana juventud, pero sí lo suficiente distante de nosotros en este momento, en este día, para que deploremos su ausencia de esta fiesta

que era tan grata a su espíritu y que siempre animó con su concurso entusiasta y gentil y con la gracia inspiradora de su genio.

No seríamos justos ni buenos si no las recordáramos, ni siquiera la fiesta de la Poesía habría de tener esa virtud de comunión espiritual que es su mayor encanto, si omitiésemos esta evocación en homenaje

EL SUELDO DEL PRESIDENTE

Corría el año 1878. Ocupaba entonces la Presidencia de la Nación Argentina el ilustre é inolvidable estadista doctor don Nicolás Avellaneda.

Desempeñaba en la secretaría Presidencial el cargo de Oficial Mayor el doctor Benigno Ocampo, que era a la vez encargado de percibir, en la Tesorería Nacional, el sueldo de S. E. y entregárselo personalmente a cambio del correspondiente recibo, algo así como un "habilitado" actual.

Cierta día del mes de Junio del año de referencia, el doctor Ocampo cobró el sueldo del primer magistrado, y acto continuo, fué a llevarse al doctor Avellaneda, que se encontraba en su casa particular. Arrellanado en un sillón y engolfado en la lectura de un libro que tenía en sus manos, el Presidente no notó la presencia del Oficial Mayor, que había entrado a la biblioteca y permanecía de pie cerca de él.

Transcurrido un buen rato, levantó la cabeza y viéndolo entonces a Ocampo:

—Ah ¿eres tú, Benigno? ¿qué quieres? exclamó el doctor Avellaneda.

—Vengo, Señor Presidente a traerle su sueldo, — contestó el interpelado, alcanzándole un sobre que contenía el dinero. . .

—¿Lo has contado?

—Sí señor.

—Bueno, luego te firmaré el recibo.

El doctor Ocampo se retiró enseguida.

Pasaron ocho días, al cabo de los cuales el Presidente llamando al doctor Ocampo a su despacho, le dijo de mal talante:

—Benigno, te has olvidado de cobrar mi sueldo; y hoy necesito plata.

El Oficial Mayor quedó petrificado.

—Pero, Excelentísimo Señor, exclamó; si hace una semana que he entregado a V. E. el dinero.

—¿Cómo? ¿qué dices? Benigno... tú estás hoy mal de la cabeza. A mí no me has dado absolutamente nada.

Un sudor frío inundó la frente del Oficial Mayor y empezó a temblar como un azogado. ¿Cómo iba él a disputar con el Presidente! ¿Cómo convencerlo de que estaba equivocado?

—Vete a cobrar mi sueldo y tráemelo en seguida, — replicó el doctor Avellaneda, despidiéndolo con una cariñosa palmada en la espalda.

El doctor Ocampo salió del despacho presidencial tambaleándose como un beodo: ¿A dónde iría él a buscar esa suma de dinero, que no era un grano de anís, para un modesto empleado como era el Oficial Mayor? Atravesó la Plaza de Mayo y fué a sentarse a un banco, donde se puso a reflexionar sobre la difícil situación que le había creado la mala memoria, ó la distracción de S. E. el Presidente de la Nación Argentina.

De pronto cruzó por su mente una idea luminosa, salvadora: había en Buenos Aires un hombre que podía sacar el apuro al compungido Oficial Mayor, y ese hombre era Don Bautista Ocampo, tío carnal de don Benigno, adinerado y generoso, al decir de la gente de ese tiempo. Correr, pues, a casa de don Bautista, enterarlo de lo que pasaba y pedirle su ayuda fué, todo ello, obra de breves instantes.

El Señor Ocampo le entregó a su sobrino la suma solicitada diciéndole:

—Son los gajes del oficio: ¡hay que aguantar el cimbrón!...

Don Benigno entregó al Presidente, esa misma tarde, el importe de su sueldo.

Trascurrió un año. Cierta día el doctor Avellaneda, haciendo llamar a Ocampo, le ordenó que practicara en la biblioteca de su domicilio particular algunas copias y anotaciones en los libros de derecho de Demolombe.

Al abrir el quinto ó sexto volumen, ¡Oh, sorpresa! el Oficial mayor encontró, entre sus páginas, el sobre que contenía, intacto, el sueldo del Presidente. Era un caso clavado de distracción del eminente gobernante.

Ese olvido,—decía sonriendo el doctor Ocampo, me causó el disgusto más grande que he tenido en mi vida. Nunca pude borrar de mi recuerdo aquel día para mí aciago a la vez que memorable.

Antonio R. ZUNIGA.

a las dos esclarecidas hermanas que hoy faltan en esta comunidad, que ellas contribuyeron a glorificar, a las dos galanas poetisas que concurrían siempre con fervor cordial a esta apoteosis de la Poesía y el Arte, de esas dos almas de cristal cuya sonoridad romántica y cuyo inolvidable verbo lírico era familiar en estos preciosos torneos de juventud, de gloria y de amor.

No es éste, bien lo sé, el momento de turbar con una nota de amargura, este acto de lírico regocijo, de solemne expansión espiritual.

Para el Dolor guardemos nuestras horas de último recogimiento; y bien graves y hondas son las que consagramos a la memoria imperecedora de la querida Beatriz, de la amiga dilecta, de la gentil poetisa que tantas veces nos encantó con la música dulcísima de su estro, agostado en la flor de sus inspiraciones.

Pero por eso mismo, porque vive en nosotras su espíritu, permanentemente en el alma y en el corazón de las que tanto la queríamos y admiramos, es por lo que no podremos en la fiesta de la Poesía, olvidar a su genio romántico, a su alma tan sensible a la bondad y a la belleza, tan divinamente conformada para rendirse sin desmayo en las misteriosas auroras del Ensueño, el homenaje del recuerdo.

Extrañamos también, y mucho, a Margarita Abella Caprile ...

¿Y cómo no extrañarla, si ella fué siempre uno de los más soberbios y deslumbrantes florones en estas fiestas de la gaya ciencia?...

Ausente de nosotras, "Margaritín", rodeada de halagos y de felicidad merecida, añorará, sin duda, estos momentos de frenesí pagano, consagrados a la apoteosis del verbo poético de su tierra, tanto como añoramos nosotros su colaboración espiritual y sugerencias de su genio lírico que siempre florecían en deslumbrantes lozanías y en perfumes deliciosos y cautivadores.

Ella, que fué siempre, para la realización de esta fiesta alegórica, inspiración y armonía, y sumaba, amorosa, los matices de su alma profunda, y delicadamente lírica a los ecos y matices de estas expansiones poéticas, no puede faltar en la evocación en el recuerdo, como no falta en nuestros corazones, que tantas veces animó, exaltó y conmovió con la música deliciosa de sus inspiraciones cordialísimas, divinamente poéticas.

Sólo así, trayendo a nuestros corazones el recuerdo de esos dos seres favoritos de nuestras musas, podemos conciliar los sentimientos que han de inspirar la tradicional virtud artística de esta fiesta pagana.

Beatriz Eguía Muñoz, malograda encarnación poética, arrebatada al cielo promisor de nuestros astros líricos, en la flor de su inspiración.

Margarita Abella Caprile, hermosa y sensible realidad viviente que siempre participó en estos nuestros íntimos banquetes del Ensueño, no podían estar desvanecidas en nuestros corazones.

El Arte es inspiración, es magia, es sentimiento. Por el cariño, por el amor, florece en la evocación. Y ésta es la única virtud que mi alma ha puesto en el fuego conmemorativo de mi humilde y desaliñado verbo al evocar, en esta singular fiesta, a las dos queridas e inolvidables ausentes".

(Continuación de "La rondalla")

— ¡Deben ser aquellos!... ¡Sí, ellos son!... ¡Y aquél es Vicente!... ¡Mi Vicente de mi alma!... ¡Vendrá por mí!... ¡Ya se acercan!... ¡Ya los distingo a todos!... ¡Está lo mismo que cuando me quería!... ¡No; lo mismo no! Porque ahora no me quiere... Es decir...

La rondalla llegó a la puerta de la herrería... Carmela contuvo la respiración y fijó la vista en aquel hombre por quien se moría, olvidada de todos, en aquella odiosa prisión.

— No os paréis — gritó Vicente. — Ya sabéis que salí a condición de no pararnos frente a la herrería. ¡Vamos para casa de la Dolores!; Nosotros no hemos salido para rondar a las locas!

Carmela creyó que el mundo se le venía encima.

— ¡El también!... ¡todos lo mismo!... ¡Loca!... ¡Sí, lo estoy!... ¡Loca por él!... ¡Porque le quería con toda mi alma!... ¡Porque, a pesar de haberlo oído de sus labios, le quiero!... ¡Loca!... ¡Sí, loca!... ¡Porque creí que la felicidad no se separaría nunca de mí!... ¡Porque creí que en el mundo se perdónaba todo!... ¡Porqué creí que en la tierra solo se purgaban las faltas propias!... ¡Ya no lo veo!... ¡Ya no lo veré nunca!... ¡Ya acabó todo para mí!...

Bajó los peldaños de la escalera y echóse, llorando y rugiendo de ira, sobre el camastro donde había pasado tantas noches en vela pensando en él, en su Vicente.

Y mientras Carmela lloraba y se golpeaba y gritaba acabando de perder su deesequilibrada razón, allá fuera se oían los últimos acordes del paso doble de la rondalla y las primeras campanadas de la iglesia llamando a los fieles a la misa que costeaban los padres de Vicente...

— 1880 —

El tolderío presenta un conjunto anormal. Se prepara una gran solemnidad. El trajín da al todo un aspecto de camuati alborotado y hasta el lujo que ostenta la chusma en su indumentaria, es un síntoma de guerra. Algunos cueros de potros, que sirvieron de puertas, en las cabañas de los caciques, fueron reemplazados por hermosas pieles de aguará-guazú o magníficos ejemplares de yaguareté.

La tienda de Urutaú, la bruja llorona, encargada de las desgracias, había sido exornada con cortaderas, mechones de crin y manojos de plumas, teñidas en vivos colores. La cancha bien barrida con ramas de carqueja y previamente sahumada con almizcle de yacaré, recibía los últimos toques de elegancia aborígen: los adolescentes colgaban vejiguitas de pacú infladas y llenas de isondúes vivos, los que irradiaban una melancólica luminosidad a medida que el sol desaparecía lentamente en el horizonte rojo.

Los viejos caciques, cada cual con su virtud encarnada en un animal o vegetal de nombre guaraní: Caburé, Capivara, Caraguataí, Urundai, etc., hacían rueda sentados sobre sus propias piernas; los brujos, brujas, curanderos, adivinas, etcétera, formaron, en cucullas, un círculo paralelo al de los jefes, y tras de las dos ruedas de privilegiados, la chusma plebeya rugía fanatismo.

El — el que da luz, calor y vida, había hablado a Urutaú! Esta era la causa del concilio.

Urutaú, una india de definido tipo Mocoví, vieja, flaca y fea, salta al centro del redondel y llorando a gritos dice: El — el que da luz, calor y vida nos manda hoy tristeza para todos. ¡Hay que llorar!... Y la turba llora estruendosamente. Urutaú prosigue entre sollozos: Urundai, el más joven y apuesto de nuestros caciques con cuatro manos (una veintena) de mozos elegidos entre los que aún no se han enamorado fuertemente, tendrán que ir por el camino que marca la nube de luz (nebulosa), en las noches lindas, y llegar hasta el toldo del cacique de los "Castillas", que está señalado en el fir-

CRISTAI

Por Luis R. Pereyra

mamento con la estrella grande del Sud, del funesto Sud de los blancos! Y gimiendo más fuerte aún, prosiguió: Allá en el Sud está Cristai, el único hijo de EL. Urundai traerá ese Dios milagroso o, de lo contrario, lloraremos eternamente! Gran empresa digna de Urundai! Allá en el funesto Sud de los "Castillas blancos", todo es misterioso: Los toldos más largos que una picada, corren despidiendo fuego por un cuerno (tren). ¡Brujería! Si

Urundai trae a Cristai, no nos exterminarán ¡Que EL lo ayude! Yaguareté debe de armar a los expedicionarios con armas tan filosas como sus garras. Concluyó Urutaú su discurso con un gemido aterrador, diciendo: esa es la voluntad terminante de EL.

Urundai y sus veinte fueron armados por el cacique Yaguareté con puntiagudas lanzas, flechas y fijas. Caburé, el cacique de la suerte, dirigiéndose a Urutaú, replicó: Cá-

ANECDOTA

En los ensayos generales de Rigoletto venía suprimiéndose, por orden de Verdi, la romanza del tenor "La donna e mobile..." romanza que nadie había logrado escuchar aún.

Intrigados todos, incluso artistas y empresarios, por esta orden que calificaban de manía, preguntaron a Verdi el porqué de esa supresión.

Ya lo sabrán más tarde—contestó el maestro sonriendo.

El estreno de Rigoletto fué un éxito inmenso; el público lleno de entusiasmo aclamó a Verdi; los motivos principales de la ópera fueron repetidos, pero el que más gustó fué "La donna e mobile", y a la salida del teatro parte del público iba tarareando o silbando la romanza del duque de Mantua, que en pocos días se hizo popular en toda Venecia.

—Pero—le decían a Verdi—no comprendemos su obstinación al no querer que en los ensayos se cantase la romanza.

Si no lo hubiera hecho así—contestó Verdi,—todos, músicos, artistas, atrecistas y curiosos, habrían salido tarareando, como lo hizo el público el día del estreno y la romanza, fácil de retener habría envejecido antes de estrenarse la obra.

SUPLICA

¡Amor! no me esclavices, librame de tu mal,
tímidamente huyo de tu verdad fatal
Emoción ignorada,
reino desconocido
encanto misterioso con temor presentido,
secreto inescrutado
azulada neblina
tiniebla saturada de una esencia divina,
voz distante, imprecisa
suave roce de lirio
inapreciada gloria
perdonado martirio,
sortilegio temido que atesore el arcano
atenuado reflejo de un incendio lejano
en mi vida, tu Ley,
Héroe, Dios y Rey
de esa añeja leyenda
la que por conocerla
¡se da el alma en ofrenda!

¡Amor! para mí seas Enigma e Ideal
¡Amor! no me doblegues ante tu pedestal.

Susana BALLERINI QUIROGA

llate, vieja bruja, fastidia tu llo-
riqueo, mata ese ñacurutú que tie-
nes en el hombro, es mal agüero.
Yo le daré a Urundai para que se
defienda de todo daño una pluma
de caburé, el rey de los pájaros, y
dándosela continuó: Con esta plu-
mita de mi vincha, los torpes se
hacen héroes y los listos como tú,
dioses. No temas, ya, los truenos y
centellas que arrojan los "Casti-
llas" con sus lanzas (fusiles), no
te harán nada y cualquier mortal:
bicho, bestia u hombre, que siga
tu rastro, será picado por el yara-
rá y comido por los cimarrones. Las
mujeres jóvenes bajaron las cabe-
zas...

¡Era la hora de partir! Las es-
trellas brotaron en el limpio cielo
del Norte. Urundai se perdió en la
selva con sus compañeros, sin otra
guía que los astros...

— 1881 —

En la capital se comenta este
suelto de "La Gaceta":

"Malón manso.

En el último malón que dieron
los indígenas al pueblo de Esperan-
za, no hubo muertos ni estragos
que lamentar.

Los indios entraron al pueblo con
gran empuje, pero sólo se llevaron
un Cristo tallado, propiedad del ve-
cino suizo Fritz Keller".

— 1882 —

La tribu está de fiesta. ¡Llegó
Urundai! Murió Urutaú y su alma
gime lejos, en la selva.

En el toldo todo es placer.

Con amplios poderes del concilio,
reina Caburé.

La plebe, antes de entregarse a
la orgía, reza alegremente.

Caburé, casi desnudo, con un
Cristo tallado, pendiente de un
tiento de anta, sobre el abdomen,
dirige la fiesta sentado en el cen-
tro de la cancha.

El padre nuestro — dicen los re-
cién llegados, mirando al sol e ini-
ciando un coro en castellano: "Pa-
dre nuestro que alumbras el cielo,
santificado sea tu nombre y el de
tu único hijo Cristai que está en...
en... que está... (los guías titu-
bean y el coro sigue solo en lengua
Mocoví)... colgado, de un tiento
de gran bestia, sobre el vientre de
nuestro cacique Caburé".

Los guías rematan: ¡Amén!

LA NUBE NEGRA

Historia completa de un interesante caso en que interviene el detective Tony Steele

Al oír el llamado a la puerta, Twink, el inteligente perro del detective Tony Steele, comenzó a ladrar furiosamente, hasta que su amo lo hizo callar, y levantando la voz invitó al que llegaba a que entrase.

La puerta se abrió inmediatamente y apareció un joven de buena presencia.

Al verlo Tony, exclamó:

—¡Adelante, Ricardo! ¿A qué se debe tu inesperada visita?

—A un asunto de gran interés— respondió el visitante, antiguo compañero de colegio del detective—. Voy a explicártelo, Tony. Como tú sabes, papá es un comerciante de cierta fama en joyas; compra y vende piedras preciosas de alto precio. Bien. Acaba de regresar de la India con una de las más valiosas perlas negras del mundo. La conocida con el nombre de "Nube Negra".

—Sí. He oído hablar de ella— respondió Tony—. ¿Y se la han robado, no es así?

—No— contestó Ricardo Seagrave—. Pero mi padre ha sido secuestrado durante casi todo su viaje por dos canallas y no está seguro de que no den el golpe antes de que desembarque hoy en Inglaterra. Comprenderás que el asunto es importante y que tiene razón para estar nervioso por la suerte de la valiosa perla.

—¿Cuánto tiempo piensa tenerla en su poder?— preguntó el detective.

—Ese es el punto. El calcula que sólo será cuestión de esta noche— explicó Ricardo—. El que la va a comprar no llega tampoco al país hasta mañana... Por eso he venido a pedirte que accedas a venir a casa y permanecer a nuestro lado hasta que pase el peligro.

—Con mucho gusto— dijo Tony sonriendo.

De acuerdo con lo concertado, al terminar su labor Tony Steele se encaminó a la espléndida residencia, situada en las afueras de Oshgate, donde vivían los Seagrave. Llegó un cuarto de hora antes de las siete y su sorpresa no fué poca al hallar la casa en completa oscuridad.

Ni una luz se distinguía a través de ninguna de las ventanas de frente del edificio y aquello le causó alguna alarma. Tony subió la escalinata y llamó a la puerta principal.

Oyó claramente el sonido del timbre, pero nadie respondió y el silencio volvió a reinar en toda la casa como antes.

Aquello tenía algo de misterioso, y Tony determinó no perder más tiempo en averiguaciones y tratar de aclarar el problema personalmente. Dió vuelta en torno a la casa hasta que halló una ventana que le ofreció un acceso, relativamente fácil, al interior.

Cautelosamente avanzó a través de la habitación, a donde había entrado, y por una de las puertas salió a un corredor, desde el cual oyó como un ruido apagado de voces.

Al pronto no pudo darse exactamente cuenta de donde procedía aquello. Se detuvo y le pareció que el ruido se oía dentro de un gran armario que había en la cocina. Se dirigió allí, y con no poca sorpresa vió al abrir la puerta, que lo que él creía un armario era el comienzo de una escalera de piedra que descendía hacia una bodega.

Nuevamente oyó los sonidos, pero esta vez con mayor claridad. En-

cendió un fósforo y comenzó el descenso de la escalera, hasta que llegó a una puerta de roble, asegurada por dos cerrojos.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?— gritó.

—Sí. Abra la puerta pronto— le respondieron.

El detective reconoció la voz de Ricardo Seagrave, y sin vacilar ya más corrió rápidamente los dos cerrojos. Una vez abierta la puerta

pistolas automáticas— explicó Ricardo—. Papá reconoció inmediatamente a los dos hombres como a los ladrones internacionales conocidos por los hermanos Demetri, y que le siguieron durante una gran parte de su viaje.

Luego obligaron a papá a que les entregase la perla y después nos encerraron en la bodega.

—¿Cuánto tiempo hace que ha ocurrido todo eso?— preguntó Tony.

EL CAMINITO DE LA MONTAÑA

Era cruzado como mi vida:
cinta de plata bajo la noche,
lengua de cobre durante el día.
El caminito de la montaña
era cruzado como mi vida.

Tenía encantos, congojas, todo...
En primavera como en verano
como en invierno como en otoño,
el caminito de la montaña
tenía encantos, congojas, todo...

Me señalaba siempre la cumbre:
vía volcada, vía ascendente,
como un ensueño que baja y sube.
El caminito de la montaña
me señalaba siempre la cumbre.

Puso en mi infancia nomás su suerte:
la zagaleja que vuelve a amarme,
nevados tules, flores silvestres.
El caminito de la montaña
puso en mi infancia nomás su suerte.

Hoy es el mismo que antes ha sido;
como mi vida todo cruzado
desde los valles hasta los picos...
El caminito de la montaña
hoy es el mismo que antes ha sido.

Con mi destino va en paralela:
baja y asciende por la montaña;
bajo y asciende por mi existencia:
¡el caminito de la montaña
con mi destino va en paralela!

ALBERTO G. OCAMPO

se encontró con Wilton Seagrave, el famoso comerciante en joyas, con su hijo Ricardo y con un anciano sirviente.

—¡Gracias a Dios que nos has oído, Tony!— exclamó Ricardo.

—¿Qué ha ocurrido?— preguntó el detective mientras subían las escaleras.

—¡Lo peor que podía pasar!— declaró Wilton Seagrave—. He perdido la joya más valiosa que tuve jamás en mi poder.

—¿Le han robado la Nube Negra?— preguntó el detective.

—Sí— respondió el otro desplomándose sobre un sillón.

—Papá y yo nos encontrábamos en la biblioteca cuando repentinamente aparecieron dos hombres que apuntaron a nuestra cabeza con

—Creo que hemos permanecido en nuestro encierro sólo durante algunos minutos— dijo Ricardo.

—Entonces tal vez no sea muy tarde para recuperar la "Nube Negra"— agregó el detective—. Prepare su automóvil y vamos a tratar de perseguir a esos hermanos Demetri.

El joven Ricardo corrió hacia el gran garage, situado a uno de los lados de la casa.

—¿Por qué estarán las puertas abiertas?— murmuró Ricardo al acercarse. — ¡Claro!... ¡Han robado el automóvil de papá!

—¿Cómo era?— preguntó Tony, que lo había seguido. — ¿Era uno grande, pintado de rojo?

Sorprendido, respondió Ricardo que sí.

—En ese caso los hermanos Demetri han pasado junto a mi en el camino principal cuando yo venía hacia aquí. ¿Qué coche es ese?

—Es mi dos asientos para deportes— respondió Ricardo—. Puede aventajar al automóvil de papá en veinte millas por hora.

—¡Excelente! Pónlo en condiciones de partir en seguida.

Fué cuestión de pocos minutos el que Ricardo sacase el auto del garage. En seguida tomó asiento ante el volante; Tony saltó a su lado, y partieron como una flecha.

Recorrieron así milla tras milla a toda marcha, hasta que después de una media hora larga, la experta mirada del detective alcanzó a distinguir el automóvil rojo medio oculto entre unos matorrales a un costado del camino.

—¡Mira, Ricardo!— exclamó.

Inmediatamente le joven aceleró la marcha. En aquel momento vieron que los Demetri, saltaban a tierra y corrían hacia un punto determinado.

—Sí. Es el automóvil de papá... Pero, ¿qué es eso?

Un potente ronquido turbó el silencio de la noche.

—¡Un aeroplano!— exclamó Tony. Rápido, o los perdemos.

Con una expresión de resolución saltó y echó a correr a través del campo lo más rápidamente que pudo. Un momento después se alcanzó a ver un aeroplano ligero, que aterrizó a poca distancia del sitio en que él se hallaba.

Alcanzó a ver cuando los dos bandidos subían, y ante la imposibilidad de detener la marcha de la máquina, tomó una repentina y decisiva resolución.

En el momento en que el aeroplano intentaba levantar el vuelo, saltó y se aferró al fuselaje de la máquina. El aparato aumentó la velocidad y comenzó a elevarse en el aire. Tony sólo pensó por el momento en instalarse del mejor modo posible. No tenía un plan definitivo, pero comprendía que la perla estaba cerca y que había que vencer a los dos hermanos.

Estos no habían visto al detective, y por eso ya tranquilos, el que se había sentado junto al piloto sacó del bolsillo un pequeño estuche que entregó al otro. Dentro, en su nido de terciopelo, estaba la perla famosa.

Cuando Tony fué acostumbrándose a la oscuridad, notó a un costado del cuerpo del avión un amplio bolsillo que tenía escrita en la parte exterior una palabra: "Paracaídas".

En un abrir y cerrar de ojos, el detective sacó el precioso objeto y se ajustó al cuerpo las correas. Luego trepó hacia la parte superior y de un tirón se apoderó del estuche que el ladrón conservaba, cerrado, en la mano.

Un grito de sorpresa y de ira alarmó a sus dos compañeros, en forma tal, que el piloto perdió por un momento el dominio del aparato, y éste se venció hacia un lado en momentos en que Tony Steele caía velozmente hacia la tierra.

Durante algunos segundos, el detective sintió que el aire zumbaba en torno suyo, luego el paracaídas se fué abriendo y el descenso se suavizó. Tardó diez minutos en tocar tierra, pero no sufrió nada.

Cuando devolvió la "Nube Negra" a Wilton Seagrave, aquella misma noche supo por Ricardo que los hermanos Demetri habían caído en un río, de donde los recogieron para encerrarlos en la cárcel.

Del libro "Chispas de la vida"

Las penas de cada día, la gota de amargura cotidiana, es lo que mina la existencia, lo que conduce al fracaso, lo que determina el derrumbamiento final.

¡Ah, el tiempo pasado! Mis tristezas de otro tiempo eran menos amargas que mis alegrías de ahora. ¡Y me quejaba!...

La eterna ansia de lo imposible nos extravía y nos impide ver y apreciar el bien que tenemos muy cerca.

Los que no son capaces de ser felices, ¿cómo podrán hacer la felicidad de los demás?

Para un corazón:

Un mudo de gente extraña, no es nada; un conocido, es algo; un amigo, es mucho; un ser amado, es todo.

Sobrevivir a nuestra decadencia, es un castigo que se llama premio.

Los seres que hayan conocido la dulzura del beso, no podrán jamás maldecir de la vida.

No es el beso lo que colma; es la atracción del deseo, el alma unida al beso.

Para agradar, hay que variar sin fatigar.

Hay miradas que desarmen, que vencen, que paralizan, que hielan, que acobardan... Miradas de amargo reproche, de súplica, de oculta desesperación... Miradas que lo dicen todo.

Toda victoria íntima se obtiene con la mirada, que puede ir más allá del lenguaje humano.

Enriqueta LEBRERO DE GANDIA

ALEGRIA Y BUEN HUMOR

Se ha dicho que del éxito que se obtiene en este mundo, el temperamento tenía en ello una parte tan grande como los talentos. Cualquiera que sea la verdad de este aserto, es seguro que la felicidad del hombre depende sobre todo de la ecuanimidad de su índole, de su paciencia, y de su tolerancia, de su bondad y de la solicitud que tiene para los que le rodean. Lo que decía Platón es muy cierto; buscando el bien de nuestros semejantes encontramos el nuestro.

Esas afortunadas naturalezas son envidiables, tienen en su mirada un brillo de placer, de satisfacción, de piadosa alegría, de filosofía, llamadlo como queráis. Su corazón está como inundado de sol, y su espíritu colora con sus propios tintes los objetos que contempla. Cuando tienen que soportar pesares, los soportan alegremente, sin recriminaciones, sin murmuraciones, sin gastar su energía en lamentaciones inútiles, sino luchando con valor, y recogiendo las pocas flores que encuentra en su camino.

Aunque la disposición al buen humor sea en general innata en el temperamento, sin embargo se puede adquirir y desarrollar como todo otro hábito. Podemos sacar el mejor partido de la vida, o el peor, y depende mucho de nosotros que hallemos el placer o el pesar. La vida tiene su lado brillante; de nosotros depende cual de ellos prefiramos. Podemos aplicar a esa elección toda nuestra voluntad y tomar así, la costumbre de ser felices o desgraciados. Podemos ejercitarnos en ver siempre las cosas por el prisma más bello, y no por el más sombrío. Cuando veamos la nube no cerremos los ojos a su cubierta de plata.

El brillo en la mirada esparce la claridad, la belleza y la alegría sobre todas las fases de la vida. Brilla sobre la frialdad y le da calor; sobre el sufrimiento y lo apacigua; sobre la ignorancia y la ilustra; sobre la pesadumbre y la consuela. Da nuevo lustre a la inteligencia y hace a la belleza más bella aún. Sin él, el sol de la vida no se hace sentir, las flores se abren en vano, las maravillas del cielo y de la tierra pasan desapercibidas, la creación no es más que un árido desierto, sin vida y sin alma.

La alegría es además una de las cualidades que más se usan. Se le ha apellidado el buen tiempo del corazón. Da al alma la armonía, porque es un canto perpetuo sin palabras. Equivale al reposo. Permite a la naturaleza recobrar sus fuerzas: mientras que el tedio y el descontento la debilitan y ocasionan una pérdida continua.

Samuel SMILES

Un falso "Knock-out"

Por Enrique Jardiel Poncela

"PEGA, PERO ESCUCHA"
(Frase célebre).

La derrota de Hyders, al final del cuarto round, en el momento preciso en que nadie lo esperaba, y la pérdida del campeonato del mundo para su país, cayó en el público como cae una bomba y como cae un armario de luna: armando estrépito.

Algunos periódicos dijeron que el boxeo estaba de luto y resacaaron el match Hyders-Slottis elaborando frases terribles, tales como "la patria está deshonrada", "hay que limpiar nuestra bandera con la bencina de un rápido éxito", "el deshonor nos cubre de harapos mugrientos", etc., etc.

El encuentro entre Zacarías Hyders, llamado por los aficionados al boxeo el "León americano", y Jack Slottis, denominado el "Tigre europeo", habían reunido en el estadio de Katherney a trescientas mil almas.

Nadie podía presumir, antes de comenzar el lance, el desastroso final que iba a tener. Esto, por otra parte, no es extraño. Cúmulo, el hombre se debate entre tinieblas; ¿quién habría podido prever la Revolución francesa? ¿Quién hubiera adivinado que la guerra de los Siete Años iba a durar siete años justos?

Pero no divaguemos, que la impaciencia ataraza al lector.

Decía que nadie podía presumir antes de comenzar el match Hyders-Slottis su terrible resultado. Y si alguien hacía conjeturas, las conjeturas inclinaban el ánimo a suponer que el vencedor sería Hyders. Porque el "León americano" era una verdadera bestia, denominación que no molestaba a Hyders en absoluto, sino que le enorgullecía vivamente. Su tórax medía 153 centímetros, y el perímetro de los bíceps arrojaba 42; lo mismo que un mortero. En cuanto a la dureza de su cráneo se escapaba a todo cálculo, ya que el entrenamiento diario del pugilista consistía en recorrer los paseos, derribando los faroles con la cabeza. Su nariz estaba completamente dominada (término técnico) hasta tal punto, que cuando se daba de narices contra alguna pared, cosa que le ocurría frecuentemente a los humanos, acontecían dos fenómenos: derribaba la pared y sentía un goce celestial que le aproximaba al éxtasis.

En una palabra: era un hércules; un hércules que honraba a su país.

Hombres como Hyders son los que necesitan las naciones para hacer mudanzas.

Las apuestas cruzadas entre el público el día del "match" ascendían a varios cientos de miles de dólares.

La expectación era enorme, como el zapato de un campesino alemán.

Y cuando Hyders y Slottis se

dieron las manos, operación que en el boxeo significa que ya sólo faltan unos segundos para deshacerse los semblantes, un silencio de desierto a las doce del día se extendió por todo el estadio, y los 300.000 espectadores, que aguardaban febriles el resultado, clavaron la vista y el alma en el "ring".

Fué el momento que aprovecharon los rateros para llevarse doce mil relojes.

En el primer round, los adversarios se tantearon mutuamente.

En el segundo round, Slottis cayó al suelo por haberse resbalado, en una cáscara de banana que le arrojó un partidario de Hyders. Nuevamente en posición bipeda, amagó a su contrario con dos directos de derecha, seguidos de un "gancho" de izquierda. Hyders le contestó con un uppercut, y Slottis le tiró un crochet que dio en el vacío. Hyders se retiró a las cuerdas para atarse una sandalia, y sonó el gong.

Tercer round. Empezó por una furiosa acometida. Los púgiles se trabajaron el estómago hasta anestasiarse el píloro. A los vintidós segundos, Hyders alcanzó a Slottis con un directo nasal. Hemorragia y caída de Slottis. Pero al contar siete el árbitro, el "Tigre europeo" se enderezó. Fin del round.

Cuarto round. Se notó en seguida una superioridad por parte de Hyders. En la primera mitad de este round, el "León americano" tumbó dos veces a Slottis sin consecuencias definitivas. Hubo un momento en que, acorralándole, pareció que iba a dar cuenta de él. Mas no fué así. Hyders tiró un "gancho" de derecha seguido de un "crochet" de izquierda, pero no llegó a hacer "crochet" porque le falló el "gancho". Y Slottis aprovechó el desconcierto de su contrincante para sacudir un uppercut que derribó a Hyders.

Un alarido resonó en todo el estadio. ¿Era posible que Hyders hubiese caído? ¡Ay! Desgraciadamente, era posible.

El árbitro, inclinado sobre el "León americano", contó los segundos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce...

Y hubiera seguido contando a no oír los gritos de la multitud, que proclamaba vencedor a Slottis.

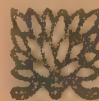
¿Cómo había podido suceder aquello? ¿Por qué Hyders no se había levantado del tapiz? ¿Un calambre? ¿Un golpe bajo? Todo eran conjeturas.

La ansiedad y el estupor eran tan grandes, que los periodistas interrogaron al vencido.

—Tenga la bondad de explicarnos... ¿Por qué dejó usted que le contaran hasta doce? ¿Cómo no se levantó a las nueve?

—Porque yo no he madrugado nunca—dijo Hyders.

Y envolviéndose en su "rob de chambre", abandonó el ring.



Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para hacer las juntas de los tubos de fundición que han de servir para la conducción de agua caliente. Se toman 100 partes en peso de torneadura de hierro, se machaca para pulverizarla más fácilmente, se le adiciona 2 por 100 en flor de azufre y 1 por 100 de sal amoníaco, también pulverizada; después se mezcla íntimamente, se humedece la masa con agua hasta que quede de consistencia pastosa, y se emplea a las dos horas de haberla preparado. Para hacer uso de ella se principia por guarnecer la unión por medio de estopa o con bramante, y cuando esté hasta la mitad, se completa el vacío que quede con la pasta. No hay necesidad de rellenar demasiado, porque más tarde se dilata al elevarse la temperatura.

Galvanoplastia de flores e insectos. — Se empieza por meter el insecto o la flor en cualquier líquido albuminoso, y luego se sumergen en un baño de una solución de nitrato de plata al 20 por 100, exponiéndolos en seguida a los efectos del ácido sulfhídrico para reducir el nitrato de plata a plata metálica. Con esto, puede aplicarse ya la galvanoplastia. El procedimiento es tan delicado, que hasta los más microscópicos relieves pueden distinguirse perfectamente.

Pasta para tapar las grietas de los toneles. — Mézclense muy bien, después de fundidas, 25 partes de sebo fresco, 20 de cera y 40 de manteca de cerdo. Déjese enfriar la mezcla, y mientras está todavía un poco caliente añádansele 25 partes de ceniza tamizada. Cada vez que se va a usar esta pasta debe calentarse previamente.

Para quitar las manchas de aceite en el cuero se recomienda darlas ligeramente con una muñequilla mojada en espíritu de sal amoníaco. Se deja que la substancia obre un instante, y después se aclara la parte tocada con agua pura.

Conviene dar los toques muy rápidamente y con suavidad, aunque sea preciso repetir la operación varias veces, mejor que aplicar la muñequilla fuertemente, porque si se da mucho espíritu de una vez se corre peligro de quitar hasta el color del cuero.

El calzado de color se oscurece dándole primeramente una mano de una disolución débil de amoníaco o sosa en agua muy caliente, y cuando se haya secado se aplica con un cepillito un poco de aceite de linaza.

La operación se termina friccionando vivamente con sebo de vaca o de carnero.

Para dar al papel aspecto de pergamino existe un medio muy sencillo.

Primeramente se compra una pequeña cantidad de ácido sulfúrico concentrado, al que se añade la mitad de su cantidad de agua.

Hecho esto, no hay más que procurarse hojas de papel grueso y áspero, darlas un ligerísimo baño en la antedicha preparación y lavarlas en seguida repetidas veces en agua clara.

Después de secas imitan perfectamente al pergamino.

Para someterlas al baño de ácido sulfúrico hay que proveerse de unas pinzas, pues si se meten los dedos en una disolución tan fuerte puede quemarse la piel y causar un dolor bastante grande.

Revestimiento para objetos de aluminio. — Es muy indicado para obtener una superficie a propósito para el esmaltado.

Primeramente se cubre el aluminio con una solución de cloruro de mercurio, con objeto de producir un revestimiento de aluminio amalgamado; después de quitarse esa solución tiene lugar, al parecer, una rápida e intensa oxidación,

que basta con calentar fuertemente el aluminio para que se detenga.

Según sea más o menos elevado el calor a que se someta el objeto de aluminio, tomará éste una coloración de mayor o menor viveza.

Este es el óxido de aluminio que se toma como base para el esmalte.

Para pegar el caucho al metal en los tapones de botellas calentaderas, en las tapas de frascos de dulce y en otros casos análogos, la mejor cola se hace con una solución amoniacal de goma laca blanca, en proporción de 10 partes de amoníaco y una de goma laca. Esta disolución origina un cuerpo viscoso, que a las tres o cuatro semanas

se vuelve líquido. Debe emplearse en pequeña cantidad. La misma cola sirve para pegar el caucho sobre madera.

Las sillas de cuero se limpian con un paño suave y un poco de vaselina blanca. Después se frota con un paño perfectamente seco hasta que el cuero haya absorbido todos los rastros de la vaselina y no saque grasa el paño.

Para pasar un grabado a un papel blanco se hace un líquido disolviendo dos gramos de jabón amarrillo en cuarto de litro de agua caliente y añadiendo, cuando el agua se haya enfriado casi del todo, tres gramos de esencia de trementina. Agítase bien el líquido y aplíquese en abundancia a la superficie del grabado por medio de un pincel grueso, cuidando de que no se corra la tinta, que a los pocos momentos empieza a ponerse blanda. Después de dejar que se empape el grabado durante unos pocos minutos, se humedece bien el papel blanco y se aplica sobre él el grabado, sometiéndolo a una ligera presión durante un minuto. Al separarlos, se encontrará en el papel la reproducción del grabado, invertida y un poco menos intensa que el original, puesto que solamente una pequeña parte de la tinta de éste ha pasado al papel blanco.

Líquido para pintar de negro mate el hierro y el acero. — En un litro de agua se mezclan 50 gramos de alcohol, 10 de cloruro de bismuto, 20 de bicloruro de bismuto, 10 de cloruro de cobre y 60 de ácido crorhídrico.

Con un pincel se extiende este líquido sobre los objetos que se quiera pintar, se los deja secar después, y luego se los sumerge en agua hirviendo durante veinticinco o treinta minutos. Se ponen a secar de nuevo, y cuando están secos se repite la misma operación dos o tres veces hasta obtener el matiz deseado.

Después de dar la última mano de la preparación, en vez de bañarlos en agua hirviendo, se bañan en aceite caliente.

Para abrir agujeros en el cristal puede emplearse cualquier berbiqui de acero de punta larga, humedeciéndolo con trementina. Del mismo modo, una lima mojada en trementina sirve para limar el cristal, y cuando se trata de abrir agujeros grandes, basta emplear un tubo de acero del mismo diámetro que haya de tener el agujero y con dientecillos en el borde. Conviene colocar el cristal sobre una plancha de plomo para evitar una rotura debida a la desigualdad de presión.

HABLANDO SOLO

Mientras hierve l'agua

Don Andrés me dijo
que mi haya más gordo,
y que áhura parezco
que juera más moso!...
¡Desirm'esas cosas!
¡Pucha! viejo sonso!
¡Ni quiero pensarlo!
¡Qué vi'á estar más moso!
¡L'alma, ya de vieja,
es purito escombró!
Mi cara y mi cuerpo
no disen tampoco
los años que tengo...
¡Qué vi'á estar más moso!

¡Ahi'stá mi cabayo!
¡Claváo el cotejo!...
Ya de taloniarlo
me teni'has't'al pelo,
y hase nueve meses
lo ech'en un potrero!
Hoy, cuánto lo vide,
salté de contento.
¡Tán lindo, tán gordo,
pelecháo y yeno!
Me apuré a'agarrarlo
y a meterl'el freno;
lo ensiyé, y ganoso
le horqueté mi cuerpo,
p'agarrar pá'l campo
tragando los vientos;
le hundí las espuelas,
m'ech'en el pescueso...
¡Y arrancó a un galope
como e' perro viejo!...

¡Pucha!... Con la rabia
lo crusé a lasasos!
Y nada!... Lo mismo,
que antes de soltarlo,
hase nueve meses
estragáo y flaco!...

Dispués... ¡la tristesa
que me dió el cabayo!
Me abajé, y de frente,
me puse a mirarlo...
Ahura estaba gordo,
como pá bañarlo
con un buche di agua,
como disen tantos.
El ju'en otro tiempo
güeno y voluntario.
Pero, es qu'es al ñudo...
¡Los años! ¡Los años!...
No hay güelta que darle...
¡Tuito se v'al diablo!
¡Pucha mi cabayo!
¡Pucha con la vida!
¡Pobre mi cabayo!
¡El mismo sotreta
di antes de largarlo!...

Monté, y al tranquito
volví pa los ranchos...
Y he pasáo el día
sismando... sismando...
Don Andrés me dijo
qu'estoy remosando...
¡Yo pensé lo mismo
del pobre cabayo!...
Y dispués... ¡La pucha!
¡Qué cotejo esato!
Los dos, igualito,
tamos remosando!...
¡China!... La caldera
y'astá resongando;
apuráte, m'hija,
y empesá el amargo.
—¡Vaya! Por fin, viejo,
te vás alegrando,
que has pasáo el día
como matreriando.
¡Ahura estás contento?
—¡Pucha! No vi'á estarlo!...
Don Andrés me dijo
qu'estoy remosando!...

GUILLERMO CUADRI



"La Llama Mágica". — La notable producción de Artistas Unidos, "La Llama Mágica", ha pasado a los cines populares siendo recibida con triunfal entusiasmo.

La exitosa pareja Vilma Banky y Ronald Colman, protagonistas, se han impuesto una vez más. Si en "Una noche de Amor", estos dos artistas triunfaron de un modo definitivo, en la que ahora nos ocupa ha hecho más. Los ha consolidado en el pedestal de los elegidos, ya que su labor es también extraordinaria; sobre todo supera Ronald Colman a su bella compañera en esta cinta.

Pero no la supera por su arte, ya que hemos dicho repetidas veces que esta pareja es de las que más perfecto conjunto realizan. Lo que ocurre es que Ronald tiene un doble papel — muy distintos uno del otro —, que los interpreta de modo formidable. Ahí está el quid de la superación.

El asunto muy interesante y presentado como ya se tiene la costumbre en esta editora. Ha sido, pues otro gran éxito para editora, público, empresa y artistas.

"La Boheme". — Kin Vidor, el célebre director de "El Gran Desfile" y "Bardelys el Magnífico", fué el encargado de ejecutar para los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, la delicadísima tarea de dirigir la filmación de "La Boheme", adaptación de la popular novela de Henri Murger.

En efecto, era menester poseer, para llevar a bien esa empresa, poseer profundos conocimientos del ambiente y la época donde se desarrolla la acción, y una sensibilidad capaz de percibir hasta los más pequeños detalles de la pintoresca vida de la bohemia.

En ese sentido, puede conceputarse a "La Boheme" como una película de primer orden, con primorosas vistas sobre las características callejuelas del viejo París y los célebres cafetines que frecuentaron todas las celebridades del arte y la literatura del romanticismo. Los trajes, de una propiedad admirable, realzan las escenas, dándole ese cariz tan "siglo XIX" donde se desarrollan los episodios de la novela.

La interpretación, a cargo de las más excelsas figuras del film actual: Lillian Gish y John Gilbert, hace revivir con vivísimos rasgos a Mici, humilde y tierna flor tempranamente marchita, y a Rodolfo, que no supo comprender el divino hábito que por un instante transformó su vida.

Notas cinematográficas

Figuran además en el reparto de "La Boheme", película del programa maravillas de Metro-Goldwyn-Mayer que se estrenará el viernes 27 del corriente en los principales salones de la Capital, nombres tan conocidos como los de Renée Adorée, Roy D'Arcy, Karl Dane y Frank Currier.

"La vida privada de Helena de Troya". — Para el 17 del corriente anuncia la casa "Max Glücksmann" el estreno de uno de los

Cortéz, Lewis Stone, George Fawcett y otros actores de renombre toman parte de esta película, formando uno de los repartos más brillantes que se hayan presentado.

La dirección de "La vida privada de Helena de Troya" es de Alejandro Corda, quien ha consagrado en Estados Unidos su fama de director europeo.

"Las malas lenguas". — Ramón Novarro ha recorrido más que nin-

"LAS PRIMERAS ROSAS"

Esa linda joven de rubios cabellos, rosadas mejillas y llena de encanto, ha leído una carta de párrafos bellos que le han ofrecido amor puro y santo.

Ese sobre blanco tan cerca a las flores, ya roto, olvidado, quedó por el suelo donde ella sentada pensando en amores no mira las rosas que brindan consuelo.

Vestida de oro, muy llena de encajes, candor e inocencia por todo respira, ¡es triste princesa!... le falta los pajes, parece que llora, que siente y suspira.

Cuadro que demuestra vida palpitante, ideales puros, siluetas hermosas, todo desempeña su papel brillante; pues la caja tiene: "las primeras rosas".

José M. OYUELA

films más espectaculosos y originales de la temporada: "La vida privada de Helena de Troya".

Esta película es la conjunción de una comedia satírica, divertida, jovial y de un espectáculo brillante, magníficamente decorativo. En resumen es una película novedosa, que se aparta del trillado sendero.

"La vida privada de Helena de Troya" está basada en la novela del mismo título de John Erskine, que obtuvo un éxito extraordinario de librería.

El argumento presenta el reverso de los personajes de la leyenda de la guerra entre griegos y troyanos, es decir al lado íntimo de los mismos.

Helena de Troya está encarnada por María Corda, la bellísima e inteligente actriz europea que actúa en Hollywood para la First National Picture, París, el raptor de Helena lo desempeña Ricardo

gun otro actor—en la pantalla naturalmente—todos los ámbitos de este vasto mundo.

En "Las malas lenguas", película extraordinaria que estrenó Metro-Goldwyn-Mayer el viernes 13 del corriente en nuestra capital, encarna el celebrado actor a un español de la España de hoy, una España cuyas ciudades evocan el bullicio de las grandes capitales europeas. "Las malas lenguas" es una adaptación de la famosa obra de Echegaray "El Gran Galeoto".

Anteriormente apareció Ramón Novarro como ciudadano de Londres. En estos últimos años ha sido sucesivamente árabe, francés, persa, español, austriaco, y en "Ben Hur", la maravillosa producción que pronto conocerá Buenos Aires, ha sido Ben, el israelita, Príncipe de la casa de Hur. Por fin fué ciudadano americano en "El Cadete de la Marina".

"Las malas lenguas" es una comedia dramática de ambiente social, basada en la lenta obra de destrucción debida al veneno de la calumnia. La ruina de un hogar moderno, y en la lenta perversión de las almas, han sido tratadas aquí con un realismo vigoroso, infinitamente humano, y el trágico final que remata la bora es su lógica consecuencia.

Ramón Novarro, Alice Terry, Edward Connelly, George K. Arthur y Roy D'Arcy son los principales intérpretes del film.

Lo que hablan los diarios Neoyorquinos de "Mi mejor amiga". — Publicamos a continuación tres extractos de crónicas de los cientos que se publicaron en Estados Unidos a raíz del estreno de "Mi mejor amiga" de Mary Pickford, para Artistas Unidos.

Esta producción se estrenará el 25 del corriente mes. Dicen nuestros colegas.

"News": Mary está destinada a conocer una nueva popularidad en "Mi Mejor Amiga" que no le hará perder ninguno de sus viejos admiradores, en tanto que le conseguirá muchos nuevos. "Mi Mejor Amiga", es una de las más deliciosas y entretenidas películas hechas por la estrella. Tiene todas las cualidades que hacen de ella una buena película, — muchas risas, un bonito romance, y unas cuantas lágrimas. Una comedia encantadora, sincera y deliciosamente divertida.

"Call y Post": "La Novia de América", con todos sus encantos inalterados. Su presente papel es uno típico de Mary Pickford que habla por sí mismo.

"Bulletin". — Una novelita clara y sencilla como el sol de la mañana. Su personalidad no es intensa ni poderosa, pero persuade con una dulce insistencia que llega a uno, y lo atrae hacia ella en la película de una manera suave y adorable.

Se ríe ruidosamente de sus travesuras, y sus lágrimas conmueven el corazón, al ver la pena real y sincera reflejada en sus ojos de niña.

El menor gesto emociona, hasta que uno suspira de satisfacción en las escenas finales, para luego mirar en derredor, sorprendido y ligeramente desconcertado de encontrarse en un cine, y ver que todo no ha sido real. No es posible que hubiera una mejor amiga para "Mi mejor amiga", que la "Novia de América".

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.00	3.70
Tapas sueltas	" " " 8.00	3.00
" " " grande	" " " 9.00	2.00
" " " chico	" " " 6.00	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

La rotación de la tierra.

Si el lector toma en la mesa huevos pasados por agua puede hacerse con su cáscara la experiencia siguiente que es facilísima y entretiene mucho.

Humedézcase ligeramente el borde de un plato, y con la yema de un huevo dibújese en el centro de aquél un sol con sus esplendorosos rayos, y ya se tendrá bastante para explicar a los niños el doble movimiento de la tierra, que da vueltas sobre sí misma y también alrededor del astro del día. Para ello no



hay más que colocar la mitad de la cáscara del huevo sobre el borde del plato, é inclinar éste un poco, imprimiéndole un ligero movimiento circular, y se verá como la cáscara se pone a dar vueltas sobre sí misma, recorriendo a la vez todo el borde del plato.

La ligera cohesión producida por el agua que moja el borde del plato impide que la cáscara se salga de él, como se verificaría si no por la acción de la fuerza centrífuga.

N.º 44 — JEROGLIFICO

NEGRO TI BERMEJO

N.º 45 — CHARADA

Mi primera es una nota
y mi segunda también,
y mi tercera y mi cuarta
en música puedes ver.

Si sólo por un dos cuatro
tiene para tí interés
esta musical charada,
un todo te llamaré.

N.º 46 — JEROGLIFICO

si
si 50 LO
si

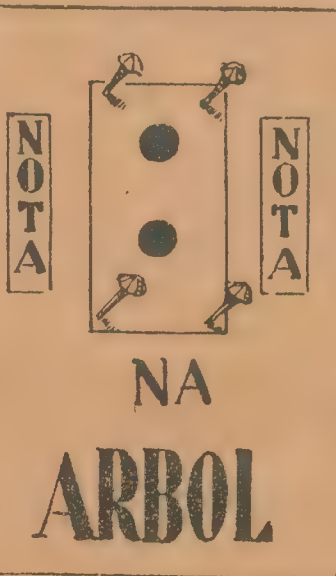
N.º 47 — COMPRIMIDO

VLON PRI VLON

N.º 48 — ACERTIJO

Una.
Un principio de luna.
Dos.
una parte de Dios.
Trés.
una carta al revés.
Con lo dicho componer
el nombre de una mujer.

N.º 49 — POR SU BELLEZA



N.º 50 — JEROGLIFICO

100
MORO
ARTICULO

N.º 51 — TARJETA

Clara Elena

CRABODD

Combinar las letras de esta tarjeta de modo que resulte el apellido de un célebre poeta español.

N.º 52 — COMPRIMIDO

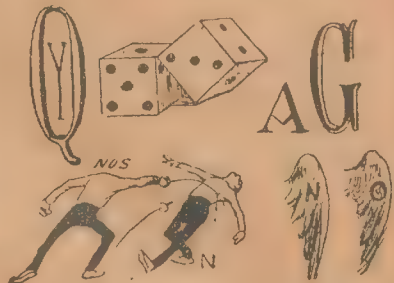
ODOL LA MENTIRA

N.º 53 — SONETO-CHARADA

Ha poco que murió. Su dulce nombre
llevo impreso en el alma por doquiera;
mujer que como aquella me quisiera
no le es dado encontrar a ningún hombre.
Llamábase tres cuarta, y no te asombre
que un ser fuera sin cuarta ni primera;
que en virtudes la más tercia dos era
de cuantas dejan al morir renombre.
En la tierra, quedó sólo la tierra;

lo que sirve al espíritu de velo;
los restos que en la todo un nicho encierra.
Mas no el alma, que libre, raudo el vuelo
ella misma del mundo se destierra
por buscar otros mundos: los del cielo.

N.º 54 — JEROGLIFICO



N.º 55 — REFRAN-CHARADA

Una máxima muy sabia
que tiene origen inglés,
en charada a proponeros
voy amigos esta vez.
Ochos palabras la forman,
que en muy bonita dicción
nos dan para ser muy ricos
una excelente lección.
Ofrece artículo PRIMA,
y quien hace la SEGUNDA,
para sus hijos prepara
una herencia muy fecunda.
Verbo auxiliar es TERCERA
artículo la SIGUIENTE
y QUINTA, guarda tesoros
a pesar de no ser gente.
Preposición da la SEXTA,
(que es verbo en caso conta-
do),
y un artículo la SEPTIMA
que nombran determinado.
La OCTAVA... ¿quién no
desea
de la miseria el reverso?
tanto goza con sus dones
el bueno como el perverso.

N.º 56 — CHARADA



PENSAMIENTOS

La dirección de un entendimiento tiene mayor importancia que sus progresos. — JOUBERT.

El amor inmoderado de la verdad es tan peligroso como cualquier otro amor. — LA ROCHEFOULCAULD.

La justicia es el alma de las leyes. — CICERON.

Las únicas lágrimas verdaderamente amargas son las que se derraman en la soledad. — LINGUET.

Cuando uno tiene motivos de quejarse de un amigo; conviene separarse de él gradualmente, y desatar más bien que romper los lazos de amistad. — CATON.

El amor es ocupación de los desocupados. DIOGENES

Un ambicioso tiene tantos amos cuantas son las personas que pueden serle útiles. — LE BRUYERE.

No se puede estar largo tiempo enamorado sin hacer muchas tonterías, ni hablar un rato de amor sin decir muchas necedades. — DE PAULMI.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 29—Sobresaliente.
" 30—Papagayo.
" 31—Calceta.
" 32—Paco.
" 33—Siendo sostenido con énfasis mi enredo musical causa enfado.
" 34—Bebedor.
" 35—Cosaco.
" 36—Katekúmenos.
" 37—Benito Pérez Galdós.
" 38—Enamorada.
" 39—Amartelados.
" 40—Enano.
" 41—Dosis.
" 42—Cenaron en la intimidad.
" 43—Marmita.

PAPEL Y TINTA

"San Martín y la gran epopeya, por el general Tomás Guido y "La gran aldea", por Lucio V. López.— Editorial "El Ateneo" 1928.

He aquí dos obras interesantes, que han de ser leídas y gustadas por nuestros lectores.

La primera, que corresponde al volumen VII de la biblioteca "Grandes escritores argentinos", y cuyo epígrafe encabeza estas líneas, está formado por una serie de trabajos dispersos del general Guido, y que éste publicara en distintas fechas en "La Revista de Buenos Aires", que dirigieron Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada, salvo los dos capítulos que se refieren al paso de los Andes por el ejército libertador, que fueron sacados del libro "Papeles del general Guido", editado por su ilustre hijo, el poeta Guido y Spagno.

Además del prólogo, subscrito por el director de esta publicación, Dn. Alberto Palcos, trae también otro sesudo prólogo de Dn. Lucio V. Mansilla, quien, de cuerpo entero, nos presenta admirablemente al Gral. Guido.

De esta manera, no sólo serán ya conocido de los estudiosos, sino que lo leerán a su vez, todos aquellos amantes de la buena lectura, popularizándose así, estos documentos de carácter históricos.

El volumen VIII, o sea "La gran aldea", de Lucio V. López, es una reedición de aquel importante libro que editara en 1909 el diario "La Nación", hoy totalmente agotado, y que, estamos seguros, constituirá una verdadera revelación para muchos lectores de esta obra.

"La gran aldea", son de aquellos libros que nunca, pasarán inadvertidos; pues, sus páginas, reflejan el Buenos Aires ido, el romántico de la tiranía de Rosas, en que sus hijos de ahora, tendrán oportunidad de compararlos con el Buenos Aires del presente, sacando de ahí, atrayentes conclusiones para vislumbrar el futuro de esta gran Capital del Sud.

"La gran aldea", viene prologado por el señor Rafael Alberto Arrieta, el cual hace un ligero análisis de su valor literario y la significación que tiene para nosotros, como documento del pasado.

José Mauricio PEIXOTO

"El tesoro del presidente del Paraguay" y "El brick del diablo", dos novelas por E. Salgari.

Parecía agotado el caudal novelístico de Salgari, pues creíamos ya traducidas a nuestro idioma todas las obras del gran escritor, cuando la Editorial Maucci nos sorprende con dos nuevas novelas, que en el mismo elegante formato y condiciones artísticas, da a luz para solaz y deleite de sus lectores, con la mayor oportunidad, ya que ahora, en Italia ha comenzado una campaña en favor de los descendientes de Emilio Salgari, y el Ministro de Instrucción ha dirigido una carta a la Dirección de Bellas Artes, en la que aboga o por que, del fondo de un millón de liras procedentes de derechos de autores, se dedique una importante

cantidad para entregarla a los hijos del famoso escritor, del que dice que "educó a la juventud que después dió su sangre por la patria".

Recordemos aquí que Salgari se dedicó en su juventud al periodismo; pero, atraído poderosamente por su afición al mar, y a las aventuras, estudió la carrera de náutica, viajando después por espacio de algunos años. Fué entonces cuando escribió sus primeras obras, y, ante el éxito obtenido, decidió dedicarse por completo a la literatura, escribiendo por espacio

y a la Naturaleza, con un amor pocas veces igualado por pluma de novelistas y en forma tan concisa y expresiva, que bastan sólo escasas líneas para comprender hasta los más minuciosos detalles de esta obra maestra.

"La psicología de Knut Hamsun —dice uno de sus críticos,—se compone de una naturaleza violenta, espontánea, casi salvaje, pronta al odio, al furor y al amor, que se apacigua al contacto de la naturaleza y de un temperamento refinado, delicado, sutil, con aptitud

tística y llamativa e impresa en inmejorable papel pluma, esta edición satisfará seguramente a los espíritus más delicados.

El "Fausto" en taquigrafía, por J. Quintero.

La estenografía actual no se ajusta a reglas estrictas como la escritura corriente, debido al imperfecto conocimiento y a la caprichosa e inconveniente aplicación de las reglas fonográficas.

Los mejores "fonogramas" son los ingleses, por eso que el taquígrafo en español no puede sacar bastante provecho al sistema Pitman que ha sido ideado para el inglés, sin conocerlo a fondo en su idioma original.

Además el inconveniente de la fonografía es que es un arte rápido como la música y solo puede adquirirse por práctica, y donde practicar si en español no hay métodos ni revistas de taquigrafía malas ni buenas?

Los mejores métodos españoles o argentinos tienen una base falsa en relación a lo que han progresado los ingleses, inventores del sistema, y para poner al servicio del español esas mejoras viene esta publicación y otros trabajos en curso.

Imagínese, pues, nuestros lectores la satisfacción de los estudiosos al comprobar en la versión del "Fausto" que acaba de aparecer que aparte de vencer las dificultades técnicas, el autor J. Quintero, ha logrado reflejar los giros idiomáticos del gauchito argentino con su ortografía peculiar, y en especial modo lo que constituye el mayor galardón de su librito: *el haber creado una vocalización ortográfica total, comparable a la tipografía ordinaria y adaptable con suma facilidad a otros idiomas.*

Este libro, esencialmente argentino, ha de facilitar el trabajo de nuestros estudiosos que premiarán la labor del autor estimulándolo a proseguir en su labor vertiendo en signos taquigráficos otras obras de ambiente universal.

"Revista del Club de Flores"

Con este título, la Comisión Directiva del Club de Flores, acaba de publicar una interesante revista literaria, con el fin de llenar un vacío y cubrir una necesidad sentida por sus asociados, en su anhelo de intensificar su acción por todos los medios a su alcance.

La "Revista del Club de Flores", será un órgano del Club y para el Club, como lo afirma su pórtico, reseñando en sus páginas el comentario de sus fiestas, la tribuna de sus intelectuales, etc., fomentando y estimulando las buenas iniciativas, con el propósito de poner en contacto directo al Club con el asociado.

A juzgar por el primer número que tenemos a la vista, excelente en su presentación, y dada la calidad de las colaboraciones que la prestigian, no dudamos que esta publicación ha de obtener un franco éxito entre sus socios, y el culto barrio de Flores, una tribuna periodística donde exponer sus ideas y reflejar la obra de sus hijos.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

de veinticinco años una numerosa serie de novelas de aventuras, que se vendieron profusamente en todos los países del mundo, traducidas a los principales idiomas, y popularizaron su nombre.

Salgari fué para la generación actual, lo que Julio Verne y Mayne Reid para las de medio siglo atrás. Había nacido en Verona, en 1862, y, después de una vida de incesante trabajo, puso voluntariamente fin a sus días, en Turín (1911), aquejado por una terrible neurastenia que aniquiló su espíritu combativo.

Estas dos novelas que acabamos de leer, marcan el límite de su talento e inventiva, de sus conocimientos y de su arte supremo de novelar.

"Pan", por Knut Hamsun.

El eminente autor escandinavo, popularísimo en todos los países de lenguas germánicas y sajonas, a quien se le adjudicó el Premio Nobel de 1920, pinta maravillosamente en este volumen al Hombre

para los más profundos y finos análisis".

El héroe vive en pleno bosque sintiendo hondamente las alternativas del tiempo que va transformándose en los cuatro aspectos del año que va repitiéndose constantemente pero eterna variedad.

En el pueblo enamórase de una joven rica, sutilmente extraña, que le corresponde en una forma caprichosa y torturante. En compensación, préndese también de la mujer sencilla, natural y sumisa. Su destino impide que se una a ninguna de las dos. Huye, al fin, dolorido y maltrecho, otra vez entregado a la virginidad de la naturaleza infortunado, porque vive agobiado por un amor que no puede olvidar.

Al castellano está traducida por el distinguido escritor Alfonso Hernández Catá, la novela "Pan", donde pueden apreciarse los rasgos más salientes de la psicología y la manera literaria del notabilísimo escritor noruego.

Con una carátula sumamente ar-

TEATROS

PALABRA DE VASCO EN EL NUEVO

Hablar del estreno de una pieza por Roberto Casaux. Todos los autores que escriben para este prestigioso actor, supeditan la tesis, el argumento y el desarrollo de la obra, a la necesidad o, por mejor decir, a la conveniencia de dar a Casaux una actuación preponderante, forma cómoda y casi segura de lograr el éxito.

Así, a despecho de su condición de novel, Lucio Arráiz ha seguido en "Palabra de vasco" las normas usuales o recetas en boga para los proveedores del simpático intérprete que actúa en el Nuevo. El vasco de la obra recién estrenada es un vasco de teatro de Casaux; es vasco porque Casaux habla con los modismos y el acento peculiares de los hijos de la tierra del "guernicaco arbola"; es vasco como podría ser castellano, gallego, aragonés, italiano o alemán si hubiera convenido a la rotación de los papeles encarnados por Casaux cualquiera de esos tipos.

Pero dejando de lado exigencias desmedidas para un novel que no pretende marcar rumbos, justo es reconocer que ha logrado escribir una pieza honesta y entretenida, graciosa por momentos y que llena cumplidamente su modesta misión.

La actuación de Casaux que, como hemos dicho, es lo que más importa en el estreno de las obras cuyos protagonistas son por él encarnados, no desmerece en este caso de las demás interpretaciones del eximio artista. Crea aquí un vasco que es más vasco que el de la obra o sea que hace vasco al tipo central de la pieza, tanto en la caracterización como en todos los demás detalles que pueden dar una impresión acabada y exacta de su propósito.

A su lado, Enrique Serrano asume con mucha eficacia un papel importante, demostrando que es un actor que se preocupa de realizar en la escena una labor destacada y realmente artística.

La señora Palomero, Josefina Muñoz, Domingo Garriga y Orestes Soriani acompañaron correctamente. Carlos Ferrarotti se lució presentando una escenografía que mereció muchos aplausos.

"LA NIÑA DE LOS SUEÑOS" EN EL AVENIDA

Contrariamente a lo que se esperaba, resultó defraudado el público al ponerse en contacto con la pieza de José M. Granada que estrenó en el Avenida la compañía Díaz-Perdigüero. El autor, cuya obra primera, "El niño de oro", estrenada por María Guerrero hace unos años, reveló la presencia de un costumbrista español de muchas dotes, aparte de las galas de ingenio que en esa comedia brillaban, no ha respondido en su nueva producción, ni con mucho, a la expectativa provocada por su primer intento.

"La niña de los sueños" es una obra inclasificable teatralmente, como que contiene elementos de varios géneros puestos en una forma arbitraria y caótica y, lo que es peor, sin lograr eficacia escénica. Actos largos y parlamentos diluidos; episodios intercalados sin objeto que prolongan la pieza sin animarla, ni tener relación con la fábula, que se reduce a presentar

un caso de rivalidad masculina por la conquista de una mujer; escenas de sainete, exagerando los perfiles de algunos personajes, que resultan caricaturescos y desnaturalizados en su dibujo, nada, en fin, que valore el esfuerzo del autor, quien tanto parecía prometer con "El niño de oro", bello intento rebuscante de gracia andaluza y singularmente interesante.

La compañía Díaz-Perdigüero realizó empeños para imponer la producción al público, sin lograrlo.

300 ESPECTROS

La empresa del Ateneo ha contratado por dos meses a la compañía nacional de José Gómez, en la que actúa como primera actriz Fanny Brena. Este elenco cultivará el teatro grande en extensión y volumen artístico, lo cual, va sin decirlo, significa que apelará al repertorio extranjero.

Como era de esperarlo tratándose de Gómez, el debut se produjo con "Los espectros", que cumplió 300 representaciones por dicho actor, sin que se sepa que haya resucitado Ibsen, ni adoptado medida alguna, siquiera de agradecimiento, los descendientes del dramaturgo noruego.

NUEVA TEMPORADA EN EL SAN MARTIN

El batallón de Doblas, Bellini y compañía ha tenido en el San Martín la vida del lirio. La empresa del teatro la reemplazó por la compañía de sainetes y comedia Mario-Valicelli-Scarsella, que se presentó reponiendo la sátira política estrenada en el verano en el Buenos Aires, "Un baile de meta y ponga en la estancia "La Rosada", y estrenando la pieza de Alejandro Flores, "¿Dónde habrá una silla eléctrica?", título que no se sabe si alude a un remedio para el teatro nacional.

UN BUEN ALEMÁN SIN IMPORTANCIA

Con soltura y gracejo, Luis Arata encarna un tipo de alemán en la pieza "Cómo se corta un meteón" de Ricardo Hicken, estrenada últimamente en el Cómico. Es uno de esos alemanes de sainete que quieren darselas de vivos y solo realizan estrategias ingeniosas, pero que logran su propósito por la puerilidad del ambiente en que actúan. Obra inocente y de poca gracia solo sirve para que Arata asuma un papel en el que puede desarrollar ampliamente su vis cómica, sin marco ni medida que puedan cohibirle. Cualquier cosa que haga en escena el personaje, cabe dentro de la obra. Incluso podría suicidarse en el primer cuadro y reaparecer campechanamente en el segundo, sin que el público tuviera derecho a encontrar en ello menos lógica que en la serie de maniobras que ejecuta el protagonista bajo la arbitraria mano del autor.

No cabe, pues, entrar a examinar la pieza de Hicken. Es como un telón de fondo o un bastidor o uno de los muebles del decorado, cosa accesoria y que desenvuelve un pa-

pel secundario junto a la labor del primer actor.

Ya hemos dicho todo lo que había que decir, o sea la acertada labor de Arata. Junto a él colaboraron en la medida de sus fuerzas José Arias, digno de mejor papel, Blanca Crespo, Mercedes Delgado, A. Darssoy, Carlos Bouhier, F. Varela y J. Gangloff.

CARTERA TEATRAL

—En el Liceo se anunciaba para el jueves último el estreno de una pieza de Eliseo Gutiérrez titulada "La chica del Far West", sin duda para lucimiento de Pierina Delessi. Nos ocuparemos de este estreno en el número próximo.

—El teatro de Florencio Sánchez siempre tiene adeptos. La reposición de muchas de sus obras es siempre recurso seguro para conseguir público o un excelente compás de espera para la preparación de estrenos. Esto último ha ocurrido en el Nacional con cédulas de San Juan, que ya en el año anterior duró mucho tiempo en el cartel.

—En el Politeama se canta ópera. Este solo anuncio es suficiente para que los aficionados a la lírica, que son legión, estén de albricias y acudan a esa sala a escuchar con deleite las melodías de Verdi, de Rossini, de Donizetti, de Puccini o de cualquier otros de la ópera italiana, a través de la voz de un núcleo de cantantes. Los del Politeama son buenos y han merecido ya muchos aplausos del público. El repertorio es vasto y la orquesta numerosa y disciplinada.

POR EJEMPLO

No siempre puede abusarse impunemente de la tolerancia del público. A veces se produce una reacción violenta que pone término a los excesos del mal gusto y de la rutina.

Por ejemplo... Pero no es necesario citar ejemplos, porque están muy recientes y son notorios. Un pateo y el cierre de dos salas son augurios halagüeños de un principio de reacción que es de desear persista en salvaguardia de las futuras orientaciones del teatro nacional.

Así sea.

LA DESCENDIENTE DE PARRA

Continúa siendo aplaudida en el Argentino la nueva pieza de Parravicini, "Una hija", estrenada al inaugurarse la temporada. Todo hace pensar que se trate de un vástago digno de su progenitor, negando aquello de que los hijos son ingratos con los padres. La hija escénica de Parra es una chica obediente, sumisa y bien educada.

No abandona la casa paterna, como otras hijas desagradecidas... Parravicini se siente paternalmente contento.

MUÑO Y SU CARTEL

Los éxitos de "El cabo Rivero" y "Conservatorio Bettinoti" han venido postergando estrenos en los dominios de Muño. Ha tenido que esperar "Un sinvergüenza", cosa rara porque los sinvergüenzas no suelen esperar nunca nada...

BENAVENTE EN EL MARCONI

La compañía de la Sra. Olona puso en escena la flamante producción benaventina titulada "El demonio fué antes ángel", estrenada en España con buen éxito. De ella hablaremos en otra edición.

PARA EL IDEAL

Parece que la sala de la calle Paraná, donde hace dos años se realizaron como quince temporadas en seis meses, con el peor de los resultados, tendrá por fin un conjunto firme, estable y discreto. La actriz Angelina Pagano se ha hecho cargo del teatro y se propone realizar otro esfuerzo en pro del arte escénico criollo. Como primer actor será contratado Lalo Bouhier, buen galán, que al lado de Angelina puede progresar mucho. En el elenco habrán figuras nuevas, egresadas del conservatorio.

SANJUAN

La astracanada "Lacoma es un punto" ha llenado de carcajadas la pequeña sala del Mayo. Ha sido el primer gran éxito de hilaridad de San Juan en el año, y por cierto que la interpretación fué muy eficaz.

El viernes posiblemente ha debido renovarse el cartel estrenándose "Pío Mussolini", pieza festiva de Asenjo y Torres del Alamo, en la que confiaban San Juan y los suyos para repetir el plato cómico.

GRAN SPLENDID

"La vida privada de Helena de Troya", superproducción del First National Circuite, ha sido estrenada con el buen éxito esperado. Es una bella película que admiró a la concurrencia de familias aristocráticas "habitués" de este salón, el más hermoso de la capital.

Nuevas producciones notables se exhibirán en la semana, descontándose el éxito de las funciones.

CAPITOL

Una de las películas que más han gustado es "Dos caballeros árabes, por William Boyd y Mary Astor, notables figuras de la pantalla.

Esta bonita sala se ve frecuentada por numeroso público, ávido de conocer las novedades que ofrece la proyección cinematográfica.

GLORIA

Con un cartel de primer orden, se prepara este lindo cine a efectuar sus funciones durante la semana, esperando que el público insistirá en concurrir a sus espectáculos, por cierto muy atrayentes, toda vez que los programas son selectos.

PARC

En Palermo sigue disfrutando este salón de la predilección del vecindario distinguido, consecuentemente con la empresa que se empeña en brindar espectáculos interesantes y morales, como desea el público.

En esta semana se ofrecerán novedades que llamarán la atención.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1.0 — Blusa recta de crespón de seda color verde Veronese con incrustación de un motivo floral de satén, negro. La blusa está orlada de satén negro y la falda ejecutada con la misma tela. — 2. — Blusa para deporte ejecutada en jersey de lana amarilla de Nápoles con iniciales en dos tonos rojo y negro bordadas en la parte interior de la echarpe. Esta última va orlada con cuero rojo y negro. — 3. — Conjunto para deporte compuesto de una blusa de raso flexible color rosa pálido rodeada de una tira de faya rayada en gris y negro. Falda de satén negro. Capa de raso de lana color gris forrada con satén negro.

FUME Vd.

UN CAMEL



¡Brindo por Camel -- deleite de un millón de mesas!

BRINDEMOS por el Camel, fuente de nuevos placeres. Dondequiera que se reúnen buenos amigos, o en las horas solitarias del trabajo y el viaje, Camel asegura deleite envidiable.

Todos los misteriosos poderes halagadores de los mejores tabacos turcos y americanos tienen expresión máxima en el Camel mediante una mezcla suave y grata que no puede hallarse en ningún otro cigarrillo. Y es que la mayor organización tabacalera norteamericana concentra sus habilida-

des en la fabricación del Camel, dedicando todos sus recursos de compra, selección y manufactura a esta marca de cigarrillos que, a tal extremo resultan satisfactorios, que ningún otro le supera por costoso que sea.

El fumador moderno y exigente prefiere el Camel por su suave mezcla de sabor exquisito. Por eso su popularidad supera a la de todos los cigarrillos que se han conocido. Para gozar el deleite de lo mejor, "¡Fume Vd. un Camel!"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY. WINSTON - SALEM, N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN & CELASCO — TACUARI 560 — Buenos Aires